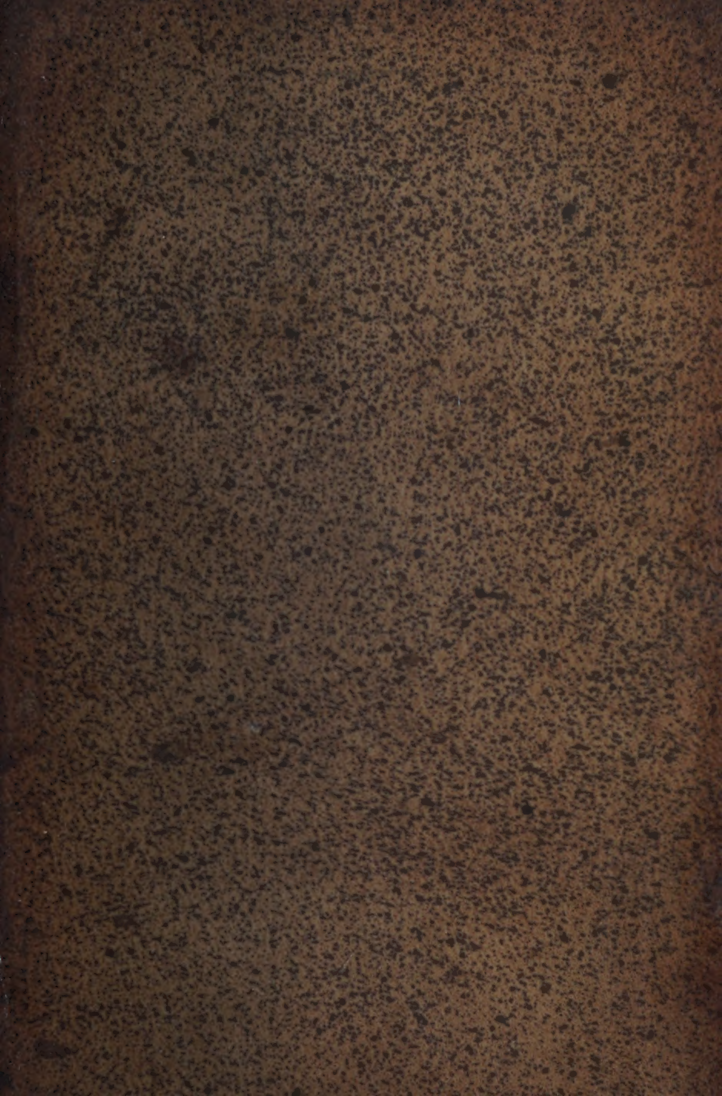






COLECCION

DE

HISTORIAS INTERESANTES

Y DIVERTIDAS.

TOMO V. DE LA COLECCION.





....me llegué al balcon donde la maroma estaba atada, y asiéndome de ella fuertemente, hice experiencia de su fuerza, fiando todo el cuerpo en las manos.

J. R.s del. J. Garrido gr.

HISTORIA

DE HIPÓLITO

Y AMINTA:

POR EL DOCTOR DON FRANCISCO

DE QUINTANA.

TERCERA IMPRESION.

TOMO I.

MADRID POR REPULLÉS.

1806.

PROLOGO.

Procura el docto Artífice con la valentía de un quadro, dexar, ó enseñada ó corrida á la naturaleza, y para esto en lienzo mas escaso ó ménos costoso, corren algunas líneas, cuyos matices previene el pincel, disponen la mano, y á un mismo tiempo con la variedad divierten, y con la hermosura recrean. Esto, aunque en diversa materia, me sucede, pues, ántes de dar á luz, como otros asuntos mas graves, el que ahora doy, no es otra cosa que haber cortado la pluma, ó haber corrido algunas líneas en estos discursos, si tal vez incultos, nunca faltos de sentencias y ávisos con que prevenir los riesgos á que la juventud desbocada se ocasiona, y ciega se determina. Bien sé, que dar los títulos de historia no ha de ser universalmente bien recibido, por el inútil escrúpulo de ciertos historiadores, que tienen

...

puesto el logro de sus libros en que haya falta de estos, sin advertir, á que tales daños nunca se causan de la bondad agena, y siempre nacen de la inutilidad propia. Queria yo persuadir á quantos hacen mal rostro á este género de escritos, que si lo estan con atencion y cuidado, son tan provechosos, como las historias verdaderas, y mucho mas que algunas, que solamente sirven á unos de cansancio, á otros de risa, y á todos de embarazo y estorbo. Para desempeño de esto será fuerza advertir, que las historias verdaderas se distinguen de las imaginadas, en que estas refieren imaginaciones, que todos tienen por tales; y así les dan dudoso el crédito; y aquellas nos dicen verdades (este es necesario precepto en la historia) y así se les debe cuidadoso crédito. Siendo, pues, cosa cierta que las personas de quien muchas hablan, no fuéron nobles, y otras procediéron injustas, forzoso es que sea mas fuerte el exemplo, y mas dañosa la

imitacion. Quando considero que las historias nos refieren casos en que unos hermanos se quitáron á otros las posesiones, los Reynos y las vidas: quando veo que algunos vasallos negáron la obediencia á sus naturales señores: quando atiendo á que muchas mugeres quitáron con lascivos brazos el honor á sus maridos; y quando advierto, que nos propone hijos que moviéron las armas contra sus mismos padres: digo, y atentamente pienso, que si las historias verdaderas no se leen con cuidado y con deseo de aprovechar, son alientos para algunos males, y exemplares que animan á muchas cosas ilícitas. Yo siempre venero lo que tiene adquirida veneracion, siempre afirmo, que siendo vistas para imitar los hechos heroycos, son de singular estimacion, como muestras de las costumbres: mas esto no falta á las historias imaginadas, si se leen con el mismo intento. Con que quedará adquirido, que en esta parte no se diferencian mas que en

haber sucedido así las verdaderas, ó haber podido suceder las fingidas.

Habiéndome introducido á tratar de las historias, forzoso parece no ocultar mi sentimiento, acerca de las prendas que deben concurrir en el perfecto historiador, y esto sin dar preceptos, porque yo mas me precio de discípulo de los doctos, que de maestro de los ignorantes; y porque no querria parecerme á muchos que dan preceptos tan pródigamente, que dando quantos tienen, se quedan sin ellos para lo que escriben. Supuesto que no dexo de pecar en esta parte; digo, que muchas veces importa tanto al Príncipe tener buenos historiadores, como valerosos capitanes; porque si bien estos ocasionan con su valor la gloria de sus dueños, aquellos con la pluma la continúan y conservan en los sucesores; si estos con su resolucion acaban felizmente las acciones que emprenden, aquellos con sus escritos hacen que permanezca su memoria inmortal-

mente. Y al fin, si estos pierden con aliento las vidas, aquellos se las dan eternas en la memoria de las gentes. De aquí nace, que si el historiador es indocto, ó remiso, por su omision ó por ignorancia, quedan los hechos grandes sin aquel lustre, aquella hermosura y aquel decoro que se les debe; y lo que peor es, sepultados tal vez en lastimoso olvido. Yo á lo menos hiciera que precediese riguroso exámen, no solo á la eleccion, sino á la permision de las personas que hubiesen de tener tal exercicio, porque no me sucediera lo que suele á quien se mira en un espejo, donde si el cristal es impuro, de remisa claridad, ó toca en alguna color extraña, quanto ve tiene la misma color, quitando á lo perfecto su hermosura. Tuviera para ver acciones ilustres con lucimiento y decoro (este solo es consejo, no malicia) espejo claro, limpio, y perfecto, hombre de buenas prendas, loables costumbres, conocida virtud, acreditada ciencia,

prudente resolucion, piadosa verdad y desapasionada intencion. Estas son partes de buen historiador, no el ser detractores reformadores de lo que no les toca (porque en nada convienen historias, y memoriales de arbitrios), de inconstantes resoluciones, mal intencionados, de excusar costumbres, y de ánimos desapacibles, no momos necios, que censuren lo mismo que yerran, y yerren lo mismo que censuran; no presuntuosos, de infelices escritos de vidas inimitables: porque ¿cómo las escribirá buenas, quien las hace malas? No hombres que aborrezcan su estado, porque dificultosamente dirán bien quando se ofrezca, de lo mismo que aborrecen; y finalmente, no gente que introduzca en la ciencia hipocresías. Así juzgo que lo hacen quantos en diciendo que saben una lengua, se introducen en diversas facultades, ménos doctos que atrevidos.

Dilatadamente se ha divertido la pluma á tratar esta materia, si

bien no de todo punto agena de mi asunto, por ser esta historia dictada en mi idea, y escrita en los ratos que la juventud permite ócio al descanso de mayores estudios. Confieso que estuve determinado á darla nombre supuesto, como á otra que escribí en mis tiernos años: mas viendo que otros no se le negáron á escritos que ocupáron los ratos de su diversion, entre los quales me basten Alciato y Heliodoro, y atendiendo juntamente á que mi deseo solo ha sido proponer unos sucesos que deleytando enseñen, y enseñando diviertan; y unos discursos adornados de sentencias, entre consejos que tal vez sirvan de avisos; me resolví (aunque temeroso) á que no saliese expósito al mundo. Las obras del ingenio jamas deslucen, y siendo buenas, siempre acreditan: si estas por su rudeza no mereciéren crédito, discúlpelas el deseo, á quien justamente acredito. Habré con esto cortado dichosamente la pluma, y corrido con felicidad líneas, que me

ocasionarán á mas valientes asuntos; sirviendo solo el presente de mostrar los matices, que en otras ocasiones levantarán el dibuxo á mayor agrado de la vista.

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

AL AUTOR.

Este de Apolo singular tesoro,
 Selva de amores en florido mayo,
 Que de la envidia histórica desmayo,
 Ilustra el genio del castalio coro.
Alma interior, en laberintos de oro
 Sombra vistió, como la nube al rayo,
 Argenis castellana de Berclayo,
 Y Fenix de la pluma de Heliodoro.
Tan dulce, honesta, clara y docta suma,
 Francisco ilustre, no de verde rama,
 De esmeralda inmortal laurel presuma;
Que á quien para escribir su hermosa llama,
 De sus alas amor le dió la pluma,
 Seguras tiene ya las de la fama.

HISTORIA DE HIPÓLITO Y AMINTA.

DISCURSO PRIMERO.

Es la soledad fuerte aliento de la tristeza, daño cruel del pensamiento, impio enemigo del regocijo, é insufrible tormento del ánimo; de donde infiero que los que la desean, ó se cansan de la vida, ó nunca tuviéron temor al formidable rostro de la muerte. Diversas veces me he puesto á averiguar, si hay soledad en el mundo, y muchas me he reducido á pensar que no es posible, viendo que con ella vienen de ordinario variedad de pensamientos, copia de discursos, memoria de sucesos, y tal vez no pequeño número de temores, con que queda el entendimiento acompañado de penas, combatido de indecisos pareceres, anegado entre diferentes conceptos, ménos ignorante de sus daños, y mas colmado de desvelos. Haciendo experiencia de estas pasiones, y confesando estas verdades, se halló un peregrino, llamado Hipólito, en el camino que desde Madrid, Corte de

España, se dirige á la ciudad de Salamanca, distante de ella unas treinta y tres leguas. Enderezaba su viage á la Peña de Francia, lugar que por religioso, por devoto, por milagroso é ilustre, es digno de grandes discursos (á ser este nuestro principal asunto) y de la cristiana piedad, con que es visitado de convecinos y estrangeros fieles. A los efectos que ántes comunicaba la soledad al noble peregrino, añadian pesados aumentos, la oscuridad de la noche, la ignorancia del camino, el cansancio de la peregrinacion y el temor de una tempestad con que segunda vez parecia amenazar al mundo el cielo. Apresuraba á sus cansadas plantas el deseo de hallar donde recogerse, y daba esfuerzo á sus desalentados pasos el justo miedo de verle enojado, que ni hay mayor valor que temerle, ni mayor temeridad que no rezelar sus castigos. Aconsejado, pues, de su ánimo, y perseverando en su invencible corazon, llegó á un lugar pequeño, y apartado del real camino media legua, al qual eligió por parecerle mas cerca, y mas apropósito para huir el riesgo que en la noche y en la tempestad le amenazaba. Era la poblacion de gente tosca en el trage, y maliciosa en las costumbres: mas qué mucho, si son hijas de un villa-

no y una aldea, la malicia, la rusticidad y la ignorancia. Preguntó por la casa en que se solian recoger los pasageros; pidió en ella posada, y fué apaciblemente recibido. Diéronle un aposento, aunque pobremente aderezado, alegremente admitido, que la necesidad nunca atiende á circunstancias de pobreza y desaliño. Entróse en él á persuasion de su cansancio, juntó la puerta, limpió la luz de los escrementos que desecha el fuego, y para comenzar á desnudarse, se sentó en una silla. Despues de haber estado un rato en ella, oyó que cerca de su mísera habitacion habia un ruido de bayle, fiesta y regocijo. Aplicó el cuidado á la novedad, y los ojos á la parte donde la música se oia, y advirtió que era en otra casa qne confinaba por su aposento, con la que entónces le acogia. La curiosidad (grave lisonja del deseo) le convidó para que intentase saber, si fuese posible, á qué fin se ordenaba, y qué causa daba principio á la rústica fiesta. Reparó en un resquicio que el tabique tenia, capaz de que la luz que ayudaba á celebrar el referido contento, se comunicase al lugar donde él estaba: y parecióle, que poniendo sobre la cama la silla que ántes era instrumento de su descanso, entónces lo podria ser de la satisfaccion de su

deseo. Con fácil diligencia la puso, y llegó igualmente con el rostro al hueco del tabique, y con la vista á participar del referido regocijo. Como la casa era vieja, y labrada con ménos gastos que en las grandes ciudades suele edificar la ostentacion, tenia la division por donde estaba mirando, tan dilatado espacio, que solamente por una parte estaba unido el tabique á lo demas. No atendió Hipólito á esto, por advertir á lo particular del contento; y por ver que apartada de las demas estaba una muger, aunque villana en el trage, tan excesivamente hermosa, que dudaba la vista desde su rostro á su hábito, si eran distintos los sugetos, y si aquella belleza era de aquellos paños. A otra parte se veian gran copia de aldeanas, en todo desiguales á la primera, y junto á ellas buen número de labradores mancebos, que acompañaban á uno de razonable despejo y no mal talle. La música se causaba de algunos rústicos instrumentos, con que brindaba la juventud: hacia variedad de mudanzas, ayudando su parte las mugeres que como suelen ser compañeras en las penas, saben ser aumento en los regocijos. Al labrador que en el trage se aventajaba á los demas, traxéron á este tiempo un instrumento de seis cuerdas, con que ol-

vidado de la ocasion en que se hallaba, desmintiendo al vestido con la voz, y acreditando á la voz con la destreza, cantó suave y suspendió cuerdo los ánimos presentes, con esta cancion en alabanza de la vida en una aldea.

Dichoso aquel que pasa
En una humilde aldea
Las horas, sin cuidar de humanas leyes;
Y aunque en fortuna escasa,
Todo su gusto emplea
En olvidar las cortes de los reyes:
Pone á los rudos bueyes
Tosca, y ruda coyunda,
Y luego atentamente
Limpiando el corbo diente
Abre la tierra, y sus aumentos funda,
No en ócio, á quien se niega,
Si no en sudor, con que la ablanda, y riega.

Vuelve á su casa luego,
Quando la noche negra
Al campo cubre de confuso luto,
Halla á su esposa al fuego,
Y de verla se alegra
Dar al hijuelo, cándido tributo:
Quando no llega enjuto
Al voraz elemento,
El seco leño arrima,

Con que su llama aníma:
Cena, y logrando su primer intento
Sobre la misma mesa
El sueño admite, y el cansancio cesa.
En el octubre viste
Las desnudas paredes
Del sabroso animal, que á Baco incita:
Si su gusto consiste
En cazar con las redes,
Su fácil vuelo al páxaro limita:
Luego que se acredita
La verde vid no inculta
Con fruto sazonado,
En el lagar echado
Yere al racimo, y al humor sepulta,
Hasta que en tosco velo
Muda el sabor obedeciendo al hielo.
Repúblicas de trigo
El julio caluroso
Mira en las tierras, que pobló villano,
Y quando mas amigo
Se llega cauteloso,
Y el pie las corta con violenta mano:
Saca el dorado grano
De su rubia mortaja
Con el áspero trillo,
Y luego mas sencillo
Limpio lo encierra, y quando mas tra-
baja,
Da por bien empleado
El sol, pena y sudor que le ha costado.

Yo, pues, que tal ventura
Alegre he conocido,
Celebraré mi amado desengaño,
Gozaré la hermosura
De mi dueño querido,
Sin pesar, sin rezelo, y sin engaño
Pasaré todo el año
En dichoso sosiego,
Miraré su luz bella,
Será mi amor, mi estrella,
Será al salir el sol, mi aurora, y luego
Diré: ¡qué alegres horas!
Viéndome amanecer con dos auroras.

Bien advirtió Hipólito, que la fiesta se ordenaba á celebrar las bodas de aquella hermosa aldeana, costumbre muy recibida en todas naciones, y puede ser que introducida por algun zeloso; mas no por eso dexó de continuar su atencion, convidado de las novedades que advertia, y gustoso de ver á las aldeanas, á unas alegres, á otras melancólicas; desdeñosas á algunas, y zelosas á muchas, que ni hay apartado lugar donde no llegue amor, ni rústico amor á quien no atormenten zelos.

En medio de esta alegría vió que en su aposento se habia acabado la luz, y que á la agena habitacion llegaban quatro hombres embozados, y cubiertos los rostros: acercóse el uno á las luces, y

matándolas, dió lugar á los demas, para que parte acudiese á coger á la hermosa labradora, y parte se previniese para ofender al crecido número de mancebos, que si ántes celebraban la boda, ya intentaban su libertad y su defensa. Admirado quedó el noble peregrino de este suceso, y como con la falta de luz estaba impedido, para ver el fin se determinó á baxar del lugar en que habia hallado tan brevemente tantas confusiones para su imaginacion; mas al tiempo de ponerlo en efecto, sintió, que por haber hecho alguna fuerza, y estar el tabique, como diximos, desviado de todas partes, se iba irremediablemente al suelo. No pudo determinarse, ni prevenirse, y así cayó con él dentro de la casa, que primero fué habitacion de aquella alegría, y ya era confuso abismo de obscuridad, voces, y llanto. El golpe fué tan grande, y el estruendo tan espantoso, que todos presumiéron que se venia á tierra el edificio. Quedáron por esta causa las mugeres de todo punto temerosas, los hombres espantosamente asombrados, y los que habian entrado encubiertos, tan excesivamente confusos, que tratáron de salirse á toda priesa, si bien con el feliz robo en los brazos. No lo consiguiéron tan facilmente como lo intentáron,

pues hallando la puerta por donde entráron impedida con los fragmentos del deshecho tabique, fué forzoso dilatar la salida, y poner con la dilacion duda en la felicidad del suceso. Levantóse Hipólito de entre las toscas ruinas, que lo pudiéron ser de su persona, y halló que no se habia hecho daño alguno. A este tiempo uno de los labradores (que acaso seria el dueño de la casa) entró á otro mas interior aposento, de donde presuroso salió con unas teas encendidas. Sirvió su claridad á los forasteros para que viesen por donde podrian salir; á la bellísima aldeana para que esforzase las voces, provocando á su defensa; á Hipólito para que reparase en las personas que la llevaban, y advirtiese que eran de no mal porte; y para que cuidase de librarse de los alentados villanos, que con la diversidad de armas, á que suele obligar una defensa impensada, procuraban tomar venganza de quien les quitaba tan preciosa prenda. Sacáronla hasta el aposento de Hipólito, por el espacio que permitió el derribado tabique; mas viendo que no podrian escapar con la vida, si hacian mas resistencia; porque con espadas, piedras y otros instrumentos, en los villanos se aumentaba la fuerza, y en ellos el riesgo, la dexáron, y pusiéron

en retirarse el desvelo que habian tenido en robarla. Como la impaciencia atiende poco, la cólera ciega al discurso, y la pasion entorpece á la vista, temió Hipólito, que viéndole forastero, no juzgasen que era cómplice en el delito, y que el hábito de peregrino era disfraz malicioso para llegar encubierto y seguro. Atento á esta imaginacion, tuvo por medio mas cuerdo ausentarse de su presencia para excusar su furia, que esperar su cordura para huir tan conocido riesgo. Salióse para esto á la calle por la puerta de la posada, donde se juntáron la tempestad del cielo, y la de los coléricos aldeanos; aquella con diluvios de agua, y esta con abundancia de piedras. Echáron los forasteros para burlar su indignacion, unos por una, y otros por otra parte, siguiendo Hipólito la que le pareció mas segura. El que nace á ser infeliz, nunca dexan de acompañarle sus desdichas; y así se vió en él con evidencia esta verdad, pues por ausentarse del rigor de los toscos villanos, se acercó al peligro de un alentado arroyo, que habiendo, con ayuda de la copiosa lluvia, cobrado poderosas fuerzas, mostraba su baxeza en usar de ellas con toda violencia, que es muy ordinario en los humildes valerse del poder que alcazáron,

para grangear la autoridad, que no mereciéron.

En medio de la corriente de sus aguas se halló tan impensadamente, que ni se pudo prevenir para excusar el daño, ni se pudo recobrar para evitar el peligro. Mas haciendo de la ocasion impensada, ostentacion cuerda de su valor, hizo al peligro crisol de su alentado esfuerzo. Tendió los brazos para conducirse de la otra parte, fiado en que tambien el agua se sabe dexar obligar, pues tal vez, quien la lisongea con ellos, halla entre sus cristales diafáno camino. Habia en la distancia del espacioso arroyo una isleta pequeña, que por ser parte superior no se dexaba ocultar del agua. Llegó á ella Hipólito, y parecióle pisar allí la tierra; así porque las oscuras sombras de la noche no le permitian asegurarse de mejor esperanza, como por descansar, para proseguir en su fuga, quando el sol le diese con sus luces mas seguro atrevimiento, ó para que cesando la violencia del arroyo, y la fuerza de la tempestad, se moderase la repentina furia de tan impensada corriente. Torció con las manos lo mejor que pudo sus mojados vestidos, y escupiendo el agua que se le habia entrado en la boca, regaba segunda vez los hombros con las reliquias que se ha-

bian ocultado en el cabello. No se lamentaba de estas penas que padecia, ántes creyendo que eran castigo de su curiosidad, decia: quien curiosamente desea mas de lo que le importa saber, justamente llega á saber lo que le importára ignorar. En medio de estas advertencias (que no hay mayor cordura que buscar á los trabajos principio en los pasados defectos) sintió no estar de todo punto solo, pues oyó entre claros suspiros algunas mal formadas razones. Dió mas que pensar á su admirada imaginacion (mejor dixera á su admiracion no imaginada) el parecer, segun era débil el sonido de la voz, que seria muger la que afligida suspiraba, y lastimada se afligia. Llegóse mas cerca, y visto por él su negro bulto, tan léjos estuvo de espantarse de verle, que se adelantó á recibirle; repitiendo á pedazos, como ántes impedida de las lágrimas, ahora de copioso aliento, estas razones. Vilmente quiere asegurar sus desdichas, quien desespera del remedio de ellas, y justamente carece de remedio, quien no dexa en la esperanza puerta por donde puedan acometerle sus dichas. ¡Quán pesarosa estuviera de haberme arrojado (ó noble Don Enrique!) al furioso curso de las aguas, pues hubiera sido mi perdicion, como es

mi remedio cierto. Alegre estoy de haber sido cobarde, pues así habré conservado mi vida. Decia estas razones, segun despues se advirtió, sintiendo lo contrario, porque tal vez importa que diga la lengua lo que el corazon no siente.

Dudaba en responder Hipólito á estas razones, por no la quitar con el desengaño de que no era quien pensaba, el contento que con su engaño tenia; mas viéndose obligado de las demostraciones que hacia, y de lo que extrañaba el no responderla, la dixo: quanto he dilatado la respuesta, debeis, ó señora, á mi cortesía; pues presumiendo que habeis de perder el gusto que mostrais, con el conocimiento de que no soy quien juzgasteis, me he detenido hasta ahora, que no era bien, que tan presto perdiésedes triste el alegría que buscabais codiciosa. Mas aunque ha sido fuerza responderos, no será violencia el ofrecerme á ampararos, para que quedeis satisfecha, de que si no hallasteis la persona que buscabais, habeis hallado, por lo ménos, quien sabrá aventurarse por vos en quanto se ordene á serviros. Mostró la ántes infelice muger, no pequeño consuelo entre mas que mediana alegría, oyendo los corteses ofrecimientos de Hipólito, que conociendo en su necesidad la aceptacion de

sus promesas, prosiguió en ellas, hasta reducirlas á efecto. Quiso preguntarla muchas veces, quién era, y qué ocasion la habia traido á tan extraño lugar, y siempre lo dexaba de hacer, atendiendo á que aquella ocasion no era apropósito para informarse curioso de la causa, sino de remediar cuidadoso el peligro. Pasóse en estas y otras razones un largo espacio de tiempo, y faltando con él la tempestad y sobresalto, se aumentó el piadoso esfuerzo de Hipólito.

La luz del sol comenzó apénas á dar recien nacido lustre á los campos, quando reparó en que ya eran mas débiles las fuerzas del riguroso arroyo, por faltarle con la lluvia el alimento, y trató de reconocer las prendas con que estaba adornada la persona á quien habia prometido su ayuda. Volvió para esto cuidadosamente los ojos, y vió una muger de estas señas. El rostro, como marfil blanco; los cabellos, en un medio, ni como la noche obscuros, ni como el sol dorados; los ojos negros, á quien por grandes cubrian las pestañas, ellas tan crecidas, que muchas veces pareciéron defensa de sus niñas, ó guarniciones de évano á su imágen; las cejas, aunque pobladas, ni tan juntas como si no fueran diversas, ni tan apartadas, como si no fueran distintas;

la nariz tan perfecta, que ni faltaba en lo necesario, ni sobraba en lo superfluo; las mexillas y la frente adornadas de retorcidos rizos, que cayendo igualmente sobre ellas, mostraban avaras poco carmin en mucha nieve; la boca pequeña y adornada de blancos, menudos, y iguales dientes; las manos abultadas, y cortas; el vestido conservaba su lucimiento, á beneficio de un fieltro, que le defendia de la tempestad, y era superiormente costoso, porque el jubon con que cubria y adornaba el pecho era encarnado, guarnecido, y quaxado de menudas trenzas de oro; el faldellin de tela de la misma color, el qual permitia pródigamente la vista de los pies, presos por pequeños (como si fuera delito) en dos prisiones de oloroso ambar; la ropa era azul con muchos alamares y guarniciones de plata, el capotillo, de la misma color, y guarnicion de la ropa, aunque con esta diferencia, que él estaba bordado á trechos, y ella picada y cogida con unos lazos. La voz, que no suele ser el menor adorno de la belleza, era blanda, dulce, y sonora; y el entendimiento tan claro, que muchas veces se pasaba de los límites de cortesano, al que suele tener quien profesa, ó graves negocios, ó sérias y agudas ciencias.

¿Quién viendo tan hermoso sugeto no quedará enamorado? ¿Quién á tan superior belleza no se viera rendido, sin que le faltara el alma, ó corriera peligro de insensible?

Nunca tuvo el amor tan limitado poder, que se reduzca á leyes, pues como dixo Boecio: para el amor, él es la mayor ley de sí mismo; por cuya causa comenzó Hipólito á amar en un instante, con tan crecido amor, que á no ser tan digno el objeto, mas que amor pareciera desatino. Tuvo dicha en que no fuese infeliz su nacimiento, pues reparando en él la hermosa dama, halló un hombre, como le pudiera pintar en su imaginacion: alto, corpulento, de agradable persona; ni tan blanco que pudiese tener á nadie envidioso, ni tan moreno que excediese de robusto; proporcionado en las facciones, ayroso en el brio, modesto en el despejo, grave en la vista, prudente en el ingenio; y aunque cubierto de una túnica corta de sayal, hábito de su exercicio, tan aseado, que no le hacian falta las milanesas telas, si bien la pasada tempestad y desdicha, no le dexaba lucir con la excelencia que solia. Dixe que el amor de Hipólito no fué infeliz en su principio, porque aunque la hermosa dama no comenzó á quererle al

mismo punto igualmente; con todo eso, ni le desagradó la persona, ni le negó en quanto le daban lugar sus cuidados justa correspondencia: demas de que feliz se debe llamar amor que nace, quando sobre no desagradar, hay ocasiones de servir y merecer. Atendiendo á esto el noble peregrino, quiso averiguar, si es verdad, que es principio de querer, dexarse obligar las mugeres, y ver si tenia su amor entrada por esta parte. Consultó de la hermosa dama el deseo, y habiendo tenido su beneplácito, determinó llevarla á lugar donde quedase obligada de su cortesía, y le dixese quién era, y qué novedad habia causado el extraño peligro en que la habia hallado. Cogióla en los brazos para pasarla el referido arroyo, y esperando á que ella recogiese bien sus vestidos, volvió á mojar segunda vez los suyos. Pasóla tan despacio, como quien temia la salida, donde era fuerza dexar el dulce peso; púsola sobre la mojada orilla, y saliendo despues, pensáron algunas yervas que volvia de nuevo la tempestad pasada; torció como primero los vestidos, y aliviado algun tanto de las molestias del agua, comenzó á caminar en compañía de la hermosa dama. Esforzaba su temor con razones, y con la esperanza de remedio á su cansancio,

si bien no eran menester demasiados esfuerzos, porque el que ella tenia pudiera dar admiracion á quien primero la mirara con lástima. Breve rato, aunque con grande aliento habian caminado, quando llegáron á un prado deleytoso donde se repastaba gran copia de ganado mayor, entre el qual habia un buen número de furiosos y alentados toros. Bien se rezelaba Hipólito de algun peligro, viendo que algunos dexaban el necesario pasto, y los seguian cuidadosamente con la vista ; mas á su imaginado peligro hizo riesgo manifiesto uno de los referidos animales, que con partidas y maliciosas plantas se desviaba de los demas, y se acercaba á sus personas. Veia Hipólito, que defenderse era dificil, por faltarle instrumento con que hacer daño al contrario. Atendia á que huir seria afrentoso, y en tal ocasion, infame, dexando en ella una muger, que quando por su hermosura, y por el amor que la confesaba no mereciera su amparo, por haberse valido de él, y haberse asegurado en su ayuda, era digna de mas cortés intento.

Llevado de estos pensamientos, se afligia el noble peregrino, y sin hallar lugar á ninguna determinacion, helaba á sus venas el temor, y impedia á su discurso

la grave dificultad de remedio. La infeliz dama, presurosa se adelantaba á este tiempo, y Hipólito la seguia. Ella con la afliccion huia descompuesta, y él con el rezelo caminaba cuidadoso. Ella perdido el color, volvia de quando en quando el rostro á la temida fiera, que á no serlo, pudiera quedar rendida á su hermosura, y él casi se holgaba de su temor, porque gozaba así mas amenudo de su vista. Quien no atendiere á la diversidad de nuestros afectos, podrá admirarse de lo que á esta dama sucedia, y á todos de ordinario sucede, quando esperamos algun daño, que es volver los ojos á verle, como si nos importase alcanzarle: mas mirado á buena luz, hallará que esta natural accion de la vista, mas es para asegurarnos de que le huimos, que por certificarnos de que le tenemos. Con esta suspension y estas penas volviéron al mismo arroyo de donde habian salido, aunque mas abaxo, no mucha distancia. Quiso Hipólito arrojarse tercera vez al agua, para coger á la afligida dama en los brazos, y librarla de este riesgo, mas no lo pudo hacer tan brevemente, que no llegase ántes el feroz animal á imposibilitarle sus intentos. Acudió la mísera señora á ampararse de un tronco, adonde en su mayor violencia habia dexado

el arroyo algunas reliquas de su pasada creciente, y Hipólito por no dexarla sola, acudió en su seguimiento á defenderla, aunque fuese dexando hacer en su misma persona el golpe. Mas la fortuna, que tan penosa ocasion les habia enviado, no les destituyó de todo punto de remedio, pues entre las demas cosas que habia traido la fuerza del agua, se quedó asida de una rama del seco tronco una espada tan hermosamente guarnecida, que parecia prenda de alguna persona, mas que medianamente ilustre: cogióla Hipólito alegre, y desnudando el blanco acero, ella quedó al parecer gloriosa de que la gobernase tal brazo, y él con ella tan alentado, que aun mas peligro, puesto junto á su aliento, le pareciera corto. No se descuidaba el fuerte animal en procurar el daño del prevenido mozo, como si le importara buscársele, manifiesto exemplar de un envidioso, que no solo procura el daño quando ve el provecho ageno, sino aun quando teme la desdicha propia. Paróse cauteloso el que ántes llegaba ligero, y Hipólito, como ántes le huia ligero, tambien le esperaba cauteloso. La fiera arrancaba con las manos la menuda yerba, para cubrir los pies en que se sustentaba el cuerpo, y Hipólito cubria con el capotillo de oro

y seda, que la dama con la turbacion se habia dexado, el desnudo acero con que le pensaba despojar de la vida. Acometióle el toro finalmente, mas retirandose Hipólito hácia su lado izquierdo, le dexó pasar un poco. Como la hermosa dama estaba tan cerca, viendo que habia errado el primer golpe, intentó desquitar con el segundo en ella su rigor y fiereza; mas á este tiempo le asió Hipólito del siniestro instrumento de su ira, y descargó sobre su arrugado cuello tan alentado un golpe, que las vecinas yerbas vestidas de granates se enriqueciéron á costa de una herida, y celebráron la venganza de su pasada injuria. Asegundó con otro tan violento que á pocos quedó en el blando suelo tendido, haciendo pronóstico, quando primero escarbaba, de su futuro suceso, pues aquello era no peynar la arena, sino hacer sepulcro á su vida.

Agradeció la dama de suerte este beneficio, que casi pareció mayor el agradecimiento. Hipólito excusaba á su valor, diciendo que todo se debia á su presencia, y á la dicha de haber hallado aquel instrumento de su defensa. Puso en él la hermosa dama los ojos, y despues de haberle reconocido, y pedido á Hipólito, dixo: principio de buena for-

tuna es el que ya imagino en la mia, porque entónces comienzan excelentemente los bienes, que se advierte la pérdida de los males. Miéntras se admiraba atenta la noble dama, vió Hipólito un pequeño bulto, que reluciendo entre la asquerosa lama del arroyo, con diferentes visos engañaba y se burlaba de la vista: llegóse mas cerca, y halló que era un aderezo de caballo bordado, con unas flores de oro. Sacóle del lugar en que estaba, y volviendo adonde la hermosa dama habia quedado, confirmó en ella sus primeras sospechas, y aun no sé, si su pasado deseo. Bien advertia el discreto peregrino por las señales exteriores parte de la interior causa de estas novedades, pues tenia para testigos de su presuncion los correspondientes despojos del caballo y espada, y el haber oido quando llegó desconocido á la presencia de la dama, el nombre de Don Enrique. Inferia que se llamaba así algun caballero que la acompañaba: y si bien en sus razones, ella ántes mostraba haberle tenido aborrecimiento que amor, con todo eso recibia increible desasosiego quando llegaba á pensar, que ó seria su esposo, ó su amante, y qualquiera de estas cosas grave estorvo de su recien nacido deseo.

¡O lo que puedes amor! ¡O lo que piensas! ¡Qué vario eres en tus discursos, qué impio en tus obras, qué bárbaro en tus conceptos, qué envidioso de agenos bienes, y qué digno de propios males! Hoy llegas á tener rendido el pecho del noble Hipólito, y hoy llegas á hacerle que tema en la hermosura de su nuevo objeto, los favores del no conocido Don Enrique. Oblígasle á que se huelgue de sus daños, y á que se alegre de pensar, que ya perdió la vida, sin mas interés, que inferir de su muerte, que podia proseguir sus afectos sin competidor. Viendo, pues, que gastar el tiempo, y esperar mas entre aquellos húmedos pantanos, no seria apropósito, así por la incomodidad que tenian, como por el peligro que corria su salud, si se detuviesen, cortesmente la rogó que dexase la suspension un rato, disponiéndose al remedio de tan precisa necesidad como los oprimia. Cuerda, y atentamente le respondió la dama: ¡no penseis, ó piadoso amparo mio! (que desde hoy mereceis justamente este nombre) que nace mi suspension de mi desconsuelo, pues como algun dia sabreis, estas prendas son de un caballero, á quien primero debí corteses correspondencias, y despues villano término; y aunque me presumo vengada, y por es-

ta parte me alegro, me suspendo piadosa, viendo que parece que degenera de nuestro ser la muger en quien se sienten defectos de piedad. Volvió desde esta conversacion Hipólito á la que primero habia propuesto, que era salir de aquel lugar, por no dar en su respuesta indicio de sus zelos, manifestándolos á ellos primero que á su amor: necio modo de introducirse de algunos amantes, pues si la persona á quien los piden es cuerda, viendo el enfado que esperan, la necedad que averiguan y el fin que ha de tener tal amor, se le suelen dar en el principio, acabándolo al mismo tiempo que comienza. Miró á todas partes curioso, para conseguir su intento, y á largo trecho vió un caballo de campo, que acaso seria de alguno de los baqueros que cuidaban de todo aquel ganado. Como en necesidad extrema todos los bienes, por ley natural, son comunes; en esta que era tan grave, no le pareció delito cogerle, y llevar en él á la hermosa señora, hasta el primer lugar, donde tomando otro medio, pudiesen dexar encargado á alguna persona que le volviese, miéntras ellos proseguian su viage. Puso en execucion su pensamiento, y haciendo de un tosco cordel blando freno, á rigor de dos piedras, le quitó unos gri-

llos, con que andaba libremente preso. Trúxole adonde la dama esperaba, echóle liberalmente la silla, que poco ántes habia hallado; y púsola cuidadosamente sobre ella. Quísose quedar él á pie, ó por no desdecir del hábito que traia, ó por no desacomodar á quien llevaba, mas que en el caballo, en el pecho. Camináron de esta suerte dos leguas, en cuyo espacio, por hacer con la novedad lugar á la diversion, la contó el fundamento de su viage, el fin de su peregrinacion, el principio de su nobleza, el amor que habia comenzado á tenerla, si bien tan honesto, que parecia mas pasion natural, que desordenado afecto, y últimamente el estado de su persona. Mostróse la noble dama parte consolada, por tener tal alivio en su necesidad, y parte alegre viéndole; no sé, si porque la condicion de las mugeres fácilmente se consuela, ó porque el valor de Hipólito la tenia justamente obligada, y sus prendas la llevaban gustosamente rendida. Por esto, y porque para ser la paga en todo igual, ha de ser en la misma especie que la deuda, comenzó á pagarle su relacion en otra de su vida, diciendo de esta suerte.

¡Bien sé yo, (ó ilustre, ó agradable y noble Hipólito!) que mi historia no os

ha de ser desapacible, si atendeis â que demas de ser extraña, es verdadera, que como las verdades son objeto del entendimiento, tambien se ajusta mas con ellas el gusto. Si alguna vez os pareciere que salgo en la narracion de los límites, que no en otras suele tener el discurso, no os admireis; porque ni somos de diferente naturaleza que los hombres, ni son ménos perfectas (en quanto á la perfeccion substancial) nuestras almas, como se advierte en tres Coricas, dos Aspasias, una Hortensia, una Sapho, una Cenobia, una Cornelia, una Praxila, sin otras, como Arete, Proba, Eudoxia, Istrina, y Casandra, que pudiera dexar, por no ocupar demasiado tiempo en cosa por sí tan manifiesta. Con esto no parecerá impropio en mí, lo que ha sido en muchas cierto, y quedaré segura de que no se extrañará en el sugeto lo que me ha costado tantos desvelos, como en este discurso de mi vida os han de hacer mis razones patente. Comenzaré desde el principio de ella, para que supuesto que tratais de quererme, sepais á quien estimais, y con que muger os aventurais; cosa que habian de hacer todos los hombres, si no quieren despues de verse empeñados, hallarse arrepentidos. Nací en Bolonia, ilustre universidad de Italia, cuyo crédi-

to tiene bastantemente dilatado su nombre, y el propio mio es AMINTA, ya feliz, pues he debido á mi suerte el haber salido de los peligros que sabeis, y de los que ahora escuchareis brevemente.

Quisiera proseguir la discreta dama su historia; mas descubrió Hipólito á este tiempo un pequeño lugar, ó poblacion, y pareciéndole que estaba cerca, la dixo: hermosa señora mia, bien creo que estareis satisfecha del gusto con que os escucho, si advertis á las mudanzas que hace mi rostro, manifiesto indicio de las pasiones del pecho, y de los afectos con que en breve tiempo se ha aumentado el fuego de mi amor, cosa de que yo no me admiro, porque se engaña quien piensa que se ha de regular su grandeza por la distancia que ha que nació, y no por la excelencia de quien le ha dado principio. Supuesta, pues, esta verdad, y que interrumpir vuestra historia, no es excusarme de oirla, sino dilatarla para mejor ocasion, os ruego que pues está tan cerca esta aldea, la dexeis, hasta que habiendo tomado algun alivio, vos la refirais mas despacio, y yo la escuche mas atento. Súcedeme á mí (¡ó Aminta bella!) lo que sucede á quien ha comenzado á gustar un manjar sabroso, que te-

miendo que se le acabe, se detiene, y él mismo huye la posesion, para que no le falte la esperanza. Despues sabré las novedades que prometeis, tan lastimado de las desdichas, como alegre de vuestras glorias, y tan inclinado á vuestra hermosura, como á vuestro entendimiento, que esta es la mayor que suele tener el alma, hablando en los límites naturales.

Sintiéron á este tiempo ruido de gente, que presurosa se les acercaba. Eran seis, ó siete hombres rusticos en la apariencia y el trage, y así no hizo demasiado caso Hipólito, pareciéndole que serian de aquel lugar adonde hacian su viage. Mas brevemente se halló engañado en su pensamiento, pues quando llegáron á igualar con él, le cogiéron todos juntos por los brazos, y hiciéron imposible su defensa. Atáronle con un grueso cordel, y tratándole de infame, de traydor, y otros viles renombres, echáron á Aminta del caballo, y lo mejor que pudiéron atravesáron en él á Hipólito, asegurándole con lo que del cordel habia sobrado, para que no se echase abaxo y se les fuese. Con esto diéron traza de volver á su aldea, diciendo á la cuidadosa dama (que lastimosamente les obligaba con su piedad á que le dexa-

sen) que agradeciese que no la llevaban á ella; y advirtiese, que si la dexaban era por parecerles que no seria culpada en el hurto de aquel caballo. Aquí comenzó la noble señora á afligirse mas apretadamente, viendo que por traerla con descanso, llevaban á su bienhechor tan injustamente preso. Por mas que los persuadia con ruegos y los obligaba con razones, la dexáron sola, siempre firmes en su primer intento. ¡O bárbara rusticidad, bastantemente quedas acreditada de intratable, é insufrible, pues ni contigo vale la razon, ni adquiere veneracion la hermosura! Viéndose la miserable señora llena de mayor desconsuelo que hasta entónces, por mas destituida de amparo; y atendiendo á la priesa con que llevaban á Hipólito los referidos villanos, desesperaba de poder seguirlos, no obstante que lo procuraban sus delicadas plantas. Tal vez le parecia conveniente irse á aquella cercana aldea, para pedir favor á sus moradores; y en comenzando á andar con este intento, se paraba para volver á mirar á Hipólito, y enviarle (ya que no podia otra cosa) mil suspiros. Volvia algunas veces á desandar parte del camino, hasta que la detenia la dificultad de alcanzarle. Ella indiferente no sabia que hacerse, y sus

pasos, siguiendo á sus deseos, daban indicios de su indeliberado pensamiento. Ponderaba brevemente en su imaginacion, lo que debia al valor de Hipólito, la correspondencia de que era digno su término. Proponia su discurso á su voluntad mil exemplos, probando lo que degeneraba nuestra naturaleza, y el lustre que pierde quando se niega injusta, y olvida ingrata el beneficio. Acordábasele, que aun en los animales ha sido loable el agradecimiento, como consta del perro de Jason, el caballo de Antioco, el águila Sixta y el Aspid Egipcio.

Llevada, pues, de estos discursos, acabó de resolverse á seguirle; y ya que no pudiese alcanzarle, determinó llegar al mismo lugar que le llevaban, lo qual, puesta en el camino, no seria muy dificil. Parecióle que así podria su diligencia procurarle libertad, satisfaciendo á la justicia, de que no habia tenido intento de hurtar el caballo, sino de valerse de él en ocasion tan precisa, para redimirse por esta parte de tan grave trabajo. Alentóse lo mejor que pudo, y si bien ya le habia perdido de vista, caminaba alegre, juzgando que no podria errar el viage. Nunca se tarda el desengaño, quando le ha de estar mal al que le tiene; y así

presto llegó á la hermosa Aminta la experiencia de esta verdad, y de su yerro. Habia en el discurso del camino una cruz, donde se dividia en tres distintos; y como la noticia que tenia de la tierra era tan corta, despues de haber llegado á ellos, no supo qual elegir para tener efecto en su deseo. Por no hacer el error grave, y el cansancio infelice, yendo por diferente parte que á Hipólito habian llevado, se puso á esperar que algun pasagero la informase, si habia encontrado á un hombre de sus señas. Sentóse en el repecho de una cuesta, para cobrar aliento en aquel breve descanso, si le podia tener quien en tan limitado tiempo habia hecho á su alma depósito de tantas penas. Hacíase cada instante á su esperanza un siglo: atendia á que el tiempo se pasaba, y que se imposibilitaba con la tardanza el favor que el noble preso pensaba llevar en su diligencia y cuidado; y al cabo de un largo espacio, vió venir un caminante á caballo, buena disposicion en la persona, y presuroso en el paso: el vestido que traia parecia haber sido costoso, si bien estaba por muchas partes deslucido. Levantóse para preguntarle si tenia noticia de lo que le costaba tanto desasosiego, y al tiempo de hablarle, conoció que era Don

Enrique, causa de sus extrañas fortunas. Alegróse de verle, mas por creer que habia hallado un eficaz medio de librar á Hipólito, que por el amor que le tenia. Apeóse Don Enrique, y si bien con su acostumbrada malicia, pareció celebrar tan impensado hallazgo. Admirábase de verla libre de aquella tempestad, y daba á su estrella parabienes por la dicha de ofrecérsela, en lugar donde podrian proseguir sus intentos. Significábala quanto pesar llevaba con su ausencia, y que era entónces el gozo, como primero habia sido la pena. En Aminta era el placer correspondiente á algunas fingidas demostraciones que hacia. Afirmábale que le habia llorado muerto, y entre los demas sucesos referia las obligaciones que tenia á Hipólito, las deudas en que la habian puesto su valor y cortesía, y el agradecimiento que pensaba tener á tan superiores empeños. Pocas luces ha menester la verdad para ser conocida, y pocos encarecimientos la lengua para manifestar el sentimiento del alma, y así se veia claramente en el modo de encarecerlos, la verdad con que estimaba en Hipólito los beneficios. Quanto mas fuerza ponia en mostrar sus afectos, deseosa de que Don Enrique pagase las deudas que ella reconocia, tanto mas se aumen-

taban en él, sobre la aspereza de su condicion, unas sospechas viles, que poco ántes habian tenido orígen en su corazon de alabanzas agenas. El se excusaba de volver por el rencor, que sin conocerle le tenia, y ella, pareciéndole falta de conocimiento de su obligacion, se las volvia á referir mas fervorosa. El se mostraba con esto mas remiso, y ella le acusaba de descuidado, perezoso, desagradecido, é impio. Todo lo qual hacia tan diversos efectos en los dos, que era en uno rebeldia y dureza, lo que en otro era lástima, agradecimiento y piedad, acompañada de algunos principios de amor, los quales llegan mas seguros siempre debaxo del título de compasioues. No culpára yo aquí á Enrique, si él supiera la verdad del pecho de Aminta: mas juzgando que aquel solo era agradecimiento, como ella le afirmaba, ¿quién no se lastíma de ver en ánimos bien nacidos naturales ingratos? ¿quién no se admira de ver algunos hombres juzgando por lo que les dicta el temor, y tal vez su malicia, sin dar crédito en nada á los ojos, ni sin consultar á los oidos, tan pagados de lo que piensan, que no creen mas de aquello que presumen?

Al tiempo que Don Enrique y Aminta estaban en la oposicion de pareceres

que queda referida, viéron pasar á toda priesa una tropa de labradores, de los quales el que pareció mas alentado decia: yo le volveré á la aldea, ó costará el desasosiego, que otras veces ha costado el atrevimiento, de querer extender la suya al término de otras jurisdicciones. Quando oyó la noble Aminta estas palabras, pareciéndola que se ordenaban á la materia, que la estaba dando tal desvelo, se llegó á ellos y les preguntó: si iban en seguimiento de un preso, que ciertos hombres llevaban; respondiéronla, que sí; y en el fin de su respuesta tuvo principio una exhortacion á la venganza de tan injusta prision, y una relacion de toda la verdad, moviendo de quando en quando con los afectos que mostraba, y con los malos tratamientos que referia haberle hecho, los ánimos de los labradores, para que no desistiesen del propósito con que habian salido. Ellos dobladamente, persuadidos ya del motivo que primero les habia sacado de su aldea, y ya de los retóricos colores de la narracion de Aminta, sin responder con las razones, diéron indicio de obedecerla con las plantas. Habíase quedado atras un labrador, que iba en seguimiento de los demas, al qual detuvo y preguntó: ¿por qué habian salido á quitar aquel

preso, y si era verdad que iban con este intento? El la respendió que sí, y que la causa era haberle sacado de la jurisdiccion de su aldea, y que todo lo habian visto algunos naturales de ella, y habian dado aviso al alcalde, que era el que iba adelante, acompañado de los demas labradores; y que á él no le detuviese, porque pudiese alcanzarlos. Volvió en esto Aminta á Don Enrique, rogándole que fuese tambien en su seguimiento para favorecer á Hipólito en la ocasion que se ofreciese: mas como de una parte le desobligaban sus zelos, y por otra era de su natural tan mal intencionado, tan áspero y tan insufrible, ni la quiso conceder este gusto, ni esperar un instante. Afirmaba, que supuesto que le habian de volver á aquella aldea, seria mejor aguardarle en ella con algunos regalos; y persuadióla á que subiese á las ancas de su alentado caballo. No quiso Aminta contradecirle en todo, por no se hacer mas sospechosa, y porque ya Don Enrique neciamente comenzaba á hacer demostracion de sus zelos. Volviéronse con esto hácia la aldea, desviándose bien contra el gusto de Aminta, del infelice Hipólito á quien la villana esquadra iba haciendo mil injurias, y diciendo mil afrentas. Iba el prudente caballero midiendo

con el tiempo las razones, hablándoles cortesmente, por ver si podrian ellas acabar lo que la violencia era imposible conseguir; que es cruel género de locura desesperada, ó desesperacion loca, usar en la afliccion de términos tan soberbios, que en lugar de lástimas y compasiones, provoque á enojos y afrentas de quien las oye; y lo que mas se debe ponderar á daños, y á pesares de quien padece. No podia vencerlos con buenas palabras, así porque la indignacion nunca da blandos oidos á la lisonja, como porque ha de alentar sangre ilustre á un corazon, para que llegue á sus puertas la piedad, la liberalidad, la modestia y la cortesía. ¿Qué es ver á un villano interesado, avariento y descortés? ¿Qué es verle atrevido, ignorante, necio y porfiado? Tengo por cosa de las que no admiten duda, que tal sugeto es de los monstruos mas horribles que la naturaleza conoce, y de las fieras mas crueles y feroces que en la aspereza de los montes habitan. Monstruos de crueldad, y fieras de rigor eran estos villanos en las costumbres que tenian, y término que usaban con el afligido peregrino: mas no les duró mucho el contento, y alegría; y llamo contento al que llevaban, siendo injusta crueldad, porque entónces le llega

á tener cumplido un malo, que se halla en las ocasiones de serlo.

No se descuidaba estotra esquadra que iba en su seguimiento, y así con brevedad los alcanzáron, hiciéronlos detener, apeáron del caballo al noble Hipólito, apeóse tambien el Alcalde, llegó el escribano, y preguntóles, ¿adónde llevaban á aquel hombre? Ellos viendo que los que venian con el referido juez eran mas en número, no se atreviéron á intentar la defensa, que oprime fácilmente el temor á los pechos que por su nacimiento son viles, y por sus costumbres infames; ántes le respondiéron que le llevaban preso. Preguntóles: ¿qué de dónde le llevaban? Y á esto, dos de los que diéron el aviso, comenzaron á decir, que ellos se le habian visto sacar del término de su aldea. Los otros se defendian diciendo que era engaño, y que á ellos les pertenecia el conocimiento de la causa, por ser de su lugar la prenda que llevaban hurtada. Unos levantaban las voces, y otros procuraban excederlos en ellas, con que todo se iba volviendo confusion. Solo Hipólito á este tiempo oia la porfia de los que le llevaban, y la resolucion de los que le querian volver á su lugar alegre: á estos daba toda el alma de agradecimiento, y á aquellos todo el deseo

de venganza. Quedaba entre tanta oposicion absorto, entre tantas desdichas impaciente, entre tan porfiada dureza, ignorante del fin que tendria tan impensado suceso. A la alteracion de los unos, á la resolucion de los otros, á la dudosa imaginacion de Hipólito, y á la porfiada confusion de todos, puso en silencio el alcalde, diciendo: que quanto se hubiese de hacer, habia de ser solamente lo que dispusiese la razon y la justicia. ¡O soberana imitacion de Dios, quán poderosa eres, pues no solo los delinqüentes tiemblan de tu nombre, mas aun los bárbaros se reconocen de tu fuerza vencidos! ¡O justicia, de todos venerada, de ninguno oprimida, que no halle en mas superior tribunal el castigo! Tú conservas las repúblicas, tú las alientas, tú las guardas, tú pesas igualmente los méritos, para repartir el premio, y mides sabiamente los delitos, para executar el castigo. ¿Cómo pueden dexar de ser iguales tus balanzas, si es tu fiel la razon? Hoy se nos descubren en este suceso algunas sombras de tus luces, pues las voces que bárbaramente herian el ayre, oyendo que tú llegas, cesan al punto, y en su lugar llegan la quietud, la conformidad y el silencio.

En las razones del alcalde, prosi-

guió el escribano, diciendo: pues se reduce á tan cuerdo término nuestra resolucion, será conveniente que vmd. aunque el lugar es ménos grave de lo que el oficio permite, por la necesidad haga luego una audiencia en órden á lo que se debe determinar de este preso. Aceptólo el alcalde, aunque bien contra el gusto de Hipólito, porque le parecia que poner en juicio su negocio, era poner en duda su deseo; y es tan mal sufrida nuestra pasion, que ni querriamos el mal cierto, ni el bien dudoso. Comenzóse á poner en execucion al punto, hízose la cabeza del proceso, juráron los que en esta parte podian, que habian visto sacar aquel preso de sus términos; oyóseles el descargo, y sin aguardar á mas, se les notificó que le dexasen. Los otros por no cometer algun delito, con que ocasionasen la cólera del juez para que executase su rigor, le entregáron y tratáron de partirse sin él: mas no lo consiguiéron así, porque atendiendo á que si se ausentaban, podrian llamar de su aldea gente, con que, como otras veces habia sucedido, se aventurase la salud de muchos, la vida de algunos, y la quietud de todos, los detuviéron á título de que jurasen en el delito del preso, que quedaba en su poder para executar el casti-

go. Traza llevaba el alentado alcalde, segun los advertimientos tenia, segun prudente hablaba, y cuerdo discurria, de hacer que el ilustre peregrino padeciese, si la informacion fuese siniestra, y los testigos jurasen mas apasionados, que verdaderos; y así temia justamente, sino su equidad con ser tan grande, la pasion de los que podian deponer en su perjuicio. Mas estos temores se desvaneciéron levemente, pues siendo preguntados en la causa que primero le imputaban, porque el alcalde no usase de jurisdiccion, que á ellos les parecia ser agena, ni castigase reo, que en su opinion pertenecia á su distrito, dixéron, que no sabian nada en aquel artículo, ni á aquel peregrino le tenian por delinqüente. Visto esto por el advertido juez, despues de haberlos hecho ratificar en sus confesiones, los hizo prender á todos, diciendo, que aquel peregrino era razon que se ausentase libre, como persona á quien el delito de haber hurtado el caballo, se habia impuesto falsamente; mas que ellos habian de ocupar sus prisiones, y substituir el castigo, porque adelante no se atreviese nadie á levantar tan infame testimonio. Quisiéron defenderse al principio, mas sin que les valiese resistencia, prevenciones, ni aliento, con el mismo instrumen-

to que llevaban á Hipólito, dexándole á él libre, los volviéron presos á su aldea. Dixéronle los piadosos labradores, que si por el cansancio no podia seguirlos, se viniese por su mismo camino poco á poco, para que ménos rendido llegase á recibir algun alivio en su humilde poblacion. El les respondió cortés, les estimó el consejo, y se quedó atras; de unos vengado, y á otros agradecido.

Entre la soledad llegó á las puertas de su entendimiento la consideracion de las mercedes que debia reconocer al cielo en la libertad de tantos peligros. Dábale gracias por el beneficio de haberle sacado bien de tan extraño suceso, y ponderaba el justo acuerdo con que parece que Dios habia ordenado el castigo de aquellos ignorantes, siendo uno mismo el género de pena que á él le habian dado, y ellos habian sufrido. Volvia á considerarse sin prisiones, y atribuia su libertad á la paciencia con que habia tolerado tan infames injurias Poníase á considerar á aquel rústico juez tan atentamente advertido, y decia: ¡qué se cansa nuestra naturaleza maliciosa en hablar del descuido de los jueces! si vemos de parte de Dios tantas luces en su entendimiento, para determinar qualquier duda. Aquí este rústico apénas sabia hablar, y

puesto en un tribunal que él eligió para que lo fuese, discurre, cumple con su obligacion, tiene traza para librar al inocente, y dar su justa pena al culpado. A mí que venia preso me libra, y á aquellos que estaban libres, los prende. ¡O como si todos los hombres se acordasen del temor con que parecen delante de un juez, se detendrian para no ocasionarle á rigor, si es que se puede dar este nombre á la accion que es justicia! Considérome yo, respecto de aquel hombre; por el nacimiento, mas grande; por la hacienda, mas rico; por el estado, mas alto; por el valor, mas fuerte; por la persona, mas bizarro; por el vestido, mas honroso; por el entendimiento, mas prudente; y llevándole tan conocidas ventajas, solo porque le ví juez, delante de él hallé mi grandeza humilde, mi riqueza pobre, mi estado corto, mi valor cobarde, mi bizarría encogida, mi honor reconocido, y mi entendimiento embarazado. Mas si he de decir verdad, no me pesa, ántes vengo á estar muy alegre, porque quando no supiera quien soy, en solo verme temeroso de la justicia, quedára para conmigo mismo satisfecho de que soy ilustremente nacido. Llegó con esto al lugar, donde le pareció que podia hallar á Aminta, nuevo empleo de

su gusto, y justo asunto de su empleo. Hizo quantas diligencias se deben presumir de un cuidado, á quien prevenia la voluntad, para que solicitase tan importante negocio; mas ellas fuéron inútiles, su esperanza vana y su fortuna corta, pues no pudo hallar nuevas de que allí hubiese llegado muger de las señas que él decia. Si consideramos al noble peregrino en este estado, le hallarémos de la suerte que quien perdió una joya, el qual despues de haberla buscado, y haber hecho experiencias de la cortedad de su dicha, vuelve á una misma parte muchas veces, y sin alejarse del lugar de su pérdida, pierde el tiempo, por no perder de todo punto la esperanza de hallarla, y por no castigarse á sí mismo con los escrúpulos de que se le ocultó, porque se apartó de inquirirla. No obstante, pues, que el desconsuelo le púdiera impedir el viage (tal era el que á su noble ánimo oprimia) se determinó á pasar adelante, por ver si con la mudanza del lugar era diversa la fortuna; como si la tierra, que á todos nos hace miserables, pudiese apartarse de nosotros, sino es perdiendo la vida, y con ella este material estorbo, si bien amada prision del alma, este cuerpo, vaso, que siempre sabe á su principio. Alentó á su desmayada naturaleza

con el mejor alimento que pudo hallar entónces, y caminó con su primera soledad, si ahora podia llevarla quien un instante no dividia de su corazon á Aminta. Recogióse aquella noche en la aldea que está mas vecina á Salamanca, á la parte por donde él caminaba, y ocupó gran rato del tiempo, con que la quietud le ocasionaba el descanso, en sus enamorados pensamientos; que quando vela el alma con el cuidado, duermen los sentidos dificultosamente. Levantóse ántes que saliese el alva (quizá pensando que saldria Aminta con ella) y despues de haber caminado un largo trecho, oyó una voz que suavemente lastimada, y lastimosamente suave cantaba, haciendo muchas veces á los suspiros acentos. Acercóse con la quietud que suele quien desea no estorbar: y así pudo percebir las estancias siguientes á imitacion del Petrarca en la cancion que comienza: *No produxo jamas cosa mas bella...*

Hasta quando fortuna grave mia
Ha de durar mi daño
Pues paso todo el año,
Sin conocer el rostro á mi alegría;
Aguarda un poco, espera,
Ménos mal es que muera,
Dame siquiera de descanso un dia,

Porque cobrando aliento,
Pueda esperarte mas mi sufrimiento.
Quando al principio á Feliciana amaba,
A la luz de sus ojos
Faltaban mis enojos,
Mas en tal gloria temeroso estaba,
Que mi inhumana estrella
De suerte me atropella,
Que aun teniendo los bienes los dudaba;
Y dudoso perdia
El mismo bien, que amante poseia.
Pasóse aqueste tiempo y juntamente,
Llegó en tan dura ausencia
De mi mal la inclemencia,
Y triste el pecho sus dolores siente.
Quanto mejor me fuera,
Si una tumba le diera,
Quando nací, descanso provid ente,
Que no piadosa cuna,
Expuesto á tal rigor de mi fortuna.
Diversas veces á inquirir me obligo,
Porque mi dura suerte
Tal vez feliz se advierte,
Y yo tambien mi grave mal mitigo:
Mas despues que el cuidado
Variamente he pensado,
Llego á juzgar, y atentamente digo:
Agora dicha extraña
Me ha tenido por otro, pues se engaña.
Llegué una vez al tálamo dichoso,
Y quando mi deseo

Alentaba Himeneo
Y de mi dueño pude ser esposo,
Del bien me siento léjos,
Fáltanme sus reflexos,
Ausente quedo de su rostro hermoso,
Y pues quedo con vida,
Bien tengo tanta pena merecida.
Nunca en las causas justas anda necio
El sentimiento grave,
Y pues mis daños sabe,
Mas nacidos de envidia, que desprecio,
Tantas lágrimas vierta,
Que mi fortuna incierta
Sepa que son de mi descanso el precio;
Si bien en daño tanto,
Aun temo que tambien me falte el llanto,
Que al que el gusto le falta
Si sus daños previene,
Quando los ojos con cristal esmalta,
A ser dichoso viene,
Pues para descansar lágrimas tiene.

Acabó la voz tan sonora, aunque acompañada de suspiros, que juntamente provocaba á atencion, y convidaba á lástima. Quando yo advierto, que para descansar canta el triste, y para celebrar su alegría usa del mismo medio el que está alegre, no sé si alabar la música, en unos regocijo, y en otros medicina, ó si ponderar nuestra flaqueza, pues lo mis-

mo nos celebra que lástima; ó si inferir, que en nuestra miseria andan tan juntas las tristezas y las alegrías, que como si fuesen una cosa misma, no hacemos distincion del remedio. Quisiera Hipólito llegar para divertirse en sus penas, ó para saber las que afligian á aquel lastimado pecho. Y pareciéndole que seria buena traza provocarle á que llegase con el mismo medio, diestra, dulce y advertidamente, dando alma á su voz con estos versos, que á otro propósito, aunque muy al de sus penas, habia hecho, cantó así:

De suerte en dura ausencia
Lágrimas vierten estos ojos,
Que ya sin resistencia
Se apropian nombre, y presuncion de rios;
Mas qué mucho si llora
Quien vió la luz, y está sin ella ahora.
Quanto mirar solia
Eran de Cloris dulces prendas bellas,
Desde que el alva fria
Borraba ilustre exército de estrellas,
Hasta que el sol dormido
Les mejoraba su esplendor perdido.
Mas lo que ahora veo,
Todo es pena, tristezas y rigores.
Padece mi deseo,
Y enseñando ámi amor que diga amores,
Tan tristes horas paso,

Que he llegado á dudar, si vivo acaso.
Para tener consuelo
Tal vez en soledades me retiro,
Donde corriendo el velo
A mi imaginacion, su imágen miro,
Y en su beldad absorto, (porto.
Pienso que ha de ausentarse, y me re-
Llego á hablarla juzgando, (fuso,
Que me ha de responder, y aunque con-
De que así esté callando,
Casi al tiempo la culpo, que la excuso:
Voy á tocarla, y veo,
Que todo ha sido fuerza del deseo.
Quando miro las flores
En presencia del sol vivir contentas,
Vestirse de colores,
Y decir á mi amor mudas afrentas,
Digo entre injurias tales:
Iráse el sol, y sentireis mis males.
Estos montes, que altivos
Le dan al Tajo casa y aposento,
Parece que estan vivos,
Pues repiten mis quejas por el viento,
Que en pena tan crecida,
Para sentir, los montes tienen vida.
Y al fin todo á mi queja,
Aunque niega el remedio da el oido,
Solo de mi se aleja
Mi misma suerte, y en tirano olvido
Confusa mi memoria,
Sueño llama al placer, pena á su gloria.

A un mismo tiempo llegó Hipólito al fin de estas canciones, y á su presencia quien primero habia ocasionado á su voz, que era un mancebo bien dispuesto. Conoció ser quien dos dias ántes habia cantado otra cancion en aquella aldea, que habiendo dado con la novedad entrada á su admiracion, la dió luego á su desdicha, y á nosotros para el principio de esta historia. Advirtió, que era el que entre los demas labradores estaba mas lucido, y por quien parecia celebrarse aquella rústica fiesta. Saludarónse cortesmente, y despues de haberse preguntado el uno al otro, adonde se enderezaba su viage, viendo que hasta Salamanca era uno mismo, le prosiguiéron juntos.

Descubría Leonardo (que así se llamaba el desconocido mancebo) gallardo discurso, y alma mas noble, que mostraba su exterior y rústico adorno; y como el camino es gran tercero de las voluntades, y en Hipólito habia capacidad mas digna de envidia que de aborrecimiento, comenzáron á disponerse con la conversacion las suyas; de suerte, que quando se halláron en Salamanca, no le permitió Leonardo que se apartase de su compañía para posar en otra parte, manifestándole por entónces, que él tenia

casa con mas que medianos bienes de fortuna, adonde poder aposentarle y servirle. Estuvo Hipólito aquella noche en ella, vió otro dia parte de la ciudad, y al siguiente se partió á poner fin á su peregrinacion, dexando para la vuelta el detenerse mas despacio en la atencion de grandezas. Gastó algunos dias en el cumplimiento de su deseo, visitando en su dichoso templo aquella sagrada imágen, á quien dió nombre una peña, siendo ella el medio con que en Dios se ablanda la ira, y en nosotros la dureza. Volvió al cabo de ellos á la casa de su nuevo amigo Leonardo, y desde allí dispuso que hiciesen diligencia por las posadas, para saber si habian llegado dos criados suyos, á los quales habia dexado en Madrid, con órden de que se fuesen á aquella ciudad, y prevenidos de dineros, vestidos y lo demas que su regalo, ó su necesidad hubiesen menester, le esperasen hasta que volviese á ella. Halláronlos y que habia dos dias que esperaban; diéronles noticia de donde estaba su dueño; llegáron á su presencia, y fuéron apaciblemente recibidos. Parecióle á Hipólito, que supuesto que ya habia cumplido con su obligacion, seria bien que le viesen mas lucido, y desnudándose el pasado hábito, trocó por la delgada túnica de

picote un vestido de terciopelo liso noguerado, guarnecido de menudos hilos de plata. Á Leonardo tenian en casa lo mas del tiempo sus melancolías, en cuyo conocimiento no habia tenido parte Hipólito, por no le obligar á mas de lo que él quisiese decirle. Salióse por esta causa aquella tarde sin él, acompañado de sus criados. Fuéronse á las escuelas, tan justamente dignas del crédito que poseen, por tan ilustres hijos como han tenido en todas facultades, en tan dilatados siglos. Estaban, entre los demas, en ellas dos mancebos estudiantes, que llevados de la curiosidad, reparáron en él, y despues de haberle conocido, llegáron á abrazarle afectuosamente. Volvió Hipólito para saber quien fuesen los que celebraban su vista con tales demostraciones de alegría, y acudiendo á su memoria, para que manifestase las especies que de ellos tenia, acabó de conocer, que eran dos caballeros, á quien él habia visto en Italia, y de quien habia recibido algunos beneficios en tiempo de menor fortuna.

No pudo llegar á su voluntad mas sazonado gusto, ni á su suerte mas dichoso hallazgo (si hacemos excepcion de Aminta) que el que entónces poseia; y así con los brazos, y con los afectos declaró quan justamente los correspondia.

Tratáron varias cosas de las que no son á nuestro propósito importantes; y despues de haberse paseado gran rato juntos, llegáron á su casa de Alexandro, y Carlos (que así se llamaban los dos estudiantes amigos.) Rogáron á Hipólito muchas veces que la honrase con su persona; mas nunca quiso aceptarla para quedarse en ella, diciendo, que él estaba ya aposentado, y estimaba en mucho el deseo. Preguntaronle adonde, para visitarle á otro dia; mas el cortés caballero, por no obligarles á que se anticipasen á verle, no quiso decírsela, ni manifestarles el noble acogimiento que Leonardo le hacia. Ellos por parecer discretos, no porfiando, le obedeciéron, y él dexándolos en su posada, dió á la suya brevemente la vuelta.

Halló con sus continuos pesares á su nuevo amigo, y ya mas alentado con la comunicacion que entre los dos habia, le rogó que refiriese la causa de sus penas, para que se procurase remedio, atendiendo á que es ignorante modo de carecer de los males, padecerlos sin manifestarlos, y callarlos sin prevenirlos. Hasta ahora me he sentido tal, y ellos son tantos, respondió Leonardo, que me ha parecido ménos dificultoso ocultarlos, que sufrirlos. Mas pues que me veo ya obli-

gado de vuestro ruego, le quiero antepo-
ner á mi silencio, si bien es necesario que
os prevengais á oir los principios, por-
que supuesto que para mí fuéron alegres,
en la memoria de ellos cobraré aliento
para proseguir con ménos riesgo en las
penas que tengo de grangear con los fi-
nes. Hipólito previno el oido, su recato
en la soledad, Leonardo la atencion, y
siendo un suspiro el exôrdio, prosiguió
de esta suerte:

En lo que yo advierto ¡ó amigo!
que nuestra miseria es comun, y que
nuestras desdichas nacen quando nace-
mos, es, en que por todas partes hay in-
felices, y que al que lo es, desde luego
comienza á perseguirle su estrella. De es-
to último soy yo exemplar manifiesto,
pues apénas ví esta luz universal en Bar-
celona, ciudad (como ya habreis tenido
noticia) insigne, quando me hallé huér-
fano de madre, porque de los dolores
que de mi parto tuvo (rindiendo el alma
á su partida) quedé heredero de no po-
ca riqueza, que en su muerte me dexó
mi padre; el qual siguió tan brevemente
á su consorte, que muchos tuviéron por
cierto, que me moria de pesar y de llan-
to; de donde infiero, que no todos los
hombres olvidan con facilidad, y que
algunos sienten, tienen memoria, y reco-

nocen, ya el amor que les tuviéron, ya los regalos que les procuráron, ya los trabajos que por ellos padeciéron, y ya los pesares y disgustos de que tal vez los excusáron. Crecí encomendado á un pariente mio; el qual tenia crédito de hombre poderoso, y un hijo á quien dexar la posesion de tan abundante hacienda. El mozo era bien nacido, pero muy mal inclinado; era rico, pero mucho mas que rico necio. ¡O naturaleza! en tus obras algunas veces imperfecta, y siempre providente, como sabes repartir de tus dones, como sabes repartir de tus gracias, como sabes ser á todos madre, como sabes quando niegas riqueza, dar entendimiento, y satisfacer la falta de entendimiento con la abundancia de riquezas. Andábamos siempre los dos juntos, ó ya jugando como niños en la puericia, ó ya divirtiéndonos como mancebos en la adolescencia y juventud. Cansábame de él algunas veces, y otras, por la amistad y parentesco, le sufria. Gran prueba es esta de lo que puede el amor, que crece con los años, porque en mi opinion no queda á un hombre entendido que hacer por otro, en llegando á comunicarle mas de una vez, si es ignorante.

Habia en la misma ciudad otra fa-

milia, que se componia de quatro notables sugetos, que eran un padre ciego y prudente; una madre vieja y loca; un hijo mancebo y valiente; y una hija moza y hermosa. Ruegoos con todo quanto encarecimiento puedo, ó Hipólito amigo, que atendais con cuidado á mis sucesos, porque si no me engaño, creo que os tendrán este rato divertido, y os dexarán, como divertido, enseñado en muchas cosas de las que cada dia importa saber; porque se engaña quien piensa que se oponen entretenimiento y doctrina, y acierta quien juzga, que no hay historia verdadera, ó ya profana, que no pueda ser ocasion de muchos provechos, supuesto que cada suceso es para los cuerdos un aviso. Llamábase el viejo Lupercio, su indiscreta muger Teodora, el mancebo Fulgencio, y Feliciana su hermana. Aunque estaba ciego el discreto Lupercio, ó ya con la experiencia de los años, ó ya con los ojos de su prudencia, veia los yerros á que andaba expuesta su hija, por la divertida condicion de su muger: y si bien advertia el poco fruto que hacian sus razones, con todo eso nunca desistia de aconsejarlas, y advertirlas de todo lo que su atento juicio alcanzaba. Feliciana tenia la inclinacion recogida y vergonzosa; mas como nues-

tra naturaleza es fácil de pervertirse por sus flacas fuerzas, no solo con las ocasiones en que su madre la ponia, mas aun con las licencias que la daba, iba perdiendo aquel recato y compostura á que su mismo natural la llamaba. Tal vez la sucedió tener graves pesadumbres con ella, por no querer obedecerla en adornarse el rostro con los infames pinceles, que por darla mayor, borran la mas perfecta hermosura, ni querer salir de casa á pasearse por la ciudad. ¡O madre necia, como se advierte tu ignorancia en no considerar los daños á que una hermosura se expone, quando anda adonde todos la vean! ¡O como no atiendes á que es la hermosura una joya preciosísima, cuyo valor se aumenta guardada, y cuyo esmalte, traida entre las manos, se desluce!

Salia, pues, la hermosa Feliciana algunas veces, por excusarse con su madre tantas pesadumbres, y una de ellas entre muchos á quien iba rindiendo su belleza, yo, ó Hipólito, fuí uno; aunque mas dichoso que los demas, pues quedó tambien al mismo punto Feliciana vencida. Llegué á decirla mi desvelo, porque en mas corto amor, es siempre mayor el atrevimiento, y ni se excusó de oirme, ni aun le debió de pesar, por-

que á nadie pesó de que le pagasen, y yo, segun supe despues, ya la debia en aquella ocasion correspondencias justas. Entre las demas cosas, á que su madre nos dió con su descuido lugar entónces, me dixo, que si queria saber su casa, la siguiese. Hízelo como me dispuso, porque siempre me ha sido muy obediente el deseo; y despues de haberla sabido, me informé despacio de la persona de sus padres, de sus costumbres, su calidad, y sus prendas. Hallé en ella, por esta informacion, nobleza, cordura y entendimiento, porque en su madre ya era conocida la malicia, costumbres y vida. Mucho pesar adquiria mi amor, y muchos temores mi pecho, viendo el mal lado que Feliciana tenia; y así me iba empeñando limitadamente por tener ménos dificultad en retirarme, si fuese ó necesario, ó conveniente, cosa que habian de hacer quantos hombres se dexan llevar de estas pasiones, para ser tenidos por cuerdos. Mas como la hermosura grangea, el amor merece, el entendimiento provoca, y en Feliciana habia hermosura, amor y entendimiento, por mas que me detenia en amarla, me iba grangeando, obligando, y provocando á que hiciese de tantas prendas debida estimacion.

A este tiempo, que comenzaba yo á empeñarme, Don Luis (que así se llama el necio hijo del pariente, á quien dixe que por muerte de mi padre quedé encomendado) se halló tambien sin el suyo, y dueño de copiosísimos bienes. Sucedió, pues, que viendo á Feliciana un dia, se enamoró de su rostro y su despejo, que aunque el amor no perdona á los ignorantes, es con esta diferencia, que á los discretos los vence con la hermosura del alma, y á estos con el vano lustre del cuerpo. Finalmente, Don Luis enamorado comenzó á parecer cuerdo en callarme sus deseos, si bien él mas lo hizo de temeroso, pensando que yo tambien me enamoraria, que de advertido, porque no le desviase de aquel intento. De suerte, que yo amaba á Feliciana sin que él lo supiese, y él tan ocultamente, que yo ignoraba su amor. Parecióle que el mas breve camino de reducir sus pensamientos á efecto, seria casarse; y así habló á Teodora, y le manifestó su nuevo intento. A ella le pareció que era gran dicha de su hija ser muger de un hombre tan rico, por los bienes de fortuna, tan noble por la sangre, y tan á propósito para su libertad, por el poco discurso que en él conocia; y trató luego de disponer las cosas de

manera, que llegase á execucion su buena suerte. Dió noticia de todo á Feliciana, y como estaba puesta mas en atender á su gusto, que á la obediencia de sus padres (que esto es lo que se negocia con permitir á los hijos cosas menores) la respondió libremente, y me avisó de lo que pasaba. No obstante su contradicion y mis trazas, tal era la condicion, y tan fuerte la resolucion de su madre, que no se pudiéron impedir las bodas. Quando Don Luis se atrevió á decirme sus intentos fué despues de tener hechas las escrituras, por parecerle que ya estaba seguro. Yo aunque sentia entónces el daño que mi voluntad padecia, á nadie le manifestaba, ántes me consolaba, esperando que el tiempo borraria las señales que habia hecho en mi alma aquel primer accidente, y aun tal vez me alegraba pensando que dexaria tantos disgustos y desvelos como trae consigo un necio amor, y esto con buen título, pues casándose Feliciana, no me podria culpar de desconocido é ingrato. Nunca supo Don Luis el fuego que en mi corazon se escondia; cosa que despues me fué tan importante, como, sino os veo cansado, oireis brevemente en mi discurso. Tan alegre os escucho (dixo Hipólito) que solo me pesará de que sea breve. A vues-

tra cortesía (respondió Leonardo) debo esta atencion, no á mi eloqüencia; pero olvidando cumplimientos, por proseguir en mis desdichas, digo, que uno de los dias en que á Don Luis por esposo, que presto habia de ser de Feliciana, y á mí por conocido, y á entrambos por la condicion de su madre, no se nos negaba licencia de entrar en su casa, llegué algo tarde á ella, oí estar hablando en voz alta á Lupercio; detúveme por saber la materia que le ocasionaba á perder su cordura, y sentí que ya con voz mas baxa decia á su muger y á su hijo (porque Feliciana debia de estar ocupada en otras cosas) estas razones: por vuestra vida Hipólito que las escucheis, y culpad mi ignorancia, sino mereciere vuestra atencion.

Pocas veces (ó Teodora y Fulgencio) tienen buenos fines los casamientos que se hacen con desigual gusto en las personas, ó no se efectúan con iguales riquezas, porque qualquiera desigualdad hace pesado el yugo del matrimonio; puesto que la conformidad es quien le suele hacer leve. De no haberla nacen ordinariamente las disensiones, los pesares, el arrepentimiento, y tal vez las diligencias para deshacer nudo, que deshecho, perjudica las conciencias, y conti-

nuado acaba desdichadamente las vidas. Yo veo en Feliciana poca inclinacion á este marido, y es terrible género de crueldad querer, que siendo ella la que se casa, haya de ser nuestra la voluntad, y suyo el consentimiento. A esto me podreis responder, que pocas veces ó ninguna se ha de dexar á los hijos la eleccion, porque ellos con la corta luz que dan los pocos años, estan mas próxîmos á errar; y yo respondo, que aunque no se les ha de permitir en todo, se ha de consultar su gusto en parte. Quando en los casamientos no hace contradicion la voluntad, puédese esperar que el tiempo y el trato engendrarán amor; mas quando hay repugnancia, débese temer continuo aborrecimiento. Si me dices, (¡ó Teodora!) que este Don Luis es noble; pregunto yo: teniendo noble sangre tu hija, ¿qué querrias que fuese el marido que la procuras? Si me dices que es rico, tambien me debes confesar que es necio, y yo mas querria un pobre que supiese adquirir, que un rico acostumbrado á desperdiciar, porque aquel de miserable llegára á ser poderoso, y este de poderoso, ha de venir forzosamente á estado miserable. Demas, de que no hay riqueza como el gusto, porque ménos rico es el que teniendo bie-

nes, ó no los sabe poseer, ó le falta el alegría, que el que sobrado de alegría se contenta con poco, y sabe usar de ello, como si fuera mucho. Quiero que adviertas ahora, que los casamientos que se hacen con hombres cuerdos, se gobiernan por cordura, y con los ricos por fortuna. Juzgue, pues, qualquiera en este caso, que por apasionado que sea, sentirá que es forzoso que acierte mejor quien tiene por ojos la prudencia, y por luz la razon, que no quien reparte ignorantemente, y con la vista vendada. (Así pintaba la antigüedad á la fortuna.) No niego yo (¡ó Teodora!) que es bien casar á tu hija, ántes advierto que la hermosura es peligrosa, y terrible atrevimiento tener pendiente de los deseos agenos la fama propia, y aventurar el cuidado de uno solo á las diligencias de tantos. Tambien sé que desde que nace á sus padres una hija, se han de dar un nudo al corazon, para que apretado vele en su remedio, y que no lo han de desatar, hasta que la tengan casada. Mas juntamente advierto, que esto no ha de ser arrojandose fácilmente; pues no es bien, que por descargarse de esa obligacion, la den á ella el insufrible peso de un disgusto tan dilatado como la vida. Antiguamente solian los Etruscos, gente bárbara, para

castigar los delitos en que intervenian dos, matar al uno, y atar al ya frio cadáver al otro para que el mal olor le acabase, haciendo instrumento de su castigo al mismo que fué su compañero en los yerros: y hoy hallo por mas cruel género de muerte un matrimonio á disgusto, y mas con un hombre necio, que muerto para el discurso, necesariamente ha de matar á su consorte con el mal olor del entendimiento. (Permítaseme que llame así á la necedad de un ignorante.) Atentos, pues, á todas estas cosas, determinémos con mas cuerda atencion aqueste caso, no sea nuestra inadvertencia y precipitacion causa de que quando la deseamos rica, la veamos pobre; quando dichosa, infelice; quando alegre, triste; quando bien empleada, mal tratada; quando hermosa, desdichada: y finalmente, quando procuramos esposo que la regale, no la demos enemigo que la acabe.

Estas razones decia el cuidadoso Lupercio, á las quales respondió ásperamente Teodora, que él era el mayor enemigo de su hija, pues la desviaba toda la importancia de su felicidad y su remedio, y con dura aspereza se salió de donde estaba, diciendo: que se cansaria en vano quien tratase de impedir que Don

Luis fuese esposo de su hija. De la misma suerte que la cordura de Lupercio me consolaba, me desconsoló la resolucion de Teodora. Quedóse Fulgencio solo con su padre, y tomando el viejo su parecer, oyó que estaba de la parte de su madre, y que le respondia de esta suerte: señor, todo el fundamento de nuestras dudas consiste en que mi hermana no tiene gusto, yo lo confieso así: mas ¿por qué ha de tener gusto una muger pobre? Si Don Luis es necio, es rico, y para una hora que le ha de escuchar, quatro ha de estar regalada y servida: junte, pues, las necedades á los regalos, y le parecerán menores, que tambien por la salud se suele disfrazar la amarga confeccion con la plata lucida: reciba la amargura de su conversacion envuelta en la plata de su hacienda, y evacuará el humor de su pobreza, que tambien es enfermedad miserable. De manera, respondió el noble viejo, que se ha de anteponer al mantenimiento del alma, esto es, á las razones discretas, el manjar corporal. ¿Y qué, os parece justo, que porque vuestra hermana nació pobre, no haya de ser libre? ¿ahora sabeis, que ni aun Dios hace fuerza á nadie en su albedrio? ¿Ahora estais por atender, que como suele ser natural el amor, lo

puede ser tambien el aborrecimiento? ¡Quántas veces habeis deseado mal á quien no os hace daño, y quántas habreis procurado bien á quien no os ha hecho beneficio! ¿Quereis vos, quando no os importa, ser libre para responderme á mí, y no quereis (en lo que la puede ir tanto) que ella lo sea para elegir marido? Dexad, dexad ya persuadiros á que no es bien, que lo que Dios no hace, ningun hombre lo intente. Calló Fulgencio, y obediente pidió á su padre la mano para besársela, él se la dió, y su bendicion con ella: aquí no puedo negaros, que le estuve envidioso, porque hacen á los hijos dichosos las bendiciones de los padres, y me admiré que siendo aquel mozo de ánimo tan fiero, que le temian aun los mas valientes, estuviese allí tan obediente, tan ajustado al gusto de su padre, y tan rendido á sus disposiciones. ¡O quán cierto camino de llegar á próspera fortuna es ese! (dixo á este tiempo Hipólito) ¡O quán seguro medio de tener felices sucesos en todo! Yo me atreveré afirmar, sin saber mas de esa accion de Fulgencio, que la veneracion de su padre le sirvió de aliento para tener estimacion, y que este respeto levantó su estado á dichosa veneracion. De los exemplos (dixo Leonardo) que he-

mos tenido en otros, bien se debe presumir que él tendria abundante premio, porque la divina piedad, como desea nuestras mejoras, apénas ha visto el merecimiento, quando da la retribucion. A lo ménos en quanto yo alcancé á saber de la vida de Fulgencio, bien sé que se le premió esta obediencia en sacarle de singulares peligros. Volviendo, pues, á la prosecucion de mi discurso, pasaré por lo que entónces hice, que fué volverme á salir sin que me viesen, y dexaré otros lances que hubo en aquellos dias, por no añadir á las que ahora padezco, las penas que tuve, y los temores que me costáron las bodas de Feliciana. Finalmente, ella se casó sin gusto suyo, atendiendo solo á las persuasiones, y importunos ruegos de su madre. Llevóla Don Luis á su casa, que ya por su condicion era distinta de la mia, y yo quedé muy lleno de melancolía, de tormentos, de zelos, cargado de fatigas, y quanto mas zeloso, mas rendido, y mas firmemente amante.

Desde luego quiero confesar ingénuamente mis yerros, porque presumo que es prudente acuerdo confesarlos, para deshacerlos, y afirmo que mi imprudencia, y mi amor fuéron causa de los daños que despues se siguiéron. A pocos

dias de casada me envió Feliciana á llamar, y me dixo el sentimiento que tenia, la fuerza que la habian hecho, el disgusto con que vivia, el amor con que me amaba; y últimamente, que si yo me retiraba por vengarme, y no proseguia en el que la habia mostrado, ella la tomaria mayor de sí misma, quitándose la vida. Bien yo, y qualquiera debe saber que estos son necios encarecimientos de los que aman; y así atendiendo mas á mi amor, que á los riesgos y crueldad con que ella se amenazaba, la respondí que se asegurase de que nunca mas amante la habia querido, ni mas firme perseverado en mi voluntad la memoria de su hermosura, su donayre, y sus gracias. Dixe en orden á encarecer estas verdades, algunos de los hipérboles que en tales ocasiones suele aconsejar esta pasion amorosa, y despedíme contento del suceso, porque lo que mas pena me habia dado, y lo que mas habia temido, era pensar que Feliciana me olvidaria: y lo cierto es que yo habia temido lo que ella habia de haber hecho, porque en la muger que se casa, si es advertida, todas las inclinaciones que ha tenido, han de cesar, y solamente han de servir de haberse enseñado á tener amor á su marido.

Entraba, pues, en casa de Feliciana muchas veces de dia, á título de pariente de su marido, y de noche, como amante de su hermosura; á todo lo qual daba lugar Don Luis con diversiones de mozo, porque á pocos dias de casado, ya traia como criada á Feliciana; y pareciéndole que por pobre no habia merecido igualarle, la trataba como inferior, en que se comenzáron á ver experiencias de lo que Lupercio, providente consideraba, y atento prevenia. Juntóse á esto el distraerse con una muger de baxa suerte, llamada Celia, gastando así la hacienda, la salud, y el tiempo, que no cuestan ménos gastos las costumbres lascivas.

Aunque me culpeis esta digresion, no puedo dexar de reprehender á algunos hombres, que preciándose de muy honrados, y teniendo buen parecer sus mugeres, se divierten con otras, tal vez muchísimo mas feas. Necio, ignorante, loco, escúchame: ¿no adviertes, que tú mismo te destruyes? ¿No consideras, que muchas veces hacen las mugeres ofendidas, lo que no hicieran solicitadas? ¿No atiendes á que si tú das exemplar á tu muger en lo que haces, de lo que ella puede hacer por vengarse, ha de hacer lo que no podrás remediar, y ha de imitar

lo que la enseñas con tu injusto proceder? Muy léjos andaba de estas advertencias Don Luis, no ponderaba estas cosas; y así daba toda la atencion á los entretenimientos, y los regalos de Celia; mas una noche, viniéndose á recoger á deshora, no pudo excusar el conocimiento de su desdicha, por haberme visto salir de su casa, si bien no conoció mas de que era un hombre el que habia salido. Calló por entónces, y á la siguiente noche volvió á venir al mismo tiempo, y volvió á verme como primero, siempre fuera de pensar que seria yo quien salia de su casa á tales horas. En lo que tuve grande dicha, fué, en que me viese desde léjos; y así, aunque esta vez lo procuró, no pudo saber quien era el atrevido, ayudando á que no lo supiese la costumbre que yo tenia de andar á buen paso en saliendo, y apresurarle á la vuelta de una esquina, para que nadie me hallase por allí tan tarde. Fuese á otro dia á mi casa, contóme su pena, refirióme el suceso, y díxome su cuidado, cosa que yo sentí con extremo, por los inconvenientes que se me podrian seguir de que él anduviese ya con sospecha. Procuré por esta causa deslumbrarle, diciendo, que pues lo habia visto de léjos, debia presumir que el hombre habia sa-

lido de otra casa de las que estaban cerca; á cuya duda me respondió, que no la podia haber en que hubiese salido de la suya, porque en lo que percibe la vista, no la suele haber fácilmente. Decíale yo que pensase que podria ser alguna criada la que hubiese hecho tal desacierto; mas aquí, aunque ignorante, hizo cuerdo discurso, diciendo que el trage que llevaba quien habia salido, no parecia ser de amante de criada, porque á la luz que daba (aunque limitadamente) la luna, habia visto relucir en el ferreruelo algunos pasamanos de plata.

Viendo que no podia divertirle de su cierta presuncion, tomé otro camino de asegurarle, y persuadirle á que los dos juntos y solos esperásemos á que el atrevido saliese, y le quitásemos la vida. Parecióle buen medio de satisfacerse, y con prevencion esperamos muchas noches, en todas las quales no vimos cosa alguna; claro está que no la habria, supuesto que era yo el que pudiera salir, y que á un mismo tiempo no podia estar en su favor y en su ofensa. La última noche que de esta suerte pasamos, le rogué que dexase ya la sospecha, pues se desengañaba de que habia sido vana ilusion de su fantasía la que le habia obligado á pensar en su

muger tal baxeza. Antes (me respondió) estoy determinado, si vos, como hasta aquí en lo demas me dais ayuda, á no dexar esto sin castigo, pues basta que yo haya presumido mi agravio, para que como ofendido me vengue. Traté de afear justamente aqueste necio parecer, con diversidad de exemplos y razones: mas (ó ya porque tienen fuerte aprehension los ignorantes, ó ya por el consejo de Celia, que no solo la ofendia, mas aun deseaba la muerte á Feliciana, para que no tuviese su gusto aqueste estorbo) él permaneció en su porfia, diciendo que estaba resuelto á matarla, y que no me opusiese á su parecer, sino queria que pensase que le negaba la amistad y el parentesco. Yo, pues, que como he dicho, tenia tanta parte en los aumentos, ó los daños de su desgraciada y hermosa muger, viendo que era imposible reducirle, tomé otro camino de librarla; y lo primero que hice fué encarecerle lo que le estimaba, lo que sentia sus pesares, y lo que por su pariente y amigo le debia. Luego le dixe que hacia muy cuerdamente en querer acabar de una vez con sus rezelos; y que si yo le habia procurado divertir de que lo hiciese, era de compasivo, mas que supuesta su honrada determinacion, para hacer mas

cuerda la venganza; yo queria dar el modo, y ser el instrumento de ella. Oyóme con atencion el imprudente Don Luis, y proseguí diciendo: grave perjuicio se os ha de seguir, si vos executais ese intento, porque si llega á saberse que lo habeis hecho (fuera de que su hermano es hombre de tan acreditado valor, como todos sabemos) la justicia ha de castigar rigurosamente este delito, por no estar en Feliciana manifiesta la culpa; asi que, para evitar estos inconvenientes, me parece que mañana, quando caigan las sombras de la noche, os vais á alguna conversacion de amigos, para que en ese tiempo yo pueda executar la crueldad que deseais, vos podais fingir el pesar que se debe tener por su muerte, y probar que no sois quien la ha muerto, si hubiere alguno tan mal intencionado que de los malos tratamientos que la habeis hecho lo presuma. Parecióle excelente la traza, dióme muchas gracias por ella, y conformes en esto nos despedimos. Partime á aquellas horas á mi casa lleno de pensamientos, combatido de imaginaciones, y cuidadoso de hallar medio de librar de tanto peligro á Feliciana, sin que se entendiese que yo habia revelado este secreto. No le hallé por entónces, mas al siguiente dia la conté quanto ha-

bia pasado, teniendo por ménos inconveniente descubrirla los pensamientos de su marido, que verla padecer por mi causa. Ultimamente la dixe como para aquella noche estaba determinada la execucion de su daño, y que convenia que se previniese luego de su remedio, el qual se ocultaba á mi corto talento, por tenerle lleno de turbacion y pesares. Ella, ó porque las mugeres nos llevan grande ventaja en discurrir brevemente, ó porque la ocasion la representó lo que deseaba, me alentó diciendo, que el remedio era fácil, y muy en nuestro provecho. Roguéla me le dixese, y prosiguió que fingiese mi cordura, ó mi engaño, que iba á matarla, y que pues Don Luis no habia de estar donde pudiese verlo, la sacase de aquel prolixo cautiverio, y afirmase que quando llegué no la habia hallado, que aunque se presumiese que la habia sacado el amante que él habia visto, no sabiendo quien era, no se aventuraba nada; ántes se conseguia su libertad, mi deseo de excusarla tal daño, y el castigo de su marido, pues tan necia determinacion en él, merecia tan osada resolucion en ella. No me desagradó la traza, ántes me ausenté con gran priesa, porque si venia no me hallase hablando con Feliciana, y tuviese en su pre-

suncion algunas luces de nuestro intento. Fuíme á prevenir donde llevarla, y con facilidad lo negocié en casa de una honrada muger anciana y pobre, porque nunca falta al dinero lugar, ni al oro dexa de ser obediente el secreto.

Con esta prevencion á la primera obscuridad de la noche busqué á Don Luis, y quando nos pareció tiempo á propósito, le dexé con otros amigos jugando, y me partí á su casa con el referido pensamiento. Vos, Hipólito, juzgareis el suceso conforme á nuestras disposiciones, y á la traza de Feliciana; y presumireis que á otro dia se hiciéron grandes diligencias por todas partes para hallarla, pensareis que yo temeroso me rezelaba no la encontrasen, y cuidadoso procuraba que no la viesen; mas engañárase vuestra imaginacion, porque aunque yo confieso que ello habia de ser así, la suerte lo dispuso mejor que pensamos. El caso fué que como Fulgencio era de corazon tan cruel, y su hermana se le habia quejado muchas veces de lo mal que Don Luis la trataba, dando por causa de estos efectos á Celia, que le traia divertido, se fué aquella noche á su casa, y despues de haberla dado de puñaladas, ó porque Feliciana se viese vengada, ó porque Don Luis escarmentase, la cogió,

y envuelta en su misma sangre la truxo á los umbrales de su puerta, para que el uno y el otro tomasen, ó satisfaccion, ó temor del castigo que podria esperar quien olvidase el cumplimiento de sus obligaciones. Quando yo llegué, y desprevenido ví aquel sangriento cadáver, al principio rezelé alguna desdicha, y despues me desengañé de que era vano mi temor, pues entrando dentro de su casa, hallé que Feliciana me estaba aguardando cuidadosa, y que sosegaba quieta toda la familia. Referíla con las razones á que daba lugar la brevedad del tiempo, y el aprieto en que nos hallábamos, lo que al entrar habia hallado á la puerta. Miéntras ella se admiró, y me dixo que nunca habia pensado que Fulgencio pusiera en execucion tal crueldad, aunque muchas veces se lo afirmaba, me dió lugar á que pensase, que si faltaba Feliciana, y no se sabia con quien habia hecho ausencia, seria fuerza que se hiciesen diligencias, para que pareciese, entre las quales tambien seria peligroso el secreto, y que supuesto que se ofrecia tan buena ocasion, era conveniente impedir los peligros que por esta parte nos amenazaban. ¡O ingenio, lo que oprimido discurres! ¡O lo que apretado adviertes! Y ¡ó quán justamente debe estar

glorioso el que llega á poseerte capaz, atento y agudo! Baxé sin mover los labios á la puerta, y creyendo que arrepentido del riesgo á que me ponia, me ausentaba sin ella, baxó tras mí la infeliz dama presurosa: advertí en su sobresalto, y en algunas palabras, que turbada me decia su pensamiento, y volviendo á ella la sosegué, la detuve, y la persuadí á que esperase, porque en aquella diligencia consistia toda la dicha de nuestras imaginaciones, de su libertad y mi sosiego. Prevínela de que se desnudase el vestido que traia, y se pusiese otro qualquiera, para tener adelantado esto en ocasion, adonde podria, quando no faltase el valor, faltar el tiempo. Cogí lo mejor que pude á la difunta Celia, y subila adonde Don Luis pudiese verla luego. Desnudéla todos los vestidos que traia, púsela aquellos que Feliciana se habia quitado, saqué la daga que llevaba en la cinta, y dila algunas heridas en el rostro; con que la mísera Celia, si primero muerta, ahora quedó desconocida y horrible. Esto así efectuado, llevé á Feliciana al lugar que tenia prevenido, que como ya os dixe, era la casa de una pobre muger, mayor en la edad, el nombre era Violante. Dexéla allí mas alentada, y volví á buscar á Don Luis,

habléle en secreto, y salimos los dos solos de la conversacion en que estaba: dixéle con la cautela de mis razones, y con la hermosura de mis palabras, que ya quedaba reducido á efecto su deseo; y exhortéle á que supiese fingir sentimiento por tal pérdida. No ignoraba yo que él no lo habia de hacer, porque el último quilate donde se descubre el entendimiento, es fingir gusto de lo que da pena, y pena de lo que causa gusto.

Ultimamente, por excusar á vuestra suspension el cuidado con que espera el fin de tantas confusiones, digo que yo le persuadia que fingiese, sino porque él lo habia de saber conseguir, por lo que á mí me podia importar. Díle para señas, y mayor crédito de lo que afirmaba, alguna sangre que me habia quedado en las manos y en los brazos, desde quando habia mudado al yerto cadáver de Celia los vestidos, con que acabó de quedar de todo punto alegre. Fuese satisfecho á su casa, y yo me recogí en la mia, para esperar lo que de estas novedades resultaria, y aquella noche pasaba, que segun despues supe, fué grande alboroto en la familia. Diéron cuenta á sus padres de Feliciana, y sintiéronla perdida, como se debe presumir de su amor, y de

la lástima á que obligaba á todos la malograda hermosura de su hija. Fulgencio estaba retirado por la muerte de Celia, y así no supo tan presto la desdicha de su hermana (llámola desdicha, porque así lo presumiéron ellos); mas Don Luis á otro dia supo claramente la de Celia, porque unas amigas suyas le informáron de quién la habia muerto. Quedó con estas nuevas tan pesaroso, que no le pareció bastante venganza la muerte de Feliciana, y se determinó á matar á Fulgencio en satisfaccion de haberle quitado el medio de sus entretenimientos. Quando llegó á noticia del animoso mancebo la presumida muerte de su querida hermana, trayendo á la memoria los consejos de su padre, se arrepentia de no haberlos seguido; y acordándose de la crueldad de Don Luis, juzgaba que en venganza del homicidio de Celia se habia atrevido á la vida de su misma muger. Muchas veces no ponderaba tanto el atrevimiento de su enemigo en lo que habia intentado, como el poco temor que á él le habia tenido, porque ordinariamente los que se precian de aliento, mas se cansan de que no les teman, que se injurian de que les afrenten. Con este enojo se le hacia cada instante, en que dilataba la execucion de su muerte, mil si-

glos. Don Luis le buscaba con el mismo deseo, y yo que era el mas culpado (gracias á mi industria) andaba el ménos peligroso.

Viendo, pues, que aunque no buscaban á la fingida muerta estaba en aquella ciudad con mucho riesgo, y que yo tambien le tendria si se descubriesen tantos engaños, me determiné, aunque careciese de su vista, á carecer de tan grandes temores, y para esto en compañía de Violante, persona de quien yo tenia satisfaccion, una noche la saqué de Barcelona, y la envié al lugar que de ella está mas cerca. Por la muerte de mi madre, que era natural de esta ciudad, heredé gran cantidad de hacienda y heredades en una aldea, que está de aquí doce leguas. Cuidaba de estos bienes un hombre que yo tenia puesto con título de mayoral; escribíle algunas veces, y aconsejándome por cartas lo bien que estaria en aquel lugar Feliciana, y la seguridad con que la tendria, me resolví á disponerla el viage. Ella estaba en todo obediente á mi gusto; y así en nada puso dificultad, sino es en sufrir á Violante su condicion, que por los muchos años era desapacible. Partióse finalmente, y quedéme yo en la ciudad, por no dar con mi ausencia algunas sospechas; que

á quien está comprehendido en algun delito, todo parece que le sobresalta. En este tiempo, como Fulgencio y Don Luis se deseaban encontrar, no obstante, que sus amigos lo estorbamos quanto fué posible, lo viniéron á conseguir una tarde, que me llevaba Don Luis en su compañía, desnudó su animoso acero, y aunque hizo quanto debia á buen hidalgo, quedó herido de una estocada, con que dentro de seis dias murió. Fulgencio se ausentó, y yo quedé preso por otra herida que dí á uno que le acompañaba, de que por no ser peligrosa, estuvo luego bueno. Comenzáronse con estos principios terribles vandos entre los parientes de todos, saliéndose muchos de ellos á campaña, para satisfacerse con mas libertad, y sustentarse de lo que tal vez les hacia la necesidad quitar á los pasageros. El juez que me tenia preso estaba persuadido á que yo podria ser el medio de las amistades, y reconciliacion de mis parientes, y los de Fulgencio; sin advertir á que allí se heredan con la sangre y la hacienda los agravios. Comunicaba por cartas á Feliciana en esta distancia; y por una la ordené que viniese á esta ciudad, y en ella pusiese casa oonforme á nuestro estado, porque esperaba que ya seria muy breve mi buen suceso;

añadí que luego se volviese á la aldea donde habia estado, porque sino es en mi compañía, no gustaba que estuviese en ciudad tan grande, pues una muger sola, con galas, criados y adorno, se hace sospechosa de deshonesta, y con la sospecha suele nacer en algunos atrevimientos, y en otros desvergüenza. Hizo todo quanto la dispuse puntualmente; en cuyo tiempo atendió el juez á que yo no tenia demasiada culpa, y que quando la tuviese, tres meses de prision bastaban á haberla purgado abundantemente. Vió que con ella no se efectuaba su intento, ni se remediaba nada; y así me dió por libre. Apénas me ví fuera de la cárcel, quando dispuse el viage, y alentado de su amor, llegué á los ojos de mi querida prenda, eché ménos á Violante, y respondióme, que no habia querido vivir en tan corta aldea, y que se habia venido á Salamanca, donde le habian dicho que servia. Pesóme de que habiéndola sacado de su tierra, y debiéndola tan buenas obras, se le correspondiese tan mal; pero advirtiendo, que presto la veriamos, dexé de enviarla á llamar, y traté de lo que mas importaba, que era la quietud de mi conciencia, y la seguridad de Feliciana. Para esto habia yo traido testimonio de la muerte de Don

Luis; con el qual sin dificultad nos diéron licencia para celebrar los desposorios, y para que en legítimos y honestos lazos, gozásemos el fruto de tantos desvelos. Mas como la fortuna se cansa de permanecer mucho tiempo en favor del que nace desdichado, se cansó de mis bienes, y la noche de la boda, quando en medio del regocijo era mayor el rústico aplauso de los aldeanos que la celebraban, entráron quatro ó seis hombres encubiertos. Pensando que era algun disfraz para hacer mayor la fiesta, me descuidé en poner remedio, y dí lugar á que uno matase las luces, y los otros cogiesen á Feliciana, que solamente con voces y suspiros se defendia. Hiciéronse diligencias para cogerlos, y no obstante que la justicia prendió á algunos, no pareció lo que importaba mas, que era el robo, y quien le llevaba. Finalmente, ni ellos sabian dar razon de sí, ni yo sé mas en este caso de que desde entónces no la he visto. De suerte, que lo que llego á saber es mi desdicha, y lo que llego á ignorar es quien me pudo intentar tales daños. Esto es lo que me aflige justamente; esta la causa de mis pesares, este el fundamento de mis tristezas, y esta la ocasion de que me hallásedes tan melancólico, divirtiendo

mis penas, quando la vez primera llegué á veros. Vos (¡ó amigo!) juzgareis ahora si mi afliccion es imprudente, mis pesares necios, mis penas leves, y mis tristezas injustas.

Supuesto que teneis (respondió Hipólito) satisfaccion cuerda de vuestra amada esposa, no debe ser tanta la pena de haberla perdido, como la esperanza de cobrarla; pues si bien se puede temer (quando alguno la llevase violenta) la falta que hará á vuestro amor, no se debe pensar que ella faltará á su honor y á sus obligaciones. Así que, concediendo que no es el pesar injusto, os advierto que es sobrado, y os espero ver en posesion de vuestras primeras alegrias. Querria yo, que entendiesedes, que todos los sobresaltos que padeceis, no son otra cosa que castigos de la voluntad ílicita que tuvisteis á Feliciana, y de los medios que pusisteis hasta llegar al término de vuestras bodas; pues aunque de vuestra parte fuéron con la menor aspereza posible por ordenarse á librar una vida de las manos de la muerte, con todo eso, ni vos la dexais de confesar, ni yo puedo disculpar vuestra injusticia. No juzgueis que digo esto para aumentaros el desconsuelo; sino para que veais que muy ordinariamente se parecen las penas á los delitos; y para que estimeis

mucho que no se dilaten, ántes bien esteis reconocido á Dios, que en esta vida suele dar mas leves los castigos.

Recogiéronse aquella noche, y á la tarde del siguiente dia, despues de haber andado por la ciudad, llegó Hipólito á su posada, y casa de Leonardo, donde le halló confuso, prevenido de armas, y la color perdida: rogóle que dixese la causa de aquel nuevo accidente, y él cuidadosamente atento le respondió. Noble Hipólito, aunque veo que es atrevimimiento persuadiros, quando os he servido tan poco, á que por mí aventureis lo mucho que vale vuestra persona, viendo que si me falta la vida en el peligro que esta noche he de verme, á vos os faltará en mí un esclavo; he querido que como á cosa propia me ampareis, y aconsejeis lo que debo hacer en el caso que os propondré brevemente. Quando esta mañana os apartasteis de mí, llegó un criado, y lleno de turbacion me dixo que habia visto salir de una casa á Feliciana en compañía de otra muger, á quien él no habia conocido. Alegréme de oir novedad que tanto deseaba, y llevado del afecto, hice que me enseñase la calle y familia de donde habia salido. Mas aquí se me dobláron los pesares, pues siendo ántes dudosos, ya comencé á temerlos ciertos, atendiendo á

que era la casa de dos hombres mozos y galanes, á quien si unos los tenemos por valientes, otros los juzgamos por divertidos. Acometióme luego la presuncion de que ellos la robarian aquella noche de la aldea, pues era fácil haberla visto, quando yo la envié á decir que previniese el adorno de esta casa, y tan fácil como verla, quedar qualquiera de ellos enamorado y rendido á su hermosura. Ya sabeis (¡ó amigo Hipólito!) quan frágil es el honor, y quan atrevidos los zelos; y así debeis persuadiros á que yo dudoso en él, y cierto en ellos, estimaré en poco todo quanto no fuere satisfaccion de mi agravio. Para esto, fiado en vuestro valor, los escribí un papel de desafio, con animo de que los matemos esta noche en la campaña á emtrambos, puesto que así no erraré el que me tiene ofendido. La hora del plazo se llegará con brevedad, ved lo que conforme á esto determinais, porque aunque yendo solo piense perder la vida, yo no tengo de faltar á las obligaciones que profeso, que ménos mal será morir en defensa de mi honor, que vivir sin él á manos de tan dilatadas penas. Yo, Leonardo (respondió Hipólito) estoy tan léjos de huir las ocasiones precisas en que puedo perder reputacion, que en otro tiempo las procuraba á costa de muchas temeridades,

y de algunas sinrazones. Ni esto quiero que penseis que es alabar aquella inclinacion, sin deseo de manifestaros quan seguro podeis estar de que no faltaré de vuestro lado, en quantos peligros me ocurrieren, hasta dexar la vida. Agradecióle Leonardo estas razones, y para mayor seguridad cubriéron los pechos de duras jacerinas, sobre blandos coletos, tomáron espadas y rodelas, prevenciones las mas veces cuerdas, y allí hijas del disgusto, engendradas en la cólera, y nietas del agravio. Cargados de tantos instrumentos de su ira, llegáron al asignado lugar del desafio, halláron ya esperando á los valientes caballeros, á quien Leonardo habia provocado á salir, que eran Alexandro y Cárlos, y por quien Hipólito habia tenido tanta alegria quando los encontró en aquella universidad, como poco ántes queda referido. Informáronse si eran ellos, y á este tiempo los unos y los otros, dexando caer las capas, pusiéron mano á las espadas y rodelas; y viendo Alexandro que ya estaban presentes sus enemigos, levantó un poco la voz, y dixo: no querria que alguno presumiese que esto es dilatar la pendencia, sino justificarla de nuestra parte. Cárlos y yo hemos sido llamados á esta soledad para averi-

guar con las armas, cosa que nosotros ignoramos. Y supuesto que ni excusamos el venir, ni faltarémos á nuestras obligaciones, querria que nos refiriésedes la causa de aquesta qüestion, para asegurarnos del peso que tiene, y satisfacernos si es justa. Leonardo respondió entónces: no quiero negar á vuestro deseo lo que es tan lícito, y á mí tan necesario; ántes me alegro de que hayais dado lugar á que mi enojo se reporte, os diga primero vuestro yerro, y luego intente el castigo. Para lo que os he sacado á esta campaña, (¡ó Cárlos, y Alexando!) es, ó para que sea esta tierra depósito de todas nuestras vidas, ó para que me asegureis de que ninguno de vosotros fué quien la noche de mis desposorios me quitó á Feliciana, la mas estimada prenda de mi alma, y ya entónces de mi honor. ¿Mas cómo será posible este último medio, si la habeis tenido muchos dias en vuestra misma casa, y ha llegado el poco recato á tan desdichado término que la han visto salir de ella algunas veces? Estas son las razones que tiene de su parte mi enojo, y estos los motivos que me han obligado á procurar, que (si quedais castigados) unos formen á mi determinacion honradas disculpas, y los otros saquen de vuestra muerte provechosos escarmientos.

Pesóle á Hipólito de haber oido aquellos nombres, y conocer que entónces tenia por contrarios á sus mayores amigos. Estaba tan dudoso, que no sabia qué remedio poner á tan apretada ocasion. Por una parte, si se descubria y trataba de amistades, se hallaba desacreditado para con Leonardo, y no cumplia lo que primero le habia prometido. Por otra, si permanecia oculto, y les procuraba ofender, temia en ellos el daño que podia hacerlos su valor y su acero. Si no se defendia, y procuraba el riesgo de Alexandro, que era quien habia de pelear con él, temia su mismo peligro. Y finalmente, en la respuesta de Cárlos, que ya comenzaba á hablar, dudaba si habria algun medio con que excusar el rompimiento. De tantas confusiones le sacó el noble mancebo, diciendo: mucho pesar tengo de que se hayau presumido de nosotros acciones tan infames, y ya debemos estar mas injuriados de vuestra presuncion, que vos de vuestra determinacion (á ser como habeis pensado cierta); mas porque á nuestra misma reputacion importa responder, quiero no daros satisfaccion, que á la verdad no es bien darla este título, sino aseguraros de que vivis engañado. Esto constará patentemente, si os persuadis á creer, que ni Alexandro, ni yo hemos

salido dos meses ha de la ciudad, sino es en la ocasion presente, ni en nuestra casa hay mas que una muger anciana (que se llama Violante) y cuida de nuestro alimento, ni jamas ha llegado tal reparo á nuestra noticia, ni del lugar que deciais la tenemos mayor que la que ahora confusamente nos habeis dado; añado, que no se dexará de engañar el que pensare otra cosa; y últimamente supuesta esta verdad, y sabiendo que la razon está de nuestra parte, confiamos en que nuestra misma inociencia nos ha de sacar con victoria. Levantáron animosamente las espadas, pusiéron en debida proporcion las rodelas, y diéron indicios de acometer; mas Hipólito, que habia deseado tan honrada respuesta, y tan en favor de Leonardo, sin que perdiese de su parte Cárlos, levantó la voz, y los detuvo, diciendo: vuestro valor ha dado en otras ocasiones bastantes muestras de la nobleza de esos pechos, de que yo he sido alguna vez testigo, y así me persuado á juzgar, que lo que decis es cierto; y si ántes hubiera sabido (¡ó Leonardo!) que eran Cárlos, y Alexandro los que habian dado fundamento á vuestra sospecha, yo hubiera excusado este disgusto, y los medios de llegar á tal estado, afirmando que su valor, su nobleza, y su cordura no habian de dar

lugar á cosa tan infame, porque siempre siguen las costumbres al nacimiento; pues así como es dificil que un hombre mal nacido sea honrado, así parece imposible, que el que nació ilustremente, dexe de ser en sus acciones noble.

Conocido Hipólito por los dos, cesó el pasado rigor, y todos juntos volviéron á la ciudad. En el camino disculpó Leonardo su determinacion con el dicho de su criado, y aun presumió que no habia sido engaño, sí bien podia ser sin culpa de los dos, por haberlos oido decir que tenian en su casa á Violante; pues seria muy posible que Feliciana se hubiese recogido con ella temerosa de mas cruel fortuna. Manifestóles este pensamiento, y parecióles bien el discurso. Conformes llegáron todos á su casa de los nobles mancebos: los quales, para que fuese mas cautelosa la informacion del caso, hiciéron que Leonardo y Hipólito se escondiesen en un retrete que la sala tenia. Llamáron luego á Violante, y Alexandro comenzó á hacerla preguntas. Ultimamente la rogó que manifestase quien era una muger que él habia visto en su compañía; porque supuesto que tuviese merecimientos, hallase tambien en sus personas amparo, pues á ser de las comunes, no era justo que se hospedase en

su familia. Decia esto Alexandro para que no pudiese negarlo, si acaso tenia á Feliciana consigo. En nada se engañó el cuerdo mancebo; pues le respondió de esta suerte: no págara yo justamente el amor que me teneis, si os ocultára la verdad de este caso; ni aun tuviera noble término, si no fiara este negocio de vuestra cordura y prudencia; mas porque no podré satisfaceros cumplidamente, si no es teniendo á la misma persona que decis delante, con vuestra licencia quiero traerla, pues demas de que ella informará mejor de sí, su presencia dexará disculpado mi atrevimiento, si le he tenido en haberla dado lugar en mi compañía. Salióse con esto Violante, y despues de un largo espacio, en que se excusaba de obedecerla, entró la noble dama, vergonzosa, recatada, y honesta, adonde Cárlos y Alexandro, y aun mas que todos Leonardo (si bien encubierto) la esperaba. Hiciéronla con apacible rostro la debida cortesía, y animándola con la esperanza del favor, que desde luego prometian, la rogáron que no les ocultase la causa de haberse valido una muger de sus prendas de la posibilidad corta de Violante. Ella á un mismo punto, cubriendo de colores el rostro, de suspiros el ayre, y de razónes la lengua, co-

menzó á informarles discreta y brevemente de lo mas esencial de su vida, y de lo mas extraño de su fortuna. Refirió el aprieto con que sin pensar se halló aquella noche de la boda en las manos de los desconocidos envidiosos de Leonardo, y de los crueles estorbos de sus dichas, de donde prosiguió en esta forma.

Como por haberse caido el frágil tabique, quedó imposibilitada de abrirse la puerta, y viéron que serian vanos sus intentos, si yo elegia otro medio, me sacáron por el hueco que de su ruina habia quedado. Halléme en el meson del lugar; porque (como dixe) por su parte se habia caido aquel pedazo que le dividia de nuestra familia. Mis voces eran muchas, y sus temores aun mucho mas crecidos que mis voces, pues tratáron de dexarme. Acudió en este tiempo alguna gente de la que estaba allí recogida, y entre los demas parecia aventajarse en mi favor un hombre, que acaso salió con un broquel y una espada desnuda. Reparé en el rostro, ayudada de la luz que de un aposento salia, y conocí (para mayores penas) á Fulgencio mi hermano, entre cuya resolucion, ya dexo referida la temeridad de sus costumbres.

Atendiendo pues (aunque en tal oca-

sion debia atender á muchas cosas) á que no me conociese, y temiendo de que no executase en mí el castigo que habia presumido de la crueldad de Don Luis, mi primero esposo, me salí huyendo de su presencia, mejor fuera de mi misma, porque quien es desdichada, entónces estará mas segura quando se halle de sí mas apartada. Recogime por el rigor de una tempestad, que entónces habia, en una casa, que en el mismo lugar (por muerte de sus dueños) estaba inhabitable, y consultando con mis temores mi poca seguridad, á otro dia que amaneció hermoso y sereno, lo mas oculta que pude, me partí á esta ciudad. Busqué á Violante, pareciéndome que quien nunca me habia negado el amparo, ménos lo haria en tan apretado tiempo, y no me engañé en la presuncion, pues con amor me recibió, y hospedó con caricia.

Lo que en este caso siento con mayor fuerza, es el pesar que tendrá mi amado Leonardo, y que no sé qual será el medio mas eficaz de satisfacerle, así porque yo lo deseo, como porque para conseguir una cosa, no hay mas fuerte estorbo que el deseo de quien ha nacido infelice.

No será menester mucho para conseguirle, y satisfacer á vuestro amante y esposo, ¡ó hermosa Feliciana! (dixo Hipó-

lito, saliendo de donde estaba); porque yo sé que él está satisfecho de vuestro amor; veisle aquí tan lastimado de vuestras penas, como alegre de haberos hallado á tiempo, que por medio de tan precisa relacion, ha quedado seguro de que fué inculpable vuestra ausencia. No pudo Feliciana verle, y reportar los afectos de su pecho; y así acudió á darle los brazos. Leonardo la recibió en los suyos, contento de imaginar que al tiempo que pudo ver en la campaña desnudos los aceros de dos contrarios, halló en su casa los favores de dos nobles amigos; y que quando temió su deshonor y sus penas, grargeó su seguridad y los brazos de su querida esposa. De tan superior alegría participáron todos igualmente; solo Hipólito, acordándose por los bienes agenos de su desdicha propia, y por los amores de Feliciana, del suyo y de la hermosura de Aminta, quedaba suspenso, divertido y triste, al paso que á los demas miraba atentos, satisfechos y alegres.

Querian ausentarse el ya feliz Leonardo con su querido dueño, en compañía de Hipólito; mas no lo consintiéron Alexandro y Cárlos, hasta despues de haber ayudado á la celebridad de la fiesta, con una esplendida cena, que con

brevedad se previno; acompañáronlos luego hasta su casa, quedando entre todos unida noble comunicacion, y firme amistad. Acudian á visitarse muy familiarmente, con cuya ocasion, una de las noches que se viéron juntos en casa de Leonardo, les persuadió Feliciana á que supuesto que habian sabido los sucesos de su vida, no excusasen la eloqüente relacion de los suyos, por haber tenido noticia de que eran prodigiosos. Aunque al principio se excusaba Alexandro, despues se resolvió á referirlos, y nosotros á dexarlos (por no dilatar tanto el presente) para el siguiente discurso.

DISCURSO SEGUNDO.

Quando no os obligára nuestra amistad, y el deseo de oir mas accidentes, así comenzó Alexandro la relacion de sus sucesos, la curiosidad de saber cosas extrañas, os pudiera obligar á que pagásedes en atencion los empeños de mi corta eloqüencia. De la de mi amigo Don Cárlos se pudiera fiar con mas seguridad este acierto; mas por excusarle este cansancio (si se puede llamar así á lo que se ordena á serviros) y porque me debais la memoria de tantas novedades, vista en vuestro aplauso la licencia, me dispondré á referirlas; siendo lo que de su parte os puedo asegurar, grande extrañez, y de la mia precisa verdad. Pasáron, pues, ó Hipólito, ó Leonardo, ó hermosa Feliciana, de esta suerte.

Es Bolonia, en el reyno de Italia, ciudad bien conocida por su grandeza, y en los extraños por la fama de su ilus-

tre universidad; que las letras no solo ilustran al que las tiene, mas adornan dando noble crédito, y dilatan con gloriosa fama el nombre de los lugares adonde se aprenden. Fué mi nacimiento en ella; por la parte que tocó á la fortuna excelente; por la que naturaleza pudo ayudarme, tuve tantos favores, que ninguno pudo pensar que fuese mayor que la mia su nobleza. Era mi padre español, á quien sacáron en su mocedad de su patria algunas travesuras, á que suelen dar licencia los pocos años. Mi madre era natural de Faenza, otra ciudad del mismo reyno. Enamoróse de sus muchas prendas Don Gregorio (este era el nombre de mi padre) y despues de haber unido mediante el matrimonio lícitamente las almas, eligiéron para su habitacion á Bolonia, donde se aumentó copiosamente su hacienda, y tuviéron para que la heredase conmigo una hija, cuyo nombre era Aminta. Aquí comenzó á imaginar Hipólito, que era hermana de Alexandro el dueño de su voluntad: mas por no divertirle de sucesos, en que venia á tener tanta parte, por amante de su bellísima hermana, le dexó que prosiguiese, y él sin cortar el discurso, añadió: era mi hermana de inclinacion traviesa, amiga de ver, poco escrupulosa

en hablar, y demasiado aguda en responder; que sobre hermosa, rica y bien nacida daba graves motivos á la juventud, y era inquieta fábula de la ciudad. Llamábase mi madre Hortensia, y era tan parecida en la eloqüencia, como en el nombre, á aquella que la antigüedad celebró cuidadosa y felizmente. Tenia eminente noticia de todas ciencias, por haberlas estudiado en menor edad, con ánimo de aventajar á muchos, y desmentir á todos quantos piensan que la ciencia está vinculada solo á los ingenios de los hombres, como si las mugeres fueran de diversa naturaleza. Valiéndose de su cordura, encaminaba mi madre á Aminta, y procuraba que la imitase en los estudios; cosa que ella hacia con mucho gusto, repitiendo aquellas palabras de Ciceron, que dicen: los estudios alimentan en la mocedad, deleytan en la vejez, adornan en la prosperidad, y ayudan en la adversidad; anochecen con nosotros, peregrinan en nuestra compañía, y aun entre la rusticidad del campo no nos desamparan. Mas no obstante, este entretenimiento era tan libre, que ni bastaban razones, ni le detenian amenazas, ni la obligaban ruegos á que moderase su intencion. Cierta cosa es que su libertad no se extendia mas que á las pa-

labras, ni pasaba en ella el pensamiento los términos de honesta conversacion, (como alguna vez nos constó de experiencia); mas en una muger noble, y aunque no lo sea, en una muger conocida y celebrada de hermosa, es notable defecto el dexarse comunicar fácilmente. Acuérdome de haber oido á mi madre reprehender sus diversiones, con tanta variedad de sentencias, tanta hermosura de palabras, y tal adorno de razones, que parecia imposible dexar de reducirse con ellas, quien no tuviese ciega la razon é inhábil el entendimiento; á quien Aminta respondia con tal cautela en el discurso, y tal resolucion en la lengua, que inclinada al bien, pudiera ser envidia en los enemigos, como entónces era lástima en los propios. Llamóla un dia, al fin de otras muchas cosas con que procuraba su escarmiento, vanagloriosa. Mas oid por vuestra vida la respuesta de Aminta, y así conocereis la verdad de quanto en favor de su agudeza he dicho.

La vanagloria, si yo no me engaño, ó señora, es variedad de un ánimo que juntamente tiene algun bien, é ignora el modo de poseerle; es un afecto enfermo con ciertas hinchazones de excelencia; es torbellino de presuncion, que asiste en ánimos leves; es una imaginacion para

las cosas mal fundadas apacible, y para las adversas inútil. Esta es la vanagloria brevemente, y sus difiniciones. Los vanagloriosos son aquellos á quien el viento de la jactancia levanta sobre sí mismos; los que desean que todos los alaben; los que procuran, que injustamente los veneren; los que favorecen á los aduladores; los que quieren enseñar, quando para sí no saben; los que intentan ser tenidos por doctos en lo que no entienden; los que se huelgan de que se crean de ellos cosas grandes; los que en las palabras son tan graves que se escuchan; los que son en prometer veloces, y en dar limitados; los que para los sucesos prósperos son alegres, y en los adversos frágiles; en los oprobrios cuidadosos, en los regocijos inmoderados, y para lo honesto dificiles. Estos son vanagloriosos; dichosa yo, que ni la tengo, ni por esa parte la conozco.

Tales como este eran los coloquios que entre las dos pasaban, dando envidia á otras señoras que las oian, y enseñando á las que lo procuraban. Yo andaba con estas inquietudes de mi hermana confuso, sin saber qué medio escoger para su sosiego. Advertia que no era posible que su condicion dexase de traerme á algun infelice término; porque en un

hombre noble, qualquiera cosa de honor, le pone en apretadas ocasiones de aventurarse, por no perderle. Veia que de tantos como la pretendian, alguno forzosamente podria tener dominio en su voluntad, y aun temia que habia de ser quien peor la estimase; porque suele ser castigo de la demasiada libertad, encontrar siempre con lo peor. Habia entre los demas mancebos de la ciudad dos caballeros que se aventajaban á todos, y se señalaban con mas atencion en este empleo: el uno se llamaba Valerio, y el otro Don Enrique, cuyos apellidos oculto, por no ser á nuestro intento de importancia. Andaba Don Enrique mas favorecido, si bien honestamente, y con los favores agenos Valerio tan zeloso, que todo el amor que tenia á Aminta era odio para su competidor, ordinario accidente en los que juntan al desprecio propio la competencia, y la felicidad agena.

Aconsejábanle sus amigos que dexase de atormentarse con este desasosiego; así porque Don Enrique era mas poderoso, como porque era insufrible la pena que él mismo se procuraba, viendo á su contrario favorecido, y á su amor tan injustamente despreciado. Decianle que los desprecios son en el ignorante incen-

tivos, y en el cuerdo desengaños; y que, supuesta esta verdad, fuese cuerdo, y atendiese á que no hay hombre tan perdido de amor, que si quiere procurarlo, no se remedie fácilmente en sus pasiones; ó ya excusándose de ver la causa de ellas, ó ya entrando en el consejo de su acuerdo, para tomar residencia á sus pensamientos. A esto respondia Valerio, que él no tenia amor á Aminta, sino aborrecimiento á su contrario, y que no la procuraba por el gusto suyo sino por el pesar ageno. Así que, tuviesen por cierto, que sus persuasiones eran vanas, y que serian sus diligencias inútiles, porque él habia de procurar la perdicion de muchos en la venganza de uno solo. De esta suerte, proseguia Don Enrique, padecia Valerio, y yo vivia ignorante de su competencia, porque aunque velaba mi cuidado en la guarda de mi hermana, su industria era tan grande, que mejor que Mercurio á Argos, quando guardaba á la transformada hija de Inaco, me dexára ciego, aunque tuviera cien ojos.

Uno de estos dias, en que Valerio andaba trazando la venganza de sus zelos, se llegó á mí con mas que nunca fingida amistad, y me dixo mil engaños acerca de un disgusto que fingió con otro caballero, en el qual queria que le

acompañase, con intento, sin duda de que no faltase mi presencia de adonde despues sabreis. Yò, que en la ciudad era conocido por hombre de razonable valor, aunque naturalmente le aborrecia por su infame lengua, y maliciosas costumbres, quise que no se atribuyese á cortedad de ánimo el parecer remiso, y le dixe que desde luego determinase lo que habia de estar mas bien á su reputacion, y á la conservacion de su honor; porque yo prometia acompañarle apercibido á qualquier riesgo. El lo estimó por entónces, y yo sentia interiormente un sobresalto tan vivo que me obligaba á decir dudoso aquellas razones, en que proféticamente el alma me afirmaba los futuros sucesos. Esperóme aquella misma noche miéntras que prevenia algunas armas en mi defensa, y los dos juntos nos fuimos adonde él cauteloso me llevaba, y yo inocente me habia dexado persuadir que estaba su enemigo. Hallamos solo en una calle á Don Enrique, y es tal la cortedad de los que se alargan demasiado de lengua, que viendo presente á quien aborrecia; y yendo á su lado un hombre de confianza, aun no se atrevió á acometerle. Llegó á él, reconocióle, y diciéndole lo mismo que á mi primero me habia dicho, nos llevó con título de

que procuraba hacer hora á una casa de conversacion; lugar en que algunos de los caballeros de la ciudad nos soliamos juntar, ó ya á saber novedades de otros reynos ántes que sucediesen, ó ya á divertirnos, y comunicarnos, tomando por ocasion el juego.

Estaba aquella noche junto lo mas escogido de la juventud, que solia acudir á entretenerse; y miéntras unos jugaban, tomáron otros por asunto decir mal de las mugeres en comun, y referir lo que cada uno supiese de las damas de la ciudad. Yo no sé si dió principio á esta conversacion Valerio; si bien conozco que no podia dexar de ser infame quien tal propuso, porque decir mal de las mugeres, hace á un hombre averiguada informacion de mal nacido. Perdonad la digresion, y ántes que pase á los demas sucesos, permitid que me ponga á discurrir un rato en la maldad que comete quien no las venera, y en lugar de darlas justa estimacion, las deshonra. Quanto á lo primero, es ingrato, pues habiendo nacido de sus entrañas, las desprecia y paga el ser que le diéron, quitándoles el ser con el honor, porque las mugeres no pueden preciarse del ser, si les falta el ser honestas. Demas de esto da por el líquido y blanco humor de

sus pechos, con que le alimentáron, la ponzoña vil, con que las ofende: y finalmente á los vestidos con que le abrigáron, corresponde en libertad con que descubre sus defectos. Es tambien soberbio, pues desprecia sus principios; y mordaz, pues no se modera en la lengua. Es injusto, pues en lugar de dar lo que puede, niega lo que por tantos títulos debe. Y en resolucion á mal nacido é infame, junta los renombres de ingrato, soberbio, maldiciente y injusto. Don Cárlos, que ahora está á mi narracion presente, lo estaba tambien entónces, y con razones quiso impedir que no pasase adelante aquella conversacion. Yo traté de salirme, y no escucharlos; mas llegando á detenerme á él y á mí nos tratáron de escrupulosos, y otros títulos que la desbocada juventud suele dar á los moderados en sus acciones, y cuerdos en sus palabras. Fuéron ellos discurriendo en las costumbres de algunas, y yo en la defensa de todas, hasta que llegó á hablar Valerio por su órden. En esta vil ocasion tuvo el cumplimiento de su imaginada venganza, puede ser que con ánimo de que yo la tomase. Comenzó pues á decir Valerio, que Don Enrique, conocia una dama (sin referir el nombre por entónces) de tales costum-

bres, que se podia temer por ellas, no solo la pérdida de una ciudad, sino la ruina y destruccion de muchos reynos; y que era de condicion tan atrevida, y resolucion tan libre, que no se contentaba fácilmente, ántes teniendo amor á uno solo, se le mostraba á todos para tenerlos perdidos. Que era en el rostro hermosa, en el cuerpo bizarra, en los vestidos curiosa, en la sangre noble, en la riqueza abundante, en público despejada, y en secreto deshonesta.

Poco habria importado que Valerio hubiese dicho tantas infamias de muger de tales prendas, sino añadiera: permítaseme que calle el nombre de esta dama, por estar delante el tio de dos hijos, que ocultamente ha tenido. Habia entre los demas otros dos, que como yo, tenian hermanas, los quales comenzáron á alterarse y conferir entre sí mismos lo que habian oido; cuyos semblantes y turbacion, vista por el infame Valerio, le hiciéron prosegir, diciendo: nadie se inquiete, ni murmure de lo que he dicho, que el nombre de la dama es Aminta, el tio de los niños Alexandro, y aun si me aprietan mucho, diré que su padre es Don Enrique. ¡O traydor Valerio, y como rompiste mis entrañas de do or, haciendo balas tus alevosas razones! ¡O como pusiste el alma tan colma-

da de penas! ¡O como quedó la vista falta de luz; y quitando al rostro su ordinario color, dexaste el pecho lleno de turbacion, y confusiones! Mas, esperad, ó nobles amigos, y oireis como hasta aquí mi deshonra, mis pesares, y sus razones, desde este punto mi satisfaccion, mi venganza, y su castigo. Apénas pudo proferir la última sílaba que dió fin á mi afrenta, quando comenzó en su muerte el escarmiento de otros maldicientes, pues sacando una daga, por estar desviado de mí, se la tiré tan diestramente, que entró á sacarle del corazon la injusta sangre. Don Cárlos, que estaba mas cerca, prosiguió dándole tantas heridas, que no pudo quedar duda en su muerte. Yo á este tiempo procuraba hacer igual á la suerte de Valerio la desdicha de Don Enrique, porque aunque como despues supe era mentira que mi hermana le dexase llegar á tan familiares licencias y favores, con todo eso por la duda que entónces podrian engendrar las razones de Valerio, quedára mas segura mi opinion, si quedára muerto quien habia tenido nombre de mi ofensor. Fué tanta su dicha, que se escapó huyendo, y miéntras unos acudiéron á detenerme, porque no le matase, otros procuráron impedir que no me fuese, para entregar-

me á la justicia, y quedar así disculpados en la muerte de Valerio, con entregar el homicida. Yo entónces, advertido de su imaginacion, me salí de entre todos, metiendo mano á la espada, les obligué á que hiciesen otro tanto, y á que dexasen á Don Cárlos, con quien procuraban lo mismo. El, quando se vió libre, y á mi persona en tal aprieto, se puso con atrevida resolucion y noble aliento á mi lado, y tanto pudiéron su valor y mi enojo, que los hicimos retirar hasta la puerta de la calle.

Bien quisiéramos poder escaparnos de tan conocido peligro, mas el ruido de las armas, la confusion de todos, y las voces de algunos dió lugar á que la justicia llegase en este tiempo. De suerte nos comenzáron a apretar de una y otra parte, que fué forzoso el retirarnos, y volvernos adentro, despues de haber muerto en la refriega á uno de los que habian llegado con la justicia. Quando nos vimos segunda vez encerrados, y que aumentando delitos á delitos, haciamos peor nuestro negocio, y casi imposible la huida, tomamos otro medio, que fué entre la defensa, y la resistencia que haciamos, procurar cerrar las puertas de la casa, en que habia tenido principio nuestro disgusto, y quedarnos dentro;

pues aunque no fuese esta segura traza de excusar aquel riesgo, lo seria de dilatar la prision y el castigo, hasta que la cólera se moderase en los unos, y el enojo en los otros. Aunque este medio era dificultoso por la multitud de los muchos contrarios que teniamos, viendo lo que nos importaria conseguirle, pusimos tal cuidado, tal fuerza, y tal diligencia, que con brevedad nos hallamos defendidos de la invencible fortaleza de dos muy grandes puertas. Pusimos (para mayor seguridad) todas las cerraduras en el estado que nos pareció mas á propósito. No se puede encarecer el contento con que nos hallamos, viendo que á la referida habitacion acompañaban en nuestro favor notables circunstancias, puesto que era alta, fuerte, y hermosa, y por esta parte segura de que no pudiesen vencer nuestra porfia, subiendo por las altas paredes. Tenia todas las fachadas de piedra, con que el rompimiento era imposible. Dilatábase tan espaciosamente, que hacia frente á quatro distantes calles; cosa, que si bien no daba lugar á que por otras casas entrasen, con todo esto nos daba algun desconsuelo, viendo que nosotros tampoco podiamos huir por ellas. Finalmente, tenia gran cantidad de ventanas, y todas estaban prevenidas de tan fuer-

tes cerraduras, que parecian haberse hecho con atencion á este peligro, y con deseo de nuestra defensa. Reparamos en que habian dexado por todas partes mucha gente que nos guardase; y para satisfacernos cogimos al ya muerto Valerio, descolgámosle con unas cuerdas, y vimos el cuidado con que velaban, en la presteza con que llegáron á ver si era alguno de nosotros el que baxaba de aquella suerte.

Apénas comenzó el alva á dar con media luz indicio de la venida del sol, quando tratáron de darnos un asalto por diversas partes, para que no pudiendo acudir á la defensa de tantas, nos imposibilitásemos en ella: mas Don Cárlos de una parte, y yo de otra, tirábamos desde un terrado, que en lo mas alto habia copiosa cantidad de piedras y otras cosas, que con las dagas atravesábamos, haciendo notable daño en los que atrevidos nos le procuraban. No se niega á mi discurso (ó nobles amigos) que toda esta defensa era injusta, y que á la justicia se debe respetar, quando mucho huir, y en ningun caso ofender; mas como entónces estábamos empeñados, y no mirábamos la verdad á la luz que ahora la vemos, no obramos como ahora desapasionadamente. En el espacio que duró su porfia, ad-

vertimos notables ventajas; porque si bien nuestra diligencia era grande, tambien el cansancio era mucho, y la multitud de los contrarios mayor; pero quando el valor no falta, todos los peligros son cortos. Atendiendo pues Don Carlos al nuestro, y que algunos con escaleras que habian arrimado, estaban dando golpes á las ventanas para romperlas, baxó al primer quarto, por haber visto en él una escopeta: quitóla del lugar en que estaba, y hallándola prevenida, se llegó á una de las ventanas, por la qual con una hacha habian comenzado á saltar fragmentos, y se veia buena parte de luz. Metió por el hueco la boca del doméstico rayo, apretó la llave, y el que poco ántes daba en la ventana golpes, cayó muy furioso, y dió uno tan grande en el suelo, que quando no lo fuera con la herida del derretido plomo, pudiera quedar con su propia violencia muerto.

Visto este suceso, y oida la repetida voz del referido instrumento, concibiéron los que ántes procuraban ofendernos, tan grandísimo temor, que muy conformes se baxáron de donde estaban, diciendo, ¿quánto ménos importa cogerlos, que ponernos nosotros á un tan grande peligro de perder la vida? estos hombres estan ya perdidos, y han de vender bien

sus vidas, con riesgo de las nuestras ¿para qué queremos empeñarlas por tan corto precio, sino dexarlos hasta que la hambre (enemigo tan familiar) les haga á ellos dentro de muy pocos dias venir á nuestras manos, y nosotros conseguir lo que ahora no podemos, sino es poniéndonos á un tan gran peligro? Corrió este parecer por todos, y parte por el escarmiento que habian tenido en su amigo, aunque por razon de otros respetos parecian moverse en nuestro daño, estaban de nuestra parte, y consintiéron en la traza. Diéronla los parientes de Valerio, en que niguna persona no pudiese llegar en quatro calles al rededor, para quitar que nadie nos pudiese llevar ningun sustento. Con esta prevencion, y muchas guardas, nos dexáron á un mismo tiempo cansados y consolados, esperando algun remedio de parte de nuestros amigos. ¡O cómo tiene muchos la felicidad, ó quan pocos la necesidad! Aquí conocia yo los que eran verdaderos, y decia: ¡dichoso es el que tiene una desdicha, sino dura mucho tiempo, pues con ella se desengaña de muchas cosas, y advierte de quien puede fiarse, y quien sabe ser amigo! ¡ántes solia permanecer la amistad hasta las aras, esto es en las cosas que no se oponian al culto de Dios; mas agora las

amistades duran hasta los trabajos, pues en teniéndolos un hombre, le faltan los amigos! ¡ó infeliz tiempo donde son todos tan leves, que apénas corre el viento de una tribulacion, quando desaparecen! ¡ó mil veces dichoso el que llega á tener uno solo, que sepa en las leyes de amistad las obligaciones que tiene, y entre quantos lo han sido! ¡ó mas que todos dichosísimo yo, que me satisfice de que tengo tan crecido bien en el noble Don Cárlos, y á quien como despues vereis, debo por tantos títulos este agradecimiento!

En el aprieto que acabé de referiros, estabamos continuando los desvelos de nuestra defensa, y limitando la hambre con la prevencion, que dentro de la espaciosa habitacion habia. Dilatábase esto mas que los parientes y amigos de Valerio quisieran. Asistian con grande vigilancia á guardarnos, temerosos de que su descuido podria dar lugar á nuestra fuga; y con el tiempo nos veniamos á desengañar, de que la traza suya habia sido prudente, pues nosotros teniámos nuestra mayor ruina en nuestra misma defensa, y huyendo de ser presos, nos acercábamos á la mísera pérdida de nuestra vida, la qual por írsenos acabando la comida, habia de ser forzosa. No dexaban

de sobresaltarnos con súbitos acometimientos, en que siempre llevaban la peor parte. Otras veces procuraban entrar rompiendo los cimientos, mas con este medio poco se aumentaban nuestras penas, viendo que era inexpugnable la fortaleza en ellos, y temeraria la violencia con que impediamos, que ninguno se llegase demasiado cerca. No obstante todo este valor, nos iban faltando las fuerzas. Tal fué la necesidad á que llegamos, que nos pesó de haber echado por la ventana á Válerio, pareciéndonos que pudiéramos satisfacer nuestra hambre con alguna parte de sus viles miembros. ¿Quién creyera, ó amigos, que á dos hombres dentro de su misma patria, á la vista de sus padres, donde tenian sus parientes, donde estaban regalados y servidos, y donde les sobraba todo tan abundantemente, les habia de suceder caso tan nuevo, habian de padecer cerco tan penoso, y habian de llegar á verse con necesidad tan grave, que los obligase á quitar á algunos libros que halláron, los pergaminos, y á cocerlos con la lumbre, que cuidadosamente no habian dexado acabar, para remediar esta miserable pension á que nacimos sujetos?

Llamé un dia (que se habia subido al mas alto aposento de la casa) á Don

Cárlos, y lleno de afectos por el amor con que yo le estimaba, ó colmado de dolores, por lo que él padecia, le dixe: amigo, ya veis el infeliz estado en que yo os he puesto á vos; á mí una hermana que me dió el cielo para mayor desdicha de mi juventud; y á ella, ó su libre condicion, ó la infame detraccion del justamente castigado Valerio: ya no tenemos adonde acudir: ya la esperanza, que nos pudiera dar el valor de nuestros deudos, habiéndolos hecho prender, y puesto tantas penas, si nos dieren ayuda, es forzoso que falte. Ya no hay adonde aspirar, adonde espirar sí, pues nos sobra tan dilatado espacio en tan graves pesares. Ya las fuerzas son cortas, el mantenimiento ninguno, el delito atroz, los enemigos fuertes, la justicia suya, el cielo está enojado, todo se conjura en nuestro daño, todo se opone á nuestro remedio, y nada se declara en nuestro favor. Bien sé que se contentarán conmigo si me prenden. Bien sé que cesarán tan apretadas diligencias, si me ven en su poder. No quiera pues nuestra amistad, que supuesto que yo he tenido la culpa, paseis vos tan fiera pena. Basta en abono de vuestra fidelidad (¡ó amigo Cárlos!) lo que por mi causa habeis sufrido; basta para testigo de mis obligaciones, la to-

lerancia con que habeis padecido, y la paciencia con que habeis tolerado tantos dias de trabajo. Injustamente os correspondiera mi amor, si no cuidára de vuestra libertad, habiendo carecido de ella por mi ocasion tanto tiempo. Es la libertad con que el cielo adornó nuestra naturaleza una de las cosas mas amables que tiene, una de las joyas con que mas se enriquece, y aun de las que mas desea. Hagamos pues de suerte que vos quedeis con ella. A mí me parece que será eficaz medio, que llegueis adonde os puedan oir esos parientes de Valerio, y los digais, fingiendo cuidado y secreto, que me entregareis á mí, si os dexan á vos libre; y supuesto que yo pienso que ellos lo harán gustosos, veis aquí este cordel, y aquí mis manos: ¡atadlas, querido amigo, y quede preso quien es tan desdichado! ¡muera afrentosamente quien tiene tan infeliz estrella, y por lo ménos no podrá de esta suerte quitarme la fortuna el contento que tendré con veros libre! Fuerza es que yo no lo quede de qualquier suerte que se disponga; y pues ha de ser fuerza, no me quiteis el gusto que podré grangear con veros sin tantas penas, ni me deis las penas que podré tener con vuestros disgustos. Haced lo que os ruego, y fiad de mí, que

os estaré tan reconocido por ello, como ahora lo estoy por las demas razones con que me teneis obligado.

A estas palabras, que como veis eran hijas de un ánimo piadoso, respondió Don Cárlos tan asperamente, y mostró semblante tan fiero, que le temí mas á él enojado, que al peso de las demas desdichas. Injustamente, dixo, correspondeis á mi amor, mal pagais á mis deseos, pues me persuadis á que sea yo hombre infame. Vos, sin duda, ¿pusiérades en execucion conmigo el consejo que me dais, pues os pareció que yo lo podria executar fácilmente? Mas no, Alexandro, no amigo, yo lo he sabido ser hasta ahora, y lo sabré ser hasta que al cuerpo falte la respiracion, y al alma la union de aqueste cuerpo. Yo sé las obligaciones que tienen los amigos; yo sé la fidelidad que deben tener á los que lo son verdaderos; yo sé que el amigo es un refugio contra la infelicidad; una dicha que no falta; y un nombre que se desea mucho, y apénas se consigue con perfeccion: sé que es tanta la fuerza de la amistad, y que excede tanto á nuestra naturaleza, que el verdadero amigo, para serlo, ha de pasar los límites de humano. Sin duda que vos ignorais sus leyes, pues no veis que se ha de anteponer á

todas las cosas del siglo, de donde infiero justamente, que hasta ahora no habeis sabido serlo. Mas porque de aquí adelante lo sepais, atendiendo á lo que yo grangeo en serlo vuestro, oid estos preceptos; y aunque os parezcan de mi boca, pensad que se los ois á Séneca, Tulio y Quintiliano, cuyos son en su orígen.

La muchedumbre suele engendrar cansancio, y así procuraré en la brevedad excusar el disgusto que en él pudieran adquirir vuestros sentidos, reduciéndolos á dos solos; los quales como firmísimos polos, sustentan, tienen, y conservan la amistad. La primera y mas importante observancia que ha de tener el amigo es, no pedir á su amigo cosas injustas, ni hacerlas, aunque se las haya pedido; porque no es disculpa en hombre cuerdo el decir: este yerro cometí por mi amigo, principalmente quando la prudencia da lugar á la prevencion para remediarle, ó á lo ménos para conocerle. De aqui queda respondida y negada vuestra peticion, pues no fuera buena disculpa de haberos yo entregado, decir que vos me lo rogasteis; pues que da á qualquier hombre prudente lugar de que replique y diga, ¿qué importa que Alexandro lo pidiese, si de parte

de Don Cárlos estaba la obligacion de no hacerlo; y mas teniendo en su mismo amigo un exemplar, que le decia: Alexandro lo supo ser, que deseó á costa de su vida librarte: tú no, vil Don Cárlos, pues quisiste tu libertad á costa de su vida. La segunda observancia ó precepto es, que el amigo desee para su amigo lo que para sí parece apetecible, y á su ser, á su estado, ó su salud es conveniente. Esta es la mas alta fineza de la amistad, en esto muestra su caudal y su fuerza; la qual moderada con la prudencia que en el primer precepto advertimos, hace las cosas prósperas mas grandes; y las adversas mas leves. ¿Qué cosa hay tan dulce como tener un hombre á un amigo con quien puede hablar como consigo mismo? ¿Qué cosa se puede imaginar tan feliz como tener con quien atreverse á todo, á quien creer en todo, de quien recibirlo (siendo justo) todo, y á quien negar (prevista la misma circunstancia) nada? ¿Qué cosa hay mas fuerte contra las penas? ¿Qué auxîlio mas cierto contra la adversa fortuna? ¿Qué ayuda mas segura en las adversidades? ¿Qué consuelo mas cuerdo en las aflicciones? ¿Qué prevencion mas alentada en los riesgos? ¿Qué defensa mas útil en los daños? Y últimamente, ¿qué auxîlio, qué ayu-

da, qué consuelo, qué aliento, qué prevencion, qué defensa en la adversidad, en la afliccion, en el riesgo, en el daño, ni en el peligro mas fuerte, mas segura, mas cierta, mas alentada, ni mas útil que la amistad? pues que como la sangre en el cuerpo, hace parentesco en los ánimos. Siendo todo esto así, y siendo la amistad sangre del alma (permítase esta tosca locucion por la singular semejanza) culpada queda la vuestra en pedirme lo que no os ha de estar bien; y disculpada la mia, en no hacer lo que pedis, quando la ha de estar tan mal.

Confuso, enseñado y reprehendido con la respuesta de Don Cárlos, le quedé mas deudor, y mas reconocido; que las reprehensiones siempre tienen su efecto conforme al ánimo del que las da, ó lastimando si proceden de malo, ó enseñando, y persuadiendo si nacen de bueno. Cada dia se iba haciendo nuestro peligro mayor, y nuestra muerte mas cierta; y así me resolví á que abriésemos la puerta y saliésemos, puesto que entre el ruido de las armas, y el rigor de la pesadumbre seria posible escaparnos, y que para esto seria cuerda traza que lo intentásemos de noche, pues la obscuridad nos daria lugar mas á propósito. Antes hemos de intentar otra cosa (me respondió Don Cár-

los) y para ella es fuerza que me sigais ahora. Yo le obedecí al punto, y en su seguimiento llegué al quarto donde estaba quando le llamé, que como ya dexo dicho, era el mas alto de la casa. Díxome que esperase un rato, y con esto se llegó á una ventana, que el quarto tenia á la calle. Brevemente volvió el rostro, y me persuadió á que llegase adonde él estaba: yo lo puse en execucion, y ví lo que os referiré en suponiendo, para mayor inteligencia de nuestro suceso, que habia frontero otra casa principal y muy noble, de la qual salian las ventanas al frente de la nuestra. Era la espaciosa morada de una señora, que por muerte de su marido habia quedado con la administracion de grande cantidad de riquezas, y el cuidado de dos hijas en las costumbres virtuosas, y en el estado doncellas. Velaba en su guarda con tan notable extremo, que siendo Don Cárlos y yo de los mancebos que en toda la ciudad mas trataban de ver, y ser vistos, nunca habiamos llegado á conocer de ninguna de ellas el rostro. Tenian sus ventanas y las nuestras fuertes balcones de hierro que servian de comodidad y adorno. Supuesta ya esta noticia, digo que me llegué adonde Don Cárlos estaba, á tiempo que se ofreció á mis ojos dentro de las ventanas de

enfrente, una dama en todo extremo hermosa, y bien adornada. Ví que agradecia á Don Cárlos el haberme traido allí, y que se lastimaba de vernos de aquella suerte. Luego advertí que sin duda era alguna de las encerradas hijas de aquella noble señora, si bien por la razon dicha, ni la conocia, ni sabia su nombre. Con voces baxas (por no ser oidas en su familia, las quales nosotros podiamos oir, por no ser mucha la distancia que habia) nos dixo, que si teniamos necesidad de alguna cosa de las que ella pudiese prevenir, la diésemos aviso, para que viésemos su puntualidad y cuidado. En tal aprieto, tan fuerte ocasion, y tan necesaria desdicha, viendo que nos ofrecia amparo, y nos prometia favor una muger tan bizarra y hermosa, dudábamos si era muger, ó algun ángel enviado para nuestro consuelo. Respondímosla que la falta de sustento era nuestro mayor contrario, y que solamente á esto temia nuestro esforzado valor. A cuyas razones respondió ella: yo espero que si aliento no os falta, no ha de faltaros por esa parte remedio. Venian con toda prisa las sombras de la perezosa noche, y diciéndonos que previniésemos un cordel se ausentó de allí, y nosotros á buscarle. Casi á un mismo tiempo volvimos unos y otros, yo en compañía de Don Cárlos,

y la piadosa dama con una criada, á quien para tener mas ocasiones dió cuenta de este suceso. La obscuridad que hacia, y el estar tan altas las ventanas no daba lugar á que los que desde abaxo nos guardaban, oyesen nuestra cemunicacion, ni viesen lo que ahora refiero con tanto gusto, como entónces temor. Nos dixéron que arrojásemos el cordel, y obedecimos con facilidad, atando en él algo que hiciese peso. Salió la criada al balcon, cogió el cabo que habiamos arrojado, y metiéndole por el hierro superior, nos le volvió á echar, para que nosotros hiciésemos otro tanto, y atásemos el cabo que nos habian echado, con el otro que teniamos, dexando así el cordel doblado y libre, para que tirando de la una parte pudiese correr sin impedimento la otra. Todo se efectuó del modo que nos dispuso: y cierta de que ya habiamos executado su intento, hizo que la criada nos atase en el un lado del cordel una cestica, que en la pasada ausencia que hizo de nuestra vista, habia hecho prevenir. Tiró la misma dama del otro, y como por ninguna parte no habia estorbo, llegó á nosotros con felicidad el instrumento de nuestro remedio: desatámoslo, y el cordel, para que á otro dia no se viese el medio con que se dilataba su deseo, y

se continuaba nuestra conservacion, y visto procurasen impedirlo, haciendo que quedásemos así faltos de todo humano socorro.

Despidióse la hermosa señora, y tratamos de mirar lo que la cesta traia, que eran bien superiores regalos á los que habiamos pensado por la mañana tener, y aun á los que bastáran á dexar contenta á nuestra necesidad. Venia entre ellos un papel, y atendiendo mas á la comida, que á la curiosidad de pasarle por los ojos (porque era mayor la hambre que nos oprimia) cenamos limitadamente, porque la destemplanza no hiciese daño á nuestra importante salud. Despues de habernos en parte satisfecho, para tener mas sazonado el postre, leimos el papel, y hallamos que decia, sino estas razones formales que no me habia de poner á estudiarlas de propósito, otras parecidas á estas.

No os parezca libertad, lo qne es compasion, ni deis título de atrevimiento, á lo que merece nombre de piedad, sino quereis ser ingratos á este beneficio, y á la inclinacion que yo os tengo despues que supe vuestro aprieto, por haber muerto á Valerio, y ser la ocasion tan honrosa. Vivid, pues, y procurad defenderos, que en todo quanto yo pudiere, ántes faltaré á mis obligaciones, que á

vuestra necesidad y á vuestra persona; á aquella para socorrerla, y á esta para estimarla. Decia luego aparte estas palabras.

Hacedme gusto (que será muy grande) de decir á Don Cárlos que no se agravie de mi eleccion, pues las mas veces se funda amor en estrellas sin atender á merecimientos. Aunque vos por esta parte bien advertido, á nadie debeis reconocer ventaja. *Doña Victoria.*

Esto era en suma lo que el papel contenia. Juzgue ahora qualquiera de los que me escuchan, ¿cómo se hallaria en ocasion semejante, no solo quando era digna de toda correspondiencia Doña Victoria, pero aun siendo la mas vil esclava del mundo. Confieso que yo me ví de suerte, que para estrado de sus pies juzgaba indigna mi boca, y que todo quanto no era imaginar sus gracias, y acordarme de su belleza, era cansancio de mi imaginacion, y pena de mi memoria. Don Cárlos me ayudaba á celebrar sus gracias, á venerar su hermosura, y á agradecer tan grande beneficio. Leia muchas veces sus piadosas letras, y con todo eso dudaba el crédito de tantas dichas, quando las deseaba mas, y las esperaba ménos. Preguntaba á Don Cárlos muchas veces: ¿noble y querido amigo, aseguradme si es sueño lo que nos sucede, respóndedme si es deli-

rio de nuestra fantasía, ó si es verdadero el hallazgo de tan no pensada fortuna? ?decidme por vuestra vida, podré creer lo que veo? ¿veo lo que me sucede? ¿sucédeme lo que imagino? ¿ó vengo á imaginar lo que quisiera mi deseo que le sucediese? Entre todas estas preguntas mias, y admiraciones suyas pasamos gran parte de la noche, y al cabo de ella tratamos de responder al pliego de nuestra bienhechora, y comenzamos á padecer con mas consuelo, principalmente yo, que como comenzaba á amar, y veia que por aquellos males me habian venido tantos bienes, todos los daños, los pesares, y los temores los juzgaba mas leves, y aun no sé si alguna vez me pareciéron suaves. Buscamos recado de escribir, que no fué muy dificultoso de hallar por haberlo visto Don Cárlos sobre un escritorio: y al fin por no cansaros con la formalidad de tantos como escribimos en respuesta de sus papeles, los pasaré en silencio: si bien el primero por ser en verso, y hacer mi discurso mas agradable con la variedad me ha parecido no excusar ahora Ya me parece que os veo dudar de nuestra cordura, y sentir que era prudente diversion en tan apretadas penas el escribir versos: mas quien deseaba agradar de todas suertes á Victoria, que mucho que in-

tentase esta, que no suele ser de las gracias ménos estimables. Decian, pues, de esta suerte.

No puede ser ya prudente,
Victoria, mi nuevo amor,
Pues tu nombre y tu favor
Se compiten igualmente.
De tres maneras has sido
Victoria en esta ocasion,
Supuesto que á mi afliccion,
Y á mi mismo me has vencido.
Mas aunque está la victoria
Conocida de tu parte,
Amor los bienes reparte,
Y á mí me ha dado la gloria.
Es el amor tan extraño,
Y tal su filosofia,
Que da mayor alegría,
A quien suele hacer mas daño.
Y así entre aquestos cuidados,
Alegre, y contento vivo,
Pues por su causa recibo
Todos los bienes doblados.
Dichoso fué el instrumento
Que hoy mi libertad rindió,
Pues aunque me la quitó,
Dexó mi agradecimiento.
Diversas veces alabo
La misma pena en que estoy,
Puesto que por ella soy . .

Dichosamente tu esclavo.

Y así de hoy mas este nombre
De pena, le quitaré,
Que no es pena la que fué
Bastante á dar gloria á un hombre.

Solo me puede pesar
Entre los bienes que arguyo,
De ser, como soy tan tuyo,
Por tenerte yo que dar.

Mas ya que solo me veo,
Y que tú tanto mereces,
Con rendirme muchas veces
Satisfaré mi deseo.

Acudiamos de dia á verla, y en trayendo con la traza referida de noche el mantenimiento, quitábamos con todo cuidado, como primero el cordel, evitando así qualquiera sospecha. Duró este modo de comunicarnos distancia de treinta dias, en los quales se determináron nuestros contrarios, viendo que se dilataba á tan largos términos su esperanza, á que la casa se rompiese, ó á que se pusiese fuego á sus puertas. El dueño por su interés, lo contradecia, hasta que saliendo ellos á pagar todos los daños que de allí se siguiesen, ni hubo lugar á otras respuestas, ni tuvo fuerza la contradiccion. ¡O como nunca viene sola una desdicha, ni la fortuna permanece en un mis-

mo estado mucho tiempo! ¡O quán presto nos quitó en los futuros sobresaltos, los pasados regocijos! Tanto era el deseo que tenian los ofendidos parientes de Valerio de vengar y satisfacer con la mia su vertida sangre, que al instante que tuviéron licencia para poner fuego á la casa que nos defendia, y hacer todas las diligencias posibles de prendernos, comenzáron á prevenir todos los instrumentos que les pareciéron necesarios para efectuar nuestra prision y su intento. Procurábamos nosotros desde arriba, visto lo que intentaban, defender que ninguno se llegase cerca, despidiendo de nuestros alentados brazos fuertes piedras: pero arrimando de noche unos maderos, y cubriéndolos con tablas, cosa que pudo, aunque con notable riesgo, emprehender y conseguir su porfia, nos imposibilitáron de poder hacerles daño. Quando vimos tan apretado lance del rigor de nuestra desdicha, tan rigurosa experiencia de la crueldad de aquella gente, y que era fuerza, ó morir barbaramente entre el incendio y las llamas, ó rendirnos, olvidando el pasado valor, hice á Don Cárlos que los hablase, y dixese que yo estaba determinado á padecer todos quantos males me pudiesen venir ántes que llegar á sus manos, que él

me persuadia lo contrario, diciendo que unas veces se ha de resistir, y otras obedecer lo que las estrellas disponen; que pues de los sábios era mudar consejo, espereasen que yo le mudaria, viendo tan patentemente mi perdicion, y que para que él me representase todas estas cosas, nos diesen de término hasta el siguiente dia. Pareciéndoles que quien habia esperado tantos, bien podria esperar uno mas; tuviéron por razon de conveniencia el darnos tan breve plazo, por ver si nos dábamos, excusando así los daños que se habian de seguir á la casa con el fuego, y aun á sus vidas quando entrasen, si se empeñaba nuestro valor en la defensa de las nuestras. Puesto en efecto este partido, nos pusimos á imaginar algunas trazas, todas en órden á huir su rigor, y todas tan dificultosas, que merecieran mejor nombre de imposibles. A Doña Victoria no se le ocultaban estos pesares nuestros, ántes le cabian de ellos mas que mediana parte. No hacia mas de afligirse; ¿pero qué habia de hacer una muger encerrada, vergonzosa, y naturalmente débil, en caso, adónde dos hombres determinados por el peligro, y alentados con el valor, no hallaban modo de ausentarse, ni hacian mas que afligir el discurso con desvelos, la voluntad con te-

mores, y la memoria con imaginaciones de sus futuros castigos? En cosa que tanto importaba, viéndome apretado, mi ingenio discurrió en un medio extraño, escuchadle con atencion, porque dudo que haya llegado á vuestra noticia semejante. Confieso, que quando ahora me pongo á considerar lo que entónces hice, me tiemblan las entrañas, y me dexo persuadir á que solo un hombre loco, cuyas acciones son inculpables, ó quien tenia perdida la vida pudiera tener disculpa.

Al punto, que como dixe, imaginé modo de librarnos, sin decir nada á Don Cárlos, baxé al patio que nuestra habitacion tenia, en el qual estaba una maroma de cáñamo muy gruesa, cogíla sobre los hombros, y volví adonde pensativo me esperaba. Quando me vió entrar de aquella suerte, extrañó el instrumento, y preguntóme que para qué le llevaba, pues á ser para descolgarnos por él á la calle, mas fácil seria abrir la puerta, como ántes habiamos pensado, y salir juntos, defendiéndonos el uno al otro, que no baxar cada uno de por sí, adonde fuésemos cogidos de los que por todas partes nos guardaban. Mal percibis, le respondí mi intento, fiad de mi discurso mas cuerda traza. Subí con esto al

quarto por donde Doña Victoria solia comunicarnos, y enviarnos el sustento. Llegó Don Cárlos tras mí, y viendo la suspension con que esperaba, le dixe: amigo, grandes enfermedades, piden ásperas medicinas, y graves desdichas no se pueden vencer sino es con alentado valor, y peligrosas dificultades. Lo que yo intento es, pasar en casa de Doña Victoria, seguro de que ella nos dará su favor, y cierto de que tendrá así nuestra vida seguridad: vos, pues en lo demas me habeis hecho compañía, no falteis en la mas fuerte ocasion de todas, para que pues ha sido una misma nuestra vida, sea tambien igual nuestra fortuna. Lleguéme á la ventana, sentí que mi querido dueño estaba á la suya, y con voz baxa despues de haberme certificado con la seña que teniamos de que era ella, la advertí, de que ya estaba en mejor término nuestro negocio. Como no sabia de nuestros pesares mas de lo que yo la decia, me creyó fácilmente, y mostró en las palabras el regocijo, que á no ser tan grande la obscuridad de la noche, pudiera ver en su semblante. Preguntome el modo que habia tenido de mejorarse; y yo la respondí, que no era entónces tiempo de gastarle en dar tan copiosa relacion de todo, por el peligro que habia

de ser oidos de alguna persona de su casa, mas que esperase tenerla brevemente de todo. Ella pensó que habia de ser como otras veces por escrito: y así me rogó que echase el cordel para enviarme el continuo estipendio con que nosotros se le pagábamos á la naturaleza, y para que á la vuelta pudiese tener la relacion de tan buenas nuevas. Até el mas delgado á la punta de la gruesa maroma. Llegó á este punto Bernarda su referida criada, y visto que yo le habia ya tirado, salió como otras veces á cogerle: díxela que tirase de él no obstante que sintiese peso; lo qual hizo, ayudada de su señora, y mi prenda, hasta que cogiéron la punta del grueso cáñamo: entónces la previne de que no le volviese á echar, sino que le asegurase fuertemente en el hierro del balcon. Como no sabian lo que yo intentaba, creyendo que era algun modo mas facil de comunicarnos, obedeciéron; y quando estuvo bien asegurado, me avisáron de que ya lo habian reducido á efecto. Entónces tiré yo con toda la fuerza de mis brazos del grueso cordel, ó maroma, y despues de haberla afirmado á mi satisfaccion, pues me importaba tanto, con un madero pequeño le dí dos vueltas, con que quedó mas fuerte, y mas sin peligro de afloxarse. Reparaba

Don Cárlos en el riesgo en que quería mi atrevimiento ponerme, y decia: quánto mejor es morir (¡ó Alexandro!) á las manos de nuestros enemigos, que no á las de una temeridad tan grande; pues siendo así que hayamos de morir, nos hallará la muerte defendiéndonos; y si fuere por justicia, como cristianos; y no aquí con una especie de desesperacion tan tirana. Poníase al balcon, y veia una profundidad tan espantosa que le hacia retirarse atrás, y volver á decirme: no quiero persuadiros con palabras, sino que repareis en el peligro para que el mismo temor impida vuestro intento. Yo le respondia: Don Cárlos, no hay mal ninguno mayor que la muerte; pues en su comparacion todos los demas son leves. Un daño, respecto de otro mayor, es apetecible, si no por lo que tiene de daño, por lo que tiene de menor. Considerad que allí está la muerte cierta, y puede ser que afrentosa: aquí en duda, si nuestro corazon no desmaya. Ved, pues, qual escogeis ahora, la pérdida cierta de vuestra vida y honra, ó la que esta determinacion nos pone en duda. El me replicaba cuerdamente, diciendo que lo que primero se habia de mirar, era la salud espiritual, y que esta se aseguraba mas por el medio que me aconsejaba. Don-

de quiero advertiros, que no decia Don Cárlos estas razones, porque era demasiado recogido, sino porque en los aprietos importantes, el entendimiento (que tal vez ha dado industrias para el mal) ha de servir para disponerse y apercebirse al bien. Finalmente, él me persuadia de esta suerte; mas yo sordo con la determinacion, y mudo con el deseo de librarme, ni ya le respondia palabra, ni aun atendia á las suyas, ántes quando me pareció que estaba descuidado, *me llegué al balcon, donde la maroma estaba atada, y asiéndome de ella fuertemente, hice experiencia de su fuerza fiando todo el cuerpo en las manos.*

Volvió Don Cárlos á verme, y hallándome en la mitad del camino, que la angosta senda de cáñamo me daba, no supo que hacer, mas de esperar el fin de mi suceso. Yo que veia, que quanto mas me detenia, mas se cansaban los brazos, me apresuré tanto que con mucha brevedad llegué cerca de adonde Bernarda estaba, tan admirada de mi resolucion, como dudosa en el fin que prometia tan grave riesgo. Ultimamente, despues del trabajo que habeis oido, y de la afliccion que podreis presumir en mi pecho en tal aprieto, llegué al balcon de la casa de mi dueño, y poniendo los pies en el hierro,

me desengañé de que no lo habia sido aventurarme, y cobré aliento para entrar donde Doña Victoria confusa, desalentada, y temerosa me estaba esperando.

Quando Don Cárlos vió el efecto de mi atrevimiento, casi se culpaba de habérmele querido impedir, y avergonzado de sí mismo por una parte, y por otra reducido con mi exemplo, se determinó á imitarme. Antes que lo hiciese, y fiase á su valor su vida, con tan extraño género de peligro, le dixe (siempre con voz baxa) que desatase el instrumento de mi libertad, y me arrojase el otro cabo, para que yo le asegurase, porque convenia así á nuestra ausencia, como despues veria: púsolo en execucion, y duplicando el cordel, le avisé de que ya estaba seguro. Don Cárlos entónces con el mismo temor que yo, aunque con mas esperanza, por haber visto la felicidad de mi suceso, pasó adonde con el alma le recibí, y con los brazos le ayudé para que entrase, y me hiciese compañía en los placeres, pues no me habia desamparado en los pesares. Tiramos de la una parte de la gruesa maroma, y poco á poco la fuimos recogiendo, hasta que de todo punto la quitamos de donde pudiese ser vista de nues-

tros contrarios, cosa que importó á nuestra seguridad mucho, pues los estorbó el conocimiento del lugar por donde habiamos hecho ausencia. Bien puedo aseguraros, ó amigo Hipólito y advertido Leonardo, de que si no estais cansados de oirme; y si otros cuidados no os llevan la atencion á mejor parte, con lo que me falta de referir, la tendré bien ocupada este rato, pues por ser tan extraños los medios de mi amor, será la relacion admirable, aunque por mi defecto parezca poco eloqüente.

Despues de haber llegado Don Cárlos á mis brazos, y yo á los de Doña Victoria y Bernarda su criada; á ellas el contento de vernos libres de tantos temores, y á todos el regocijo de comunicarnos tan familiarmente, nos lleváron con prevencion y recato á una quadra, donde raras veces llegaba nadie de la familia; así por ser la casa muy capaz, como por estar en el quarto donde Doña Victoria, y Doña Marcela (así se llamaba su hermana) asistian. De quien pudiéramos rezelarnos, era de su madre; mas cesó parte de este cuidado, sabiendo que ella subia pocas veces á donde estaban sus hijas. Era, como ya dixe, viuda, noble en la sangre, y grande en la edad: era en su hacienda guar-

dosa, en el recato de su familia notable, en su puntualidad extraña, en su recogimiento atenta, en la guarda de sus hijas vigilante, en la conservacion de su salud providente, en su comida templada, en su vestido honesta, en sus exercicios virtuosa, y en su autoridad grave. Eran Doña Victoria y Doña Marcela de rostros hermosos, de pocos años, de gallardas personas, de excelentes ingenios, de buenos gustos, de muchos donaires, y de apacibles condiciones. Juzgad, quán diferentes serian en tan opuestas propiedades los pensamientos, y en tan desigual edad los deseos. Doña Victoria los tenia puestos en mí tan cuidadosamente, que tal vez me dexaban corrido sus finezas, admirado su amor, agradecido sus caricias, y mas amante sus gracias. Doña Marcela era de condicion mas presumida. Andaba siempre muy preciada de no rendirse á nadie, cosa á que si bien la podian dar atrevimiento sus prendas, con todo eso parecia mas insensibilidad que libertad, y mas falta de conocimiento que sobra de presuncion, aunque muy de ordinario suele andar todo esto junto. Alabábase de no haber tenido amor, y preciábase de que se le tuviesen. Era de las que quieren rendirlo todo, y se aseguran en

su misma vanidad, para no quedar rendidas. No sabia cosa alguna de nuestros sucesos, ni Doña Victoria se atrevia á comunicárselos, temerosa de que no los descubriese. Por eso se habia fiado de sola Bernarda su criada, que satisfecha de su razonable disposicion y rostro, alentada de la ocasion que se le ofrecia, y determinada, por parecerle que todos la habiamos menester, se atrevió á dar muestras, en algunas ocasiones, de que tenia amor á Don Cárlos. El la divertia cuerdamente, y fingiendo que no la entendia, ni la desconsolaba de todo punto, ni la respondia á su propósito, con que ella andaba siempre mas cuidadosa de explicarle sus deseos, y nunca lo conseguia felizmente. Cansábase de buscar modos diferentes, y al fin este cansancio la vino á reducir á que dexase pensamientos, que áun solo el manifestarlos tenian tanta costa: adonde se nos descubre, que quien procure quedar libre en las correspondencias que otro intenta, no tiene remedio mas cuerdo que no oir, ó no pudiendo divertir el oido, no entender sus razones, olvidar sus palabras, y excusar sus beneficios.

En el tiempo que nos sucedia esto á nosotros, nuestros contrarios andaban cuidadosos de la respuesta que Don Cár-

los les tenia prometido: mas viendo que ella se dilataba y él no parecia, se resolviéron á poner en execucion su primer intento. Pusiéron fuego á las puertas principales de la casa, que por suerte habia sido el muro de nuestra defensa, y como á la fuerza del voraz elemento, ni la habia, ni pudiera haber resistencia, fácilmente se apoderó de los secos leños, y atajándole para que no pasase adelante, les dió segura entrada. No hallaban quien se la defendiese, ni les diese ocasion de emplear el apercibimiento con que iban. Anduviéron todos los quartos de aquella espaciosa morada; no se olvidáron de los mas ocultos retretes, ni se excusáron de su cuidado los mas altos desvanes, pues todo lo miró su diligencia, quedando tan extrañamente confusos, como habian entrado dichosamente contentos. De todo se informaba Doña Victoria con secreto; y así supimos que echaban á todas partes mil ignorantes juicios. Unos decian que nos habriamos desesperado, y que seria bien mirar si la profundidad de algun pozo habria sido nuestro sepulcro. A otros les parecia que Dios milagrosamente nos habia castigado con tanta severidad, que aun no habia querido que quedasen de nosotros señales. A uno (¡qué necio discurso!) se le puso en la imagina-

cion, que el uno al otro nos habriamos comido de hambre; mas desmentian á su pensamiento los demas, replicando que á dónde habia señales del otro para tener fundamento en tan nueva presuncion. Miraban las ventanas, y atendian á que no podiamos haber salido por ellas, ó ya por no haber indicios de tal cosa (gracias á mi cuidado) ó ya por el que ellos habian tenido en guardar las calles en que podia haber este riesgo. Tornaban á visitar las quadras que primero habian andado, y hallábanse, como primero, admirados. Engañaba el padre de Valerio sus esperanzas con no desistir de su porfia; mas viéndolas burladas, y que era imposible dexar de pensar que nos habia tragado la tierra, sin hallar en nuestra venganza su consuelo, y sin determinar qué nos habria sucedido, se ausentó confuso, y los demas descontentos.

Quietáronse dentro de pocos dias los escándalos, que traian á la ciudad revuelta, y otras novedades que sucediéron, hiciéron olvidar las que habian nacido por nuestra causa. Ya con esto nos hallábamos algo seguros, ménos cuidadosos, y mas alegres. Pasábamos una vida gustosa, porque Doña Victoria acudia con toda puntualidad á nuestro regalo. Tenia la llave de la sala adonde estábamos, y

tan atentamente se guardaba de darla á nadie, que ni aun de Bernarda la fiaba, pues quando habia de entrar á prevenir las cosas necesarias al aseo y limpieza de nuestras personas, siempre era en su presencia. Gastábamos el tiempo parte en escribir versos, y parte en leer algunos libros que la misma Doña Victoria me llevaba, ya toscanos, y ya españoles, de los que se dilatan en materias entretenidas, así porque nosotros tratábamos de aplicar las medicinas que eran mas saludables á nuestra enfermedad, como porque en ellos (quando se escribe con alguna doctrina) se hallan muchos exemplos dignos de imitacion, muchas sentencias que encomendar á la memoria, y muchas cosas de que apartarnos. Esta, pues, ó nobles amigos, fué la causa, porque pediamos este género de libros, adquiriendo con ellos igual provecho, y mayor gusto. Yo estaba muy enamorado, y por esta parte alegre, Don Cárlos libre y consolado; él sentia el encerramiento, y yo tal vez la soledad, porque Doña Victoria, habiendo de asistir á la presencia de su madre y hermana, no podia estar mucho tiempo en nuestra compañía. Este sentimiento se limitaba con la consideracion del aprieto en que habiamos estado, y que fuera mucho mas cruel for-

tuna hallarnos en poder de nuestros enemigos, expuestos á su enojo, y sujetos á su voluntad: que no hay tan cuerdo discurso para consolarse en los males, como atender á que pudieran ser mayores.

Habia Doña Marcela deseado muchas veces entrar en la sala á donde estábamos, y por haber hallado cerrada la puerta, se habia vuelto á enviar una criada, para que se truxese las niñerias que habia deseado sacar de ella. Pedian á Doña Victoria la llave, y no fiándola de quien se la pedia, se levantaba y llevaba consigo á Bernarda, y traia lo que su hermana habia pedido. Sucedió esto mismo en tantas ocasiones, que Doña Marcela concibió sospechas, y juzgó mal de su recato. Las mugeres siempre se dexan vencer fácilmente de la curiosidad; y así determinó averiguar, qué seria la causa de que Doña Victoria hiciese particular lo que solia ser á todas comun. Para esto trazó en su imaginacion varias cosas, y consultando á la eleccion, comenzó á disponer medios para seguir el que le pareció mas á propósito. Atendia mi noble dueño á las diligencias que su hermana hacia, y viendo próvidamente que convenia remediarlo, porque no llegase á decir á su madre las ocasiones de su pre-

suncion, y con eso ella quedase mal opinada, nuestro amor impedido, y todos los sucesos descubiertos; nos llamó cierto dia, y haciendo que subiésemos á otra sala, esperó que se ofreciese ocasion en que llevar á Doña Marcela para que se desengañase de que no habian sido justas sus sospechas. No tenia la sala adonde nos llevó llave en la puerta, y así fué forzoso dexarnos en confianza de lo que quisiese disponer la suerte. Vino á visitarla aquella misma tarde otra señora, amiga suya, y por esto no pudo satisfacer á su hermana, ni volver á ocultarnos, como primero. Extendióse la conversacion demasiado, con harto disgusto suyo, y así pudo Doña Marcela, pareciéndole que entónces no podia excusarse el cumplimiento de su deseo, pedir á Doña Victoria la llave. Diósela al punto gustosa de que su prevencion se lograse. La curiosa dama partió alegre, llegó á la sala presurosa, abrió la puerta diligente, y quedó satisfecha de el engaño de su imaginacion. Brevemente por la culpa nuestra se vino á hallar mas dudosa, pues sin advertir en que seria de importancia, ni habria quien reparase en ello, nos dexamos sobre la mesa algunos versos: los primeros con que encontró, fuéron unas décimas, que yo habia hecho á su her-

mana, haciendo sugeto de ellas el haberla visto labrar una vanda leonada con matices negros. El ser mi padre español, me tuvo siempre aficionado á vuestra nacion y lengua; y así casi todos los versos que hacia eran españoles. Esto digo, para responder á vuestro cuidado, si se le hiciere novedad, de que los refiera en este abundante idioma. Leyólas Doña Marcela, y vió que decian de esta suerte.

Entre diversas labores
Bordabas flores un dia,
Y dixe: el alva seria
Quien pudo matizar flores.
Quando atendí á los colores,
Temí mi infelice suerte;
Pues lo leonado me advierte,
De que puedes ser cruel,
Y lo negro que ya aquel
Es el luto de mi muerte.
De esto ve experiencias luego,
¡O Victoria! mi cuidado;
Pues dando luces al prado,
A mí me has dexado ciego.
Quando á mi memoria niego,
Que es dicha tener perdida
La vida, y está advertida,
De que este injusto desprecio
Suele preguntarme: necio,

¿Para qué quieres la vida?
Adonde puedes ganar
Tal gloria, como ofrecer
Con gusto la vida, y ser,
Que te han podido quitar.
Desde el perder, hasta el dar,
Distancia no se limita;
Y así necio se acredita
El que dando no obligó;
Pues lo mismo que negó
Es lo que el amor le quita.
Tomé su consejo yo,
Y la vida te ofrecí:
Pero como la rendí,
Hallé, que no se perdió.
A tus ojos se le dió
El triunfo de aquesta gloria,
Tuvo el amor la victoria,
Yo fuí su humilde trofeo,
Quedóse en tí mi deseo,
Y llevé en mí tu memoria.

Parecióle á la noble dama, que no era ignorante el poeta, ni indigno el sugeto, que luego conoció ser su hermana. Envidiosa, pues (quien vió nacer amor de envidia) pareciéndole, que Doña Victoria le merecia ménos que ella, comenzó á desear para sí el empleo de aquella pluma. Atendió con mas cuidado á los papeles que en la mesa habia, y

vió otros versos, aunque tambien españoles de diferente letra. Reparó en esta circunstancia, y llevada segunda vez de la curiosidad, y ahora del deseo, leyó de aquesta suerte:

Ya no mata amor zagales,
Con arco, y dorado harpon,
Que por matar con dos rayos
De unos ojos se valió.
Si ántes mataba atrevido,
Ya no muestra su rigor;
Porque quien muere con ellos,
Glorias siente, dolor no.
Aunque mas le pinten ciego,
Al corazon me acertó,
Que los ojos que son flechas
Se van luego al corazon.
Porque no faltase luz
Haciendo el tiro menor,
A la luz de dos estrellas
Las mismas luces tiró.
Si el amor quiso mis daños,
Solamente en esto erró,
Que no se ha de llamar muerte
La que da vida mejor.
A lo ménos no podrá
Quitarme en esta ocasion,
La gloria de estar rendido,
Ya que el alma me quitó.
A un mismo tiempo confieso

Que muerto, y que vivo estoy,
Todo mi amor es prodigios,
Pues un muerto tiene voz.
Zagales de aquestos prados,
Tomad escarmientos hoy
En mi muerte y mi suceso,
Para andar con atencion.
No serán menester señas,
Porque segun pienso yo,
Ningunas ha visto el valle
Mas parecidas al sol.
Mas por si ocultar quisiere
De industria su resplandor,
O por quedar mas segura,
O por matar mas veloz,
Los que mas graves miraren,
Su alegre luz y color,
Han de ser; en esto he dicho,
Que los de Marcela son.

Viendo que en este segundo se habia satisfecho su presuncion, de la envidia que concibió con el primero; y viendo que segun se inferia de la letra, el que habia empleado su ingenio en alabarla, era distinto del primero; comenzó á pensar quien seria, y á pintar en su imaginacion el sugeto. Formaba un hombre bizarro, bien entendido, prudente, de lindo rostro (porque raras veces la hermosura del alma está deposita-

da en feo cuerpo) de amables prendas, de apacible condicion, y de firmes deseos. De este conocimiento pasó á amar á un hombre que fuese de aquella suerte, y á desvelarse por un objeto imaginado. ¿Quién no advierte en este suceso el justo castigo que ordinariamente se sigue á la presuncion, y un exemplar vivo de los medios con que tal vez se postra la vanidad? ¿Quién no vió á Marcela libre á muchos amores verdaderos, y la ve sujeta á una imaginacion? ¿Quién no la vió blasonar de rendir á todos, y la ve no avergonzarse de estar rendida á una imagen de su idea? Despues de haber estado un largo espacio ocupada en este pensamiento, discurrió en que sin duda estaban dentro de casa los que habian escrito aquellos versos, pues el modo que tenian quando llegó á leerlos, manifestaba que los estaban entónces escribiendo. Pasó adelante en el discurso, y persuadióse á que si aquello era cierto, tambien lo era el no estar muy léjos de aquella sala. Comenzó á andar las que estaban mas cerca (que por ser habitacion tan espaciosa, no eran pocas) sin hallar lo que su pensamiento le dictaba. Subió despues á otra, á quien una pequeña escalera daba paso. Era esta en la que nosotros estábamos: y así entró tan de

improviso, que ni tuvimos lugar de ocultarnos, ni ella se pudo excusar de que la viésemos. Comenzó á perder con el sobresalto las colores del rostro, y nosotros que ya conociamos quien era, viendo que convenia asegurar sus temores, tratamos de hablarla cortesmente, y en particular Don Cárlos, que como ménos culpado, se halló con lengua mas libre. Díxola que estuviese cierta de que no habiamos ido á intentar su daño, ni el de ninguno de su ilustre familia, pues solo desdichas nuestras nos habian llevado á aquel lugar, si bien ya no merecian tal nombre sucesos que nos habian puesto en su presencia. Añadió, que de ánimos nobles era favorecer á los pechos afligidos: y que así del suyo, y de su piedad fiábamos nuestro remedio, y esperábamos amparo contra las suertes, que hacia en nuestras infelices vidas nuestra contraria estrella. Manifestóle que nosotros eramos los que habiamos estado en el pasado aprieto, advertido de que no nos conocia, ni esto era mucho en una ciudad tan grande, y universidad tan populosa, siendo ella una doncella recogida, y que solo atendia al cuidado de su aseo, y al adorno de su hermosura. Tambien le supo decir Don Cárlos sus obligaciones á ampararnos, y nues-

tra necesidad: tan fuertemente mover con razones, y tan cuerdo obligar con la dulzura de sus palabras, que no supo Marcela por entónces responder, ántes poniendo en él los ojos, dixo: este es sin duda el original de aquel retrato que formó mi pensamiento. No lo entendimos por entónces, hasta que despues de muchos dias nos explicó, que lo habia dicho en órden á sus pasadas imaginaciones.

Llegué yo en este tiempo, advertido de lo que debia hacer, y puesto á sus plantas, la rogué con todo encarecimiento, que se sirviese de no descubrirnos por el peligro que corrian nuestras vidas, si se supiese donde estábamos; á lo qual respondió ella apacible, diciendo: tan léjos estoy de descubriros, que porque no estais bien en esta sala (pues como yo llegué, otra persona pudiera haberos visto) quiero poneros en mas seguro lugar. Nosotros la obedecimos, y con pasos hijos de nuestro temor y su silencio, llegamos á una de las quadras que primero, buscándonos, habia visitado: cerró por defuera con la llave, y dexónos al principio consolados del suceso, y despues pesarosos de habernos fiado de quien no teniamos segura confianza, ni bastante experiencia.

Volvióle á dar su llave á Doña Victoria, sin decirle nada de lo que habia sucedido. Recogióse un rato, y púsose á imaginar en la discreta relacion de Don Cárlos, en la dulzura de su eloqüencia, y en la blandura de su natural. Pesábale de que nadie llegase á hablarla, por no distraerse de la alegre memoria de su nuevo pensamiento: divertíase en lo que le decian, y tal vez volvia á preguntar lo que sabia, ignorando lo que muchas veces preguntaba. Quien á buena luz mirára estos efectos en Doña Marcela, claramente conociera la causa, y descubriera el nuevo accidente con que la inquietaban su memoria y su idea.

Acabóse con el dia la visita que habia tenido Doña Victoria; y así pudo acudir cuidadosa adonde nos habia dexado, para que volviésemos al lugar en que primero nos tenia. Admiróse de no hallarnos, y pensativa baxó á ver si nos habiamos ido á alguna de las salas, que como diximos, estaban desocupadas. De todas nos hallaba ausentes, ménos la que Doña Marcela habia cerrado, la qual no pudo visitar por esta causa; temiendo algun grave daño, comenzó á temblar pesarosa, y á no saber determinarse confusa; no obstante, que nosotros sentiamos los pasos que ella daba, no sabiendo

quien fuese, ántes nos estuvimos quedos, y procuramos, que nuestro silencio y quietud afirmasen que allí no habia persona humana. Ultimamente Doña Victoria se recogió por ser tarde, y sin atreverse á decir nada á Marcela, lloraba triste, y se ocultaba temerosa de que no viese su llanto, y sus extremos. No se le encubrian á la discreta dama los pesares que su hermana tenia; y así deseósa de quitárselos, y de grangear el gusto que ya tenia con la presencia de Don Cárlos, se llegó á ella, y la dixo: agravio hace á su sangre, y á su amistad quien del hermano y amigo se guarda en las cosas de importancia, y se recata en los sucesos de grande peligro. Por esto, hermana mia, no puedo dexar de manifestarte el enojo que tengo, habiendo visto que me encubres los que son de tanto peso. Mas porque veas quan diferentes son nuestras condiciones, quiero fiarte un secreto que tengo, y enseñarte lo que debes hacer de aquí adelante, ya que lo has ignorado hasta ahora. Yo tengo inclinacion á un hombre, cuyas prendas parece que formó la naturaleza, habiendo consultado á mi deseo. Tengo hecho por él quantas diligencias han sido posibles en órden á su libertad, y finalmente le tengo dentro de casa. En manifestarte este empleo

...

vengo á conseguir muchas cosas, pues te obligo á que me guardes secreto; tengo con quien comunicar los bienes, quien me ayude en los peligros, y quien me excuse con su presencia alguna resuelta determinacion que él atrevido y ocasionado pudiera emprender, y yo, como muger y enamorada, consentir. Bien se presumia Doña Victoria al fin que se encaminaban estas razones, que era á su reprehension; y así mas consolada, viendo que Doña Marcela no daba lugar á que la respondiese, comenzó á seguir sus pasos. Llegáron de esta suerte á donde Don Cárlos y yo estábamos, tal vez temiendo nuestra pérdida, y tal esperando su vista. Entró primero Doña Marcela, y volviéndose á Victoria, la dixo: ves aquí mi secreto, guárdale, porque yo te le encargo; y si conocieres capacidad en alguna persona, no le ocultes los tuyos, pues manifestándoselos, grangeas quien te ayude en ellos, y encubriéndoselos, fuera de tener de quien guardarte, tienes quien, si por otra parte lo sabe, no tenga obligacion á encubrirlos. Yo quedo enseñada de lo que debiera haber hecho (respondió Victoria) y no quiero intentar disculpas, porque son inútiles, quando el yerro es tan cierto. Hiciéronnos varias preguntas, á las qua-

les Don Cárlos respondió cortés, y yo tan amante, que quando Doña Victoria no estuviera satisfecha de mi amor; lo pudiera quedar desde entónces. Sentáronse, y sacando algunos regalos que Doña Marcela llevaba, favoreció declaradamente á mi amigo. El agradecido estimaba su favor, y discreto los deseaba mayores. ¡O quánto puede la comunicacion, y quánta es la fuerza del trato! pues á pocos dias nos viérades (¡ó nobles amigos!) tan amantes de Doña Victoria, y Marcela, y tan igualmente correspondidos, que á porfia parece que cobraba fuerzas nuestro amor, no habiendo quien en tal competencia confesase que el suyo era mas corto. Hizó la siguiente noche Don Cárlos un epígrama encareciendo el suyo. Volviéron las dos nobles hermanas, y oyéron que decia así:

De suerte está mi corazon rendido,
Marcela ilustre, á tu hermosura rara,
Que por tí el alma vive, en tí repara
De sentimiento ageno mi sentido.
Si acaso mi discurso divertido
En diverso sugeto se ocupára,
Por traydor á mi amor le castigára,
Como á injusto, inconstante y atrevido.
Mas ya mi sér del sér de amor depende,

Tanto, que el mismo amor mi sér informa:
Y así es mi sér de amor confuso abismo.
Amor al fin me alienta, amor me enciende,
Y de suerte en sí mismo me transforma,
Que ha dudado si soy el amor mismo.

Tanto alienta la competencia, y tanto puede la emulacion, que viendo á Don Cárlos alegre de haber manifestado su amor, y á Marcela gloriosa de que su amante le hubiese encarecido con el hipérbole de su epígrama, me determiné yo á hacer el siguiente para la futura noche, con los mismos consonantes. No intento que juzgueis qual quedó mas encarecido, sino que le oigais, para daros mas vivos indicios del amor que entónces tenia, y hoy persevera dichosamente en mi pecho.

Rendirse un nuevo amor á otro rendido,
A ser viene de amor prueba mas rara;
Y así (¡ó Cárlos!) tendrá, si se repara,
Mi pecho mas amor, que tú has sentido.
Es imposible en mí, que divertido
Mi necio pensamiento, se ocupára
En otro amor, sin que este castigára
Pensamiento tan torpe y atrevido.

Y aunque del sér de amor mi sér de-
pende.
De mí puede sacar amor su forma,
Que del fuego de amor soy nuevo abismo.
Halle el amor en mí lo que me en-
ciende,
Y pues él en mí mismo se transforma,
Mucho mas vengo á ser, que el amor
mismo.

De esta manera pasábamos algunos ratos, teniendo muchos de conversacion, así porque ellas se ayudaban á buscarlos, como porque nosotros no teniamos ocupacion que los estorbase, ni dicha que tan cumplidas glorias nos diese. Estábamos como pudieran pedir nuestras imaginaciones, ó ya porque la facilidad de comunicarnos era poco peligrosa, ó ya porque sus discursos eran tales, que el mas presumido pudiera quedar de sus ingenios, ó avergonzado, ó mas satisfecho. En todo el tiempo que estuvimos de esta suerte, que fué distancia de cinco meses, jamas pasó nuestro deseo de los límites que á la veneracion de sus personas, y á la correspondencia de sus beneficios se debia; ni esto os parecerá mucho, si advertis á que nosotros las teniamos amor bien ordenado, por dirigirse á casamiento; demas, de que quien sabe amar con

perfeccion, ántes ha de mirar el bien de lo que ama, que los intereses de su gusto. Y finalmente, tendreis esto por fácil, si atendeís á la diferencia que hay entre las mugeres principales, y las vulgares que son viles; y á que lo que estas tienen por frialdad, boberia, cortedad ó desprecio, llaman aquellas recato, virtuosa vergüenza, modestia, atencion y cordura.

Pocas veces quien está en la cumbre de las dichas mira á los profundos baxíos, donde por asentar mal el pie, suele caer quien es poco dichoso. Manifiesto exemplar de esta verdad, fué nuestro suceso, pues en medio de estos placeres se levantó la mas peligrosa tempestad de desvelos, que nos pudiera venir tras las pasadas desdichas.

Ya os dixe como Bernarda, la criada de Victoria, habia comenzado un necio amor, que entónces es amor necio, quando á los principios no mide el valor de quien le tiene con los merecimientos del objeto á que aspira; de donde nace, que tenga de ordinario infelices fines; porque si bien debemos confesar que tiene fuerzas de igualar distantes estados, con todo eso siempre es la dificultad tan grande, como la distancia. Habia á nuestro parecer dexado de proseguirle Bernarda; mas

como por tener noticia de nuestros sucesos, no se guardaban de ella sus dueños, y veia que su empleo estaba en peor estado, por ser tan aventajado competidor Marcela, atendiendo á que divertir á Don Cárlos era dificultoso, y reducirle á que la tuviese á ella amor imposible, la sucedió aquello de Propercio, quando dice, que al amigo es lícito hacerle consorte en la vida, dueño en los bienes, señor de las riquezas; pero que en el amor ni á Júpiter se puede admitir por compañero; y trató, ya que no pudiese conseguir su deseo, imposibilitar á los dos de que se correspondiesen tan igual, y se viesen tan fácil y continuamente. Bien se infiere de aquellos desatinos que comete un zeloso, lo poco que advierte á inconvenientes, y que es enfermedad donde suele haber poco remedio, por ser quien padece la razon, y quien obra un apasionado furor, ó una precipitada locura. No culpo yo á los zelosos, aunque mas temeridades intenten, ni tampoco me atrevo á disculparlos, supuesto que la mayor culpa está en dexarse llevar de las pasiones, de suerte que lleguen á pensar divertidos, y á obrar furiosos.

Finalmente, por no dilatar mas mi discurso, y porque llegue á vuestra noticia el cuidado con que se debe prevenir

la venganza de una muger despreciada, y amante, digo, que esta trató de dar cuenta al padre y parientes de Valerio, de que sabia adonde estábamos ocultos yo y Don Cárlos. ¡Qué es ver á algunas personas tan inclinadas á lo peor, que para hacer un bien, reparan, lo consultan y diversas veces lo miran! ¡Mas habiendo de obrar mal, qué es verlas arrojarse sin atencion á hacerle! No reparó Bernarda en que la podrian echar ménos si faltaba de casa, ni en que era novedad salir fuera de ella sin sus dueños, pues sin pedirles licencia, con sola la memoria de su imaginada venganza, puso en olvido todas las demas obligaciones. Vióla cubrir Doña Victoria, y preguntóla la causa que la obligaba á semejante determinacion; mas ella no respondió cosa alguna, ántes enmudeciendo con la vergüenza de la traicion que intentaba, cubrió con púrpura el rostro, la cabeza con el manto, y se partió de su presencia.

Atenta á tan extraña novedad Victoria, envió un criado que disfrazado la siguiese, y cuerdo se informase de la ocasion que habia obligado á aquella muger para que tan impensadamente emprendiese tan nuevo atrevimiento. Hizo quanto se le habia mandado cuidadosamente Eusebio (que así se llamaba este

criado) y vió, que entraba en casa de Octavio (que era el padre de Valerio) hombre principal, y conocido por el crédito de su riqueza en toda la ciudad. Viles sospechas concibió el advertido mozo de que Bernarda entrase en semejante lugar, atribuyendo á algun oculto amor, lo que era infame, y diabólica malicia: parte por la obediencia que debia á Doña Victoria, y parte por la curiosidad, que en semejante suceso habia adquirido, determinó saber el fin con que habia ido tan resuelta. Tenia singular amistad con un criado de Octavio, y quando le pareció que aunque Bernarda le viese, no presumiria que iba en su seguimiento, se llegó á él, llamóle aparte, y con todo secreto y encarecimiento, le rogó que le dixese á lo que habia ido aquella criada de su casa. Respondióle su amigo, que solamente sabia estaba hablando sola con Octavio su señor. Aquí se confirmó mas la presuncion de Eusebio, y casi se reduxo á volver, y decir á Doña Victoria, que no se sirviese mas de criada, á quien él habia averiguado tan claramente el ser deshonesta: mas viéndole su amigo pensativo, y creyendo que sus admiraciones eran zelos, le dixo, que si le importaba saber lo que Bernarda queria, él se dispondria á po-

nerle donde lo supiese, porque no era razon que viviese engañado, principalmente, si la queria para esposa. Quando Eusebio atendió á que su amigo salia á lo que él deseaba, y á lo que no le habia pedido, temiendo que seria dificultoso, mostró que tendria grande interés, y no pequeño gusto. Cogió el amigo unas llaves con que abrió dos puertas, y acompañados del mudo silencio que requeria el caso, entráron á una sala, la qual tenia un pequeño postigo. Fuéle advertido á Eusebio, que llegase, y pusiese el oido en la cerradura, si queria oir con facilidad lo que comunicaban su señor y Bernarda, ó para desengañarse de su agravio, ó para satisfacerse. Púsolo en execucion al punto, y oyó, que la vil criada decia: ya que me dispongo, ó noble Octavio, á descubrir este secreto, vos habeis de ampararme, pues es cosa certísima que en negocio de tanta importancia, podrá tener grande riesgo mi vida. Prometió desde luego dársele el anciano Octavio, y asegurada de que luego se quedaria en su casa, le dixo de esta suerte. Con tal amparo poco importará que se sepa, que yo he descubierto el secreto: levantó algo mas la voz, y así pudo oir que proseguia: nunca la abundancia de razones sobra donde un ánimo apasiona-

do se alimenta, y así excusando las que no pueden ser necesarias, quiero que sepais brevemente, que los que matáron á vuestro hijo, estan dentro de la ciudad, y yo puedo ponerlos en vuestro poder muy fácilmente. Dudaba Octavio esta verdad, pareciéndole, que habiamos perecido dentro de aquel prolixo retraimiento; satisfizo á su duda, y le refirió el medio que habiamos tenido de escaparnos. Apénas oyó esta novedad Eusebio, quando parte aficionado al valor de dos hombres que habian salido de tan graves peligros en hombros de su misma resolucion, y parte cuidadoso del riesgo que podria venir á Doña Victoria, á quien la vil Bernarda culpaba en haberles dado favor, para que se determinasen; se partió á toda priesa, y sin atender á lo demas en que proseguia, atendió solo á dar cuenta á Doña Victoria de todo lo que pasaba. Estaba presente Doña Marcela, y así acudiéron entrambas, llenas de turbacion, adonde nos diéron noticia del daño, que con brevedad nos vendria, por la maldad de aquella vil criada. Quedamos oyendo semejante traycion, tan inhábiles para el remedio, que se nos cerráron todas las puertas, por donde podiamos intentarle; que siempre á los delinqüentes, ó Dios les quita para que pa-

dezcan el discurso, ó su delito, para que no se quede sin castigo, les imposibilita las acciones; y si les queda alguna, siempre es para elegir lo peor. Por esto hicimos llamar á Eusebio, que subió adonde estábamos alegre, y quedó de conocernos gozoso. Diximosle, que pues nos habia dado el aviso, tambien le queriamos deber el modo de librarnos de lance tan peligroso; pues con esto nos confesariamos de todo punto deudores á su lealtad. El despues de habernos agradecido la ocasion en que poniamos á su cuidado, para que tratase de nuestro remedio, y despues de haberlo pensado mas libre de tantas pasiones, y por esta parte mas cuerdo, nos dixo, que el mejor remedio seria el mas breve, para lo qual procurásemos cada uno tomar algun disfraz; pues saliendo de allí, y no hallándonos en el lugar que Bernarda habia dicho, no la habian de dar crédito, ni se haria diligencia para buscarnos, pues ántes habian de atribuir aquel aviso á deseo de hacer daño á sus amas por algun enojo que hubiese tenido con ellas, que á la verdad que tenia el caso, y á la buena intencion que decia tener en descubrir tan importante, y tan oculto secreto. No fué menester mucha diligencia, para que los disfraces nos hiciesen desconocidos, así por-

que en opinion de todos estábamos, ó muertos, ó ausentes, como porque en tan larga distancia de tiempo nos habia crecido, sino la barba, porque entónces comenzaba á dorarnos el rostro, el cabello abundantemente.

Quisieran Doña Victoria y Marcela, viendo que era fuerza dividir con la ausencia las almas, deshacerse todas en llanto, para que deshechas, las pudiéramos llevar mas fácilmente en nuestra compañía. Afligíanse de ver que nos despediamos tan lastimados; y tal vez estuvo alguna resuelta á seguirnos y padecer nuestra misma fortuna; mas detúvola el pesar que tendria su madre; y que aunque fuese con quien habia de ser su esposo, con todo eso se ha de atender á la pérdida de la opinion, mas que á los consejos de la voluntad. Salimos con este sobresalto, y el sentimiento de tantas penas en compañía de Eusebio, sin que ninguno reparase en nosotros maliciosamente; y viendo que por si nuestros contrarios nos siguiesen, seria menester mas prevencion de la que habiamos sacado de en casa de Doña Victoria, nos fuimos á la de mi padre, donde parte temeroso y parte alegre, nos recibió con los brazos. Empezó á darme á mí reprehensiones, antigua condicion de la edad experimenta-

da, y á Don Cárlos agradecimientos por la fidelidad con que habia mostrado ser mi verdadero amigo, y ser ilustre su nacimiento. Referí brevemente á lo que ibamos, lo que pasaba, y lo que convenia disponer, sin acordarme de Aminta, y sin que mis padres hiciesen memoria de ella, puede ser que por no me ocasionar á mas sentimiento, y mayores penas con lo que despues oireis. Púsose todo en execucion, ensilláron dos famosos caballos, y llamándome mis queridos padres, me llenáron de bendiciones. ¡O amor paternal á lo que obligas! Mi padre no obstante que tan cuidadosamente guardaba el oro y plata que habia por tantos años adquirido, abrió liberalmente los cofres, donde depositaba su riqueza, y pródigo me ofreció quanto quisiese, de donde yo acabé de averiguar que el noble anciano no era avariento, sino prudente, pues guardaba, no por atesorar, como muchos, sino para gastar en la ocasion de importancia, que es lo que habian de hacer todos. Tomé lo que me pareció bastante, y proponiendo escribirle desde donde quiera que me hallase, volví de nuevo á abrazarle, y con increible sentimiento de mi querida madre, nos despedimos. Subió en un caballo (que como digo es-

taba prevenido) Don Cárlos; y despues de haber dado á Eusebio algunos escudos, me puse yo en el otro, y nos partimos, encargándole que cuidase del consuelo de sus dueños, de la venganza que debiamos tomar de Bernarda, y de escribirnos todo lo que pasase á Milán, donde determinábamos enderezar el viage. Con esto alargamos el paso quanto fué posible, hasta que nos pareció que podriamos caminar con alguna seguridad.

Lo que nos sucedió en el viage, hiciera mi discurso prolixo, en ocasion que os he detenido tanto con los pasados sucesos. Esto será causa de que sin detenerme en los accidentes, pase en lo substancial de nuestra venida á España, que fué dentro de dos meses, como llegamos á Milán. Allí tuvimos cartas de Eusebio, encareciendo el amor que Doña Victoria tenia, y á Don Cárlos confesaba Marcela: en la última que envió con propio, nos avisó de que en todo caso nos partiésemos de aquella ciudad, porque le habian cogido nuestro pliego, y por él habian sabido donde estábamos, y se despachaba quien nos prendiese; de todo lo qual nos daba aviso desde una prision, donde estaba impedido de castigar la malicia de aquella vil criada, causa de todo nuestro desasosiego. Res-

pondimos á todo lo demas de su carta, ménos el lugar donde nos partiamos, por no dar ocasion á que si se las volviesen á coger, nos siguiesen, haciendo vanas todas sus diligencias, y nuestro cuidado.

Partímonos aquel mismo dia á Nápoles, donde conocimos al noble Hipólito: el medio que dió principio á nuestra amistad, paso en silencio, por dexar á su eloqüencia ocasion de divertiros algun rato, quando él tuviere gusto de que le tengamos cumplido; y por decir, que desde allí nos partimos á Génova, y luego á Barcelona, donde llegué apénas, quando recibí un pliego de mi padre, en que me daba cuenta de que mi hermana Aminta habia faltado de su amparo, y se habia negado á su obediencia, atropellando las obligaciones de muger noble, con las resoluciones de atrevida. Faltará sin duda á los cielos luz, al sol resplandor, y á los elementos guerra, primero que se pueda explicar la pena que recibí con estas nuevas. Dexaré, pues, de manifestarla ahora, por decir que entónces me llegó otro pliego, en que Don Gregorio mi padre me mandaba que no volviese á aquella tierra; porque supuesto que mi madre, y su esposa habia rendido la vida al dilatado sueño de la

muerte, queria volverse al lugar donde habia tenido la primera y siempre noble luz de su nacimiento.

Encargóme que no perdiese el tiempo, sino que mis estudios de Bolonia los prosiguiese en esta Universidad, dando por razon, que los hijos de los nobles, ya que tienen la sangre heroicamente heredada, y la riqueza dichosamente adquirida, es bien que adquieran lucidamente alguna ciencia. O ya porque, como aconseja San Gerónimo, el ingenio no ha de conocer al ocio, ocupado siempre en cosas honestas, ó ya por el parecer de Séneca, quando afirma, que la ociosidad es madre de los vicios, y madrastra de las virtudes. Libróme para esto nueva cantidad de dinero; y despues de haber sabido el recogimiento y recato con que Doña Victoria vivia, esperando el cumplimiento de nuestros deseos (de todo lo qual tuve noticia por cartas de Eusebio) me vine á esta ciudad, pareciéndome que en ella es la doctrina de todas ciencias ilustre. Comencé á proseguir la Jurisprudencia con el cuidado que pudiera quien no tuviera otro medio con que vivir y llegar á tener felicidad; así porque el ocio desacredita vilmente al ingenio, como por el parecer del Príncipe de la eloqüencia, quando dice, que

la ciencia mejora lo que es bueno, y corrige lo que merece nombre de malo. Enviamos cartas á mi padre, y Don Cárlos un poder para que dispusiese de su hacienda (que no era corta) y se la traxese con la suya. En este tiempo que me comunicaba por cartas con Doña Victoria, tuvo ocasion mi padre de coger algunas, con que se satisfizo de mi amor. No le pareció la eleccion imprudente, viendo las virtudes de mi dueño, y las deudas en que me habia puesto su liberalidad; y así me escribió, que gustaria del casamiento, fingiendo que no habia sabido nada, y que él de su voluntad, por estarme tan bien, lo habia tratado. Últimamente (¡ó nobles amigos!) yo le espero con mi esposa, con mi hacienda, y con la de Don Cárlos, á quien ha de acompañar tambien Marcela, para que siendo igual el contento, sea mas comun el regocijo. Este es el estado que tienen nuestros sucesos; este ha sido el principio de nuestras fortunas; este el término de nuestras desdichas; y estos nuestros pasados accidentes. Seré como en lo demas dichoso, si hubiere merecido teneros este rato divertidos.

Agradeciéronle todos la narracion y el deseo, en particular Hipólito, como quien habia grangeado mas noticia de la

nobleza de Aminta. Alegróse de ver que fuese tan grande la amistad que con su hermano tenia, pareciéndole, que en qualquiera ocasion le podria ser de importancia: quisiéronse despedir Alexandro y Don Cárlos, y acompañarlos Leonardo é Hipólito; mas la cortesía de estos se dexó vencer de las excusas de aquellos, con que dexándolos alegres en compañía de Feliciana, los dos nobles mancebos se ausentáron, cuidando de que el sueño pusiese en quietud á los sentidos, á quien divierte y atormenta el cuidado, la hermosa variedad y el desvelo.

DISCURSO TERCERO.

Siempre da la esperanza cuerdo alivio al ánimo que la tiene, y siempre ordenada á la posesion del bien entretiene, aunque dilata el conseguirle. No estaba sin ella Hipólito de hallar al nuevo empleo de su voluntad, y al noble objeto de su amor, la hermosísima Aminta, á quien estaba rendido, y á quien perdió casi al mismo punto que llegó á conocer, antigua pension de los bienes humanos, y manifiesta experiencia de la inconstancia del siglo. Asistia en aquella ciudad mas de lo que sus ocupaciones le pedian, por no desviarse del lugar en que le parecia que podria hallar tan dichosa prenda. Visitaba á sus amigos Alexandro y Cárlos, teniendo con ellos y Leonardo muchos ratos apacibles, con que tal vez se divertia en sus penas, y tal se consolaba en sus pasiones. Dos noches despues que Alexandro habia referido sus

accidentes por el estilo que en el pasado discurso quedan dichos, se halló á deshora en su compañía y en su casa. Despidióse para volver á la suya: dió brevemente vuelta á una esquina, y oyó diferencia de instrumentos, que suavemente templados, eran desvanecido adorno del viento, y blanda lisonja del oido. Paróse un poco, deseoso de ver si á tan acorde música acompañaban algunas voces, y viendo que su imaginacion no era varia, acercándose mas, escuchó repetir con dulces quiebros estas décimas: por ellas se advierte que el sugeto á que se ordenaban, era á una dama que decia mal de su galan, á quien queria bien.

Viendo que Lisi desprecia
Las mismas prendas que estima,
Con justa causa se anima
Mi amor á pensar que es necia,
Mas como atenta se precia
De ver que soy su trofeo;
Me dice: si en este empleo
Te causa la lengua enojos,
Atiende, ó Marcio, á mis ojos,
Que son lenguas del deseo.

Presume que en decir mal,
Consiste el quererte bien,
Y que mi propio desden

Hacé á mi amor mas leal:
Tiene con empeño igual
Mi lengua en varios desvelos,
De mis mismos ojos zelos:
Quiere vengarse; y así
Toma la venganza en tí,
Ya que no puede en dos cielos.
Advierte que quando el oro
Se apura, el metal se ausenta,
Que primero fué su afrenta,
Y le quitaba el decoro:
Esto mismo en el tesoro
De mi pecho y mi hermosura,
Imitar mi amor procura:
Son las injurias metal,
¿Qué importa que diga mal,
Si es oro amor, que se apura?
Antes se vendaba amor
Los ojos, siendo disfraz,
Para matar en la paz
Con mas oculto rigor:
Ya su discurso es mejor,
O Marcio, pues he advertido,
Que en la boca la ha traido,
Y que quiere que se entienda,
Que las injurias son venda,
Para andar desconocido.

Entretenido Hipólito con tan suave música, estaba discurriendo en las cosas que los hombres han inventado para el

regalo de los sentidos. Dexó de pensar en ellas, por atender á un romance jocoso que dos músicos en competencia cantaban, diciendo cada uno para mayor diversidad una copla: fué muy de su gusto por mostrar el poeta enfado y cansancio con los celebrados zelos de Bras, y tenerle no pequeño. Atendió por esta causa con mayor cuidado, y pudo percibir que decian de esta suerte:

Despues que de la cabaña
Diste en quererte ausentar,
Yo no sé, Bras, qué nos quieres,
Que tanto nos mueles, Bras.
Si Menga te ha dado zelos,
Antes te debes holgar;
Porque quien da alguna cosa,
Siempre tiene lo que da.
De que fueses cosquilloso
Nunca hice yo novedad;
Porque cosquillas de zelos
No perdonan el sayal.
Acaba ya de una vez,
Bras aguero, Bras azar,
Bras dedo malo, que todo
Topa en tí, y en todo está.
Eres de casta de azeyte
En lo que cundiendo vas;
Y en lo que duras, un suegro,
Para quien le ha de heredar.

¿Con quién te dió zelos Menga?
¿No ves, que es temeridad
Hacer los zelos secretos,
Agravios de par en par?
Si te ausentaste zeloso,
Paréceme que estarás
Nunca diciendo de sí,
Siempre acercándote mas.
Zelos son mala semilla,
Pues quien los suele sembrar,
Coge en la frente avellanas
Con la color de nogal.
Bras, quien como tú se ausenta,
Pudiéndolo remediar,
Se aparta para ser brabo,
Ya que se ha visto animal.
Aunque puesto á mejor luz,
Nadie negarme podrá,
Que eres discreto, pues tienes
Condicion de no estorbar.
No vuelvas mas en tu vida
A acabarnos de matar,
O ruego á Dios, que si vuelves,
Todo te suceda mal.
Que si dentro de la aldea
Te hallares la Navidad,
Llevando á Menga á maytines.
La enamore el sacristan.
Si acaso corrieres toros,
Queriendo darla solaz,
Te halles á vista del pueblo

En el puro cordoban.
Que la noche de la boda
No se cansen de baylar,
Quantos hacen por envidia
Lo que parece amistad.
Que pierdas quando jugares,
Y que ganes sin jugar,
Por hacer bien enemigos,
Y un tanto por meter paz.
Que si alguna vez tuvieres
Rencor con otro zagal,
Le veas querido, y le veas
Enriquecer y medrar.
Que nunca mires contenta
De Menga la hermosa faz,
Que esté con Anton risueña,
Y lo sepa tu lugar.

Con esto se acabó la sonora música, y quedó Hipólito alegre con el gusto que le habia adquirido el romance, y desembarazado para poder proseguir su viage con la ausencia de los músicos. Volvió á pocos pasos la esquina de otra calle, á tiempo que salia de la mas propinqua casa una muger presurosa; las señas que entónces pudo advertir Hipólito en su persona, ayudado de la luz que Venus comunicaba escasamente, eran estas. El cuerpo crecido y ayroso, el rostro se le ocultaba el manto, cuya parte inferior

del negro velo llevaba recogida sobre el izquierdo brazo: á él juntaba un pedazo de la ropa, cuyo resplandor unas veces lucia, otra deslumbraba, y todas acreditaban la riqueza de su dueño. Sobre el delgado manto llevaba puesta la falda de la saya, y descubria en su ausencia un faldellin, con tantas guarniciones de plata, que se hacia dudoso el conocimiento de la tela sobre que estaban puestas: á toda esta riqueza quitaban su lucido crédito las hermosas manos de la dama, pues demas de ser blancas, se adornaban de buen número de brilladores diamantes, piedras á quien estimamos, no sé si por la virtud de su naturaleza, ó por la lisonja con que siempre se burlan de la vista, ya negando, y ya concediendo entre sus visos inconstantes luces. Llegó á él llena de turbacion y cortés, si bien desalentada, y le dixo: caballero, si acaso lo sois, y os puede obligar el ruego de una muger necesitada de vuestro amparo, encarecidamente os pido me libreis de un hombre, á quien aborrezco necio, y me persigue atrevido. Con el sobresalto no se detuvo á esperar la respuesta, ántes por adelantarse mas ligera, se desembarazáron los pies del leve peso de unos chapines, á quien juntamente defendian y adornaban, repartidas á trechos,

tres cinturas de plata; cogiólos Hipólito, y apresurándose en su seguimiento, la dixo: señora, agravio haceis á mi valor, pues habiéndome mandado que se disponga á vuestro amparo, os ausentais, y le tratais de corto é inútil. No penseis que he podido atender á tanto, respondió, pues demas de no conocer vuestras prendas, mi temor es tan grande, que bastará á dexaros satisfecho. Pues desde ahora (añadió Hipólito) será injusto, ya que teneis quien os ampare, y quien no duda perder por vos la vida. En el tiempo que gastó en estas cosas tuvo el noble caballero lugar para ver que un hombre salia de la misma casa, de donde la dama habia salido; el qual con toda diligencia se acercaba á ellos. Quiso volver á la noble señora con violencia, mas puesto Hipólito en medio, le habló con resolucion de esta forma: hidalgo, habiéndose valido esta dama de mí, si bien no la conozco (con esto cesará en vos toda sospecha) por quien soy debo ampararla, y no permitir que reciba daño alguno, y al que lo intentare y no procediere muy cortés, miéntras á mí me toca el defenderla, le haré que pague su atrevimiento con su sangre, y su inadvertencia con la vida. Detúvose un poco el desconocido mancebo, y á las razones que

la dama decia (que todas eran en órden, á que Hipólito no la desamparase) respondió: yo tengo la culpa de que vos me hayais puesto en estos lances; mas si el cielo no me niega la vida, en lo futuro enmendaré lo que hasta ahora he pasado; y cobraré con vuestro castigo satisfaccion de los pesares que tengo. Antes estoy muy léjos de este parecer, le dixo Hipólito, pues primero que os permita que la tengais á vuestra disposicion, me habeis de referir la causa de este enojo, me habeis de prometer no hacerla agravio, y aun tengo de saber que tiene gusto. Yo no puedo tenerle jamas, respondió la afligida señora; y supuesto que vos os determinais á hacer cierta esa promesa, bien sé que quedaré segura en tantas penas como me atormentan, y libre de este necio y de mis daños. El colérico mancebo hacia diligencias para llegarse á ella, é Hipólito, puesta la mano en la espada, se lo impedia resuelto: él la decia malas razones, y la injuriaba con renombres de vil, atrevida, é infame, é Hipólito se cansaba de oirle, y de esperar que reportado se detuviese. La dama le hablaba en el mismo lenguage, y le decia que el cielo era testigo de los desvelos, y el cuidado con que habia guardado su honor, y que nadie podia po-

ner la lengua en él, que no fuese infame, ó mintiese. Cansado el noble Hipólito de tan necia porfia, habiendo consultado las palabras que habia de proferir con su entendimiento, para que fuesen cuerdas, le dixo: no puedo acabar de percibir á qué título tratais á una muger de esta suerte, porque siendo vuestra, quantas infamias la decis, todas son en vuestro perjuicio, y de todas teneis el mayor daño; y si es agena, cometeis grave injusticia, queriendo tratar mal con las obras, é injuriar con palabras á cosa en que no teneis parte: acabad, pues, de reduciros; creed que tengo de ampararla, y persuadíos á que si alguno me hubiera conocido, por lo que á mi sangre debo, no hubiera esperado tan largos términos, sino que os hubiera castigado el atrevimiento de no tener á mi persona respeto, dando título de injuria mia, á lo que bien mirado es ignorancia vuestra.

El hombre no entendia estas razones, ni cuidaba del enojo de nuestro caballero; ántes como un loco, cuyos pensamientos se dirigen solamente al fin de su aprension, siempre perseveraba en su intento, y procuraba lo que al principio habia deseado, que era vengar con las manos, y satisfacer con golpes el enojo

que traia: mil veces estuvo determinado el alentado Hipólito á meter mano á su acero, y acabar con su muerte lo que no podia con persuasiones, cordura, y cortesía; mas viendo que era mucho empeño por tan leve causa, y que seria posible hallarse despues arrepentido, dexó de reducirlo á efecto, y de tomar los consejos que ciega da la cólera á un corazon atrevido. Procuró por estas causas tomar otro medio, que fué el de la blandura, y comenzó á disponerle con palabras corteses, diciendo: no soy yo tan ignorante, que no haya conocido quantas penas suelen atormentar á un pecho ilustre por medio de una pasion; ni ignoro por los efectos que mostrais la que en esta ocasion padeceis. Presumo tambien, que no habrán nacido sino es de grave causa; y así os suplico, que os aprovecheis mas de la cordura que del enojo. Yo no he intentado jamas cosa distinta, de que me tengais por vuestro, y que advirtais, quando os desapasioneis, que os he servido mucho en reportaros, y que á veces hace cosas la cólera, que despues de haberlas llorado los ojos, no las puede remediar la prudencia: claro está que volverá adonde gusteis esa dama, puesto que yo pretendo solamente que pase este rigor en vues-

tro pecho, porque no os halleis mañana arrepentido de lo que executáredes ahora: llevarémosla los dos hasta en casa de cierto amigo mio, para que en compañía de una muger anciana, cuidadosa y prudente pase la distancia de esta noche, en cuyo tiempo vos desenojado la acertareis á tratar con mas respeto, yo satisfecho os la podré entregar sin temores de su riesgo; y lo que mas es, sin pérdida de la reputacion en que me ha puesto este empeño. Redúxose el ayrado mancebo á este parecer, que la cortesía, solo no halla lugar en los ánimos viles ó ignorantes. Viendo Hipólito que ya le tenia reducido, se llegó á la bizarra dama, que buen trecho se habia apartado de ellos, y la dixo el medio que se habia tomado; ella se excusaba todo quanto podia, y él la procuraba persuadir, diciendo, que no pensase que intentaria cosa que fuese contra su gusto, que hiciese lo que la rogaba, pues libre por entónces de las manos de aquel hombre, á quien decia aborrecer con tanto extremo por su necio proceder, podria decir, que no queria volver mas á sus ojos. Miéntras Hipólito estaba diciendo estas razones, la noble dama no quitaba de su rostro la vista, procurando averiguar con ella las dudas en que le ponia de una

parte la dicha de verle, y de otra la diferencia del vestido. Venciólas todas con preguntarle el nombre; y ya llena de interior regocijo, dexó que el afecto venciese á la vergüenza, y le echó amorosamente los brazos. Acompañó á estas demostraciones de alegría, con una dulce copia de palabras, diciendo: ya es piadosa mi fortuna; ya es dichosa la suerte que poseo, pues he hallado á la causa de estas penas para que las remedie. Quiso saber Hipólito quien era, á cuya diligencia le fué respondido, que dexase por entónces de ser curioso, que tratase solamente de mirar por quien no le pesaria de haber defendido, y que seguro de esta verdad dispusiese ya de su persona como le pareciese mas conveniente. Pues estais conforme (respondió Hipólito) y dispuesta á quanto yo os ordenare, y no quereis manifestar mas de lo que ha bastado á dexarme lleno de confusiones y dudas, obedeced este medio por ahora, que el tiempo descubrirá lo que debemos hacer en lo futuro. Con esto, por parecerle que estaria bien en compañía de Violante la criada de Alexandro, y por estar mas cerca, determinó dexarla con ella. Volviéron todos juntos, aunque el mancebo siempre desviado, á la casa en que habia de quedar la encubierta dama:

llamó Hipólito á la puerta, y salió á abrirle la referida Violante. Encargó el cuidado y buen acogimiento de la prenda que le entregaba. Prometió hacerlo con todas sus fuerzas la piadosa anciana, y cerrando su puerta, le dió lugar para que volviese adonde el desconocido mancebo esperaba: hablóle Hipólito en órden á aplacar sus enojos; y despues de haber ya con exemplos, y ya con razones persuadídole á ello, parte deseoso de saber la causa de aquella novedad, y parte curioso, por haber entendido que la dama le conocia, y haberle dicho que él era la causa de aquellos pesares, le rogó encarecidamente que le dixese quién era, y qué ocasion se le habia dado á aquella dama para que saliese de su casa tan á deshora, pues en la resolucion que habia tenido, no parecia su propia muger. A estas razones tuvo respuesta en la siguiente forma: caballero (bien os acredita el trage que lo sois) caminemos hácia vuestra casa, que en el camino podré satisfaceros en parte de lo que me preguntais: mi nombre es Don Enrique. Apénas oyó Hipólito este nombre, quando como si despertára de un sueño, advirtió que sin duda era la dama Aminta. Culpaba entre sí mismo su corto conocimiento, y disculpábase tal vez con el

recato que ella habia tenido, y la cautela con que se habia guardado. Veía que Alexandro en su relacion habia hecho memoria de él, tratando de la traycion de Valerio: consideraba que Aminta le habia llamado quando llegó él la primera vez á sus ojos, como queda referido; y últimamente, que en esto habian tenido fundamento las razones que le habia dicho, quando le encareció, que cuidase de su defensa, con cuyos discursos quedaba cierto en su imaginacion, y alegre con tan dichoso hallazgo. Quiso añadir mas certidumbre á esta verdad en las palabras de Don Enrique; y dexando tantas conjeturas, atendió á que proseguia, diciendo: fuí en mi patria estimado, y siempre me precié de bien nacido. Rico seriades, respondió Hipólito, porque para la estimacion, si falta la riqueza, suele aprovechar poco la ilustre sangre y noble nacimiento. Bien pudiéron mis padres, añadió Don Enrique, tener crédito entre quantos poseian abundancia de bienes de fortuna. Soy en la nacion extrangero, y confieso que en las razones poco cuerdo, pues os voy cansando con ellas tanto, en lo que os importa tan poco. Dexando, pues, la abundancia con que me pudiera dilatar, para otra ocasion, diré solamente lo que fue-

re necesario para responder á vuestra pregunta. Para esto supongo que no es mi esposa, ni aun puedo asegurar que mi dama, pues si bien la he procurado reducir á mi parecer por la distancia de un año, en todo él no he tenido de su mano favor que no seà lícito y honesto. La causa de no haber llegado á ser su esposo, excuso referiros, así por ser larga, como porque la primera vez que me ois, no quiero quedar con vos acreditado de necio: la que ahora ha dado fundamento á nuestros pesares es haberla visto retirarse en mi amor, y ver helados sus fervorosos afectos. ¿Qué desatinos no intentará un amor, primero favorecido, y despues despreciado? No permitais, pues, que traiga á la memoria tan declaradas penas, sino dexad que os ruegue que perdoneis mi deslumbrada furia, y que os suplique, que acepteis en mí un amigo, si por vuestro medio vuelvo al primer estado de mi amor, y de la correspondencia de Aminta, este es el nombre de la dama; el qual no fuera razon ocultaros, quando intento por vuestra cordura mi remedio.

A este punto llegaba Don Enrique, quando vió Hipólito que venia un hombre pot la misma calle encubierto, el qual

apénas llegó al espacioso y obscuro portal de una casa, que cerca de ellos habia, quando saliéron dos hombres: preguntáronle si era Laurencio, y respondiendo que sí, le diéron dos puñaladas, de que cayó en el suelo mal herido. Huyéron los agresores del alevoso delito, y llegáron Hipolito y Don Enrique, por si su cristiana piedad le podia ser de importancia: quedó Hipólito lastimado de verle, y Enrique conoció en él á Laurencio, un criado que habia tenido en Bolonia, y que como despues sabrémos, habia ocasionado los disgustos de Aminta. Comenzó á llamarle por su nombre; y el desdichado mozo, conociendo á quien le hablaba, viendo cerca su muerte, y atendiendo á que era castigo de su delito el permitir Dios, por mano de sus mayores amigos, aquella desgracia, deseoso de satisfacer, quanto era de su parte, los daños que se habian causado de su malicia, despues de verse en los brazos de los dos caballeros, y de haberse puesto el mejor remedio que fué posible á sus heridas, dixo de aquesta suerte:

Piadoso es Dios aun con los que mas se apartan del justo término de sus preceptos; cosa que entre innumerables exemplos confirma patentemente el mio; pues me ha dado lugar al conocimiento

de mis defectos, y de poder manifestar lo que sin esta ocasion tuviera oculto. Bien te acordarás (¡ó noble Don Enrique!) de las libertades que te referí de Aminta: en la memoria tienes la aficion que te dixe que me mostraba, y que lo mismo que tú tanto has deseado, hubiera yo conseguido á persuasiones suyas, si no atendiera mas á ser fiel criado, que lascivo amante; pues hoy conviene que sepas lo contrario, y que yo afirmaba de su amor estas mentiras, no sé si por divertirte del suyo, ó por vengarme de los desprecios, que tan justamente hacia á mi vil atrevimiento. Estas heridas que tengo las recibí de la mano de un amigo mio, por otra falsa relacion de su dama, á quien (por ser leal á su amistad) no quise corresponder. De suerte, que en esta inocencia vengo á tener el castigo de aquella culpa, para que advirtiendo la causa de mi daño, procure excusar á la noble y piadosa Aminta el perjuicio que por mi traycion padece.

Oyendo semejantes razones Don Enrique, quiso acabar de matarle, para asegurar mas la venganza de su injuria. Detúvole Hipólito, y dexándole quasi en el último aliento, le apartó á un mismo tiempo de aquel lugar, y del pasado propósito. Llegáron con esto á la casa de

Leonardo, donde Don Enrique se despidió, asegurando de que no haria á Laurencio mas daño del que habia recibido. Quedóse Hipólito imaginando la novedad del suceso, y deseando saber mas dilatadamente los accidentes que habian dado ocasion á la confusa relacion de Laurencio. Divertíale de los demas cuidados el amor de Aminta, entre el qual advirtió, que segun se debia inferir de lo que refirió Alexandro, era hermana suya, y que él habia sabido por las cartas de su padre, que ella se habia ausentado de su casa ocultamente, sin que se tuviese noticia del lugar donde habia ido. Atento, pues, á todas estas cosas, y viendo que Alexandro era hombre de valor, y que si conocia á Aminta, podria executar en ella el castigo que merecia su atrevimiento, volvió con toda priesa á su casa, para llevarla adonde no tuviese este riesgo, que era en su misma habitacion; y como dexamos dicho, en casa del noble Leonardo. Disponia bien esta diligencia el haberse ausentado Don Enrique, y ayudaba fuertemente á ella el amor con que á la hermosa Aminta estimaba. Con la presteza que se debe presumir de un hombre, á quien tan apretadas y tantas razones mueven, llegó á la puerta de Alexandro, llamó á ella, y despues de

haberle conocido, abrió la misma Violante. Preguntándole Hipólito, que á dónde estaba la dama que él poco ántes habia traido, porque le importaba hablarla: Violante viéndole tan presuroso, respondió con alguna turbacion, que no estaba en casa, porque su señor Alexandro la habia sacado de allí, y la habia llevado consigo.

Mil pensamientos combatian á Hipólito en tan dudosa respuesta, quando él venia temeroso de alguna desdicha. Ya le parecia, que sin duda Alexandro por haberla conocido, la habia sacado de su casa, por hacer mas oculto el castigo: ya la juzgaba muerta, y perdido con ella el justo empeño de su amor: ya se quejaba de la resolucion con que se habia determinado tan fácilmente, sin reparar en que él la habia llevado, para que la sirviesen y regalasen en su casa, no para que su enojo se atreviese á ofenderla: y ya se encendia en rabiosa cólera, persuadido de que aquel agravio era propio, aunque fuese el daño ageno. Otras veces se consolaba, y le parecia que no habria sido tan cruel, que vertiese su misma sangre, sin mas informaciones de culpa. Púsose á esperar que volviese, para saber el fin que le habia obligado á sacarla á tales horas de su casa, y aun para vengarla,

si fuese cierto, el daño que en la inféliz Aminta presumia. Comenzó á hacer diversas preguntas á Violante con ánimo de inferir de lo que entre ellos habia pasado, lo que podria haber sucedido, y eran justos sus temores, en cuya respuesta no hallaba cosa que le diese consuelo. Don Cárlos estaba entónces ausente, con que Hipólito se desconsolaba mas, pareciéndole que aun hasta quien le reportase habia faltado en aquella ocasion, para que de todo punto á la mísera Aminta le faltase remedio. Cansado finalmente de esperar, viendo que la vuelta de Alexandro se dilataba tanto, determinó salir á buscarle, á donde le llevase su instinto. Anduvo diferentes calles, hasta que mejor aconsejado de su mismo entendimiento, vió que era ignorancia tomar tan grande cansancio, sin esperanza de algun provecho. Trató de recogerse á su posada, dexando para la futura aurora el desengaño y la manifestacion de aquel enígma que le causaba tan grave desasosiego. Llegó á ella bien ageno del gusto que le esperaba, y halló a la puerta á Alexandro, que habiéndole conocido, dixo: grande rato me habeis tenido con pena, ó amigo Hipólito, sin saber á qué determinarme, ó ya á buscaros, cuidadoso de que no os hubiese sucedido

algun disgusto, ó ya á esperaros en compañía de esta dama, para cuyo regalo no debió de ser bastante mi familia, pues yo he sido tan limitadamente dichoso, que no ha querido estar un punto en ella. Supe que su deseo se ordenaba á venir á veros y deciros cierto secreto, que ella afirma ser importante. Y porque pareciese que he deseado servirla, cumpliendo con las obligaciones que os tengo, la he traido á que os vea. En ese portal de vuestra misma habitacion está tan guardada de la luz, y tan escasa de razones, que ni ha tomado resolucion de entrar á una sala, ni se ha atrevido á hablar mas que con voz baxa, ó por señas. Confieso, que si no los disculpára el recato, para mí hubieran sido insufribles extremos. Ved, pues, lo que desea, y disponed de mi casa y de mí á vuestro parecer, seguro de que todos estamos obedientes á vuestras disposiciones. Agradecióle Hipólito el ofrecimiento, y visto que Aminta se guardaba con tanto cuidado, porque él no la conociese, le rogó que se ausentase, dando por causa el haber quedado su familia con desasosiego. Fuese con esto Alexandro, é Hipólito entró donde la noble dama estaba, midiendo el tiempo á siglos, que nunca los que esperan han conocido á los ins-

tantes. Hablóle con voz baxa, diciendo: ¡ay Hipólito, entre qué diversidad de penas me ha puesto esta noche mi desdicha! Quanto es posible, encarecidamente os ruego, que despidais á ese caballero que ha venido conmigo; pues en que él se ausente, consiste la importancia de mis bienes, la felicidad de mi gusto, y aun no sé si la conservacion de mi vida. Ya tengo adelantada esa diligencia, la respondió Hipólito, porque de presunciones he inferido lo que ya claramente en vuestro temor contemplo. Sosegad, ó hermosa señora, el pecho: auséntense tantos pesares, pues habeis llegado á estar libre de quantos miedos os pudieran saltear el gusto, y debaxo del amparo de un hombre, que ni tiene mas dicha que serviros, ni mas felicidad que veros, ni aun mas alegría que estimaros. Por bien empleadas doy todas mis desdichas, respondió la noble Aminta, pues con ellas he comprado el contento de hallaros, y la alegria de teneros en mi defensa. Con vos, ¿qué puedo temer? Y sin vos, ¿qué pudiera esperar, sino es mi perdicion y mi muerte? Aseguroos, que faltan palabras á la lengua, para explicaros mi alegría: mas qué mucho, si ya en su lugar quiere hablar con voz mas viva el corazon. Grande fué el correspondiente re-

gocijo que en esta ocasion Hipólito y Aminta tuviéron, quedando él de nuevo amante de su hermosura, y ella declaradamente enamorada de su cortesía, su término, su bizarria y sus prendas. Habíase pasado en estas cosas no pequeña parte de la noche, y así trató el felice galan, y favorecido amante de que descansase su dueño. Habló á Leonardo, y encareciéndole lo que importaba el regalo de aquella dama y el secreto, tuvo para ella blando lecho, y para su negocio mudo y quieto silencio. Rogó á Aminta, despues de haberse ausentado los criados, que se recogiese en la sala que se habia prevenido para su persona. Ella le obedeció, si bien confesando que el mayor descanso que podia desear era no carecer de su vista. Cerró por de dentro la puerta, y agradeció interiormente el haberla hospedado sola, quitando tal ocasion á la malicia de los que la habian visto prevenir posada; porque llegan á ser demasiadamente viles las mugeres que no procuran conservar la opinion, la vergüenza, y el recato. Recogióse tambien Hipólito á su quarto, donde esperó que diese su medio torno el sol, y nos restituyese la luz que con su ausencia nos niega. Despertó con su primera claridad el prudente caballero, y púsose á

pensar las cosas que debia prevenir, para quedar bien opinado con Don Enrique, y no perder la gracia, y presencia de Aminta. Que esto de consultar las dificultades con la almohada suele ser tan importante, que, ó las resuelve fácilmente, ó da medios para dexarlas vencidas. Vistióse despues de haber hecho varios discursos, y baxó á ver, si Aminta estaba entre los brazos del sueño. Hallóla, con ser tan de mañana, vestida; preguntó la causa, y entre dulces palabras advirtió que le daba esta respuesta. Siempre tendreis en la memoria, ó Hipólito, que quien ama, y sosiega, ó quiere poco, ó lo niega. Es amor una grave enfermedad del alma; y si lo reparais, pocas veces tiene quietud un enfermo. Averiguaba Hipólito en estas y en las demas razones, que no habló apasionadamente Alexandro, quando en su discurso trató del entendimiento de su hermana. Solia tener por segura opinion, y decia muchas veces nuestro advertido caballero, que el entendimiento es hermosura del alma, y que no se enamora por los oidos. Conociendo, pues, el que tenia Aminta, fuerza era que por instantes le enamorase de nuevo, y que juntando á la gracia y donaire corporal, la belleza interior, quedase de todas suertes pa-

gado de su amor, y rendido á tan hermoso objeto. Pusiéronse á tratar varias cosas en este breve rato (nunca á los amantes dexan de parecerles cortos) donde la discreta dama descubrió parte de los superiores quilates de su ingenio. Estaba cuidadoso Hipólito de que Don Enrique no viniese á quitarle tan agradables horas; para esto salió á poner á un criado á la puerta, que le negase, y enviar á otro que truxese diferencia de regalos. Hecha esta diligencia, volvió á lisonjear los ojos con tan apacible vista: por oirla eloqüente, la rogó curioso, que continuase la relacion que él mismo habia interrumpido, poco ántes que le sucediese la desdicha de perderla, quando aquellos villanos le prendiéron, y que en su discurso no ocultase la causa que la habia obligado á salir de su patria con Don Enrique, así porque gustaria de saberla, como por estar prevenido de lo que conviniese responder quando llegase á hablarle. Y últimamente, para que supuesto que ella tenia ya lugar en su pecho, le tuviesen tambien sus sucesos en su memoria. Habia acabado Aminta de adornarse el tocado: entró á esta ocasion Leonardo, y tomando un asiento cerca del que tenia Hipólito, lleno de vergüenza el pecho, de amor el alma, de elo-

qüencia la lengua, y de colores el rostro, dixo de la manera siguiente:

Ya os referí, si no he perdido con tantos accidentes la memoria, mi nombre y patria; ahora, pues, quiero que escucheis mis razones advertido, y que esteis á mis afectos atento, para que á mí, como á quien lo conoce de experiencia, creais en lo que á las mugeres sucede, y os enseñeis á comunicarlas sin riesgo; lo que mas pienso encareceros, es la prudencia con que es menester andar para tener felices fines en los principios que nosotras ponemos, ó en los casos que intervenimos.

Crecí hasta la edad en que con la razon mejoré mi discurso, y tuvo clara luz mi entendimiento; brevemente (nunca el tiempo pasado ha parecido largo) llegué á la adolescencia, con alguna inclinacion divertida: conocíala prudentemente mi madre, ó porque se extendia á tanto su prudencia, ó porque en la tierna edad, como en un cristal, se descubren las inclinaciones de los niños, haciendo en cosas pequeñas, lo que despues en las mayores executan. Teníala cuidadosa todo este tiempo ántes que me dimitiese, y así infiero que muchas veces es felicidad no advertir tan atentamente los daños para no comenzar á

sentirlos tan presto, si bien suele importar para remediarlos. Quiso comenzar á conseguirlo, y para esto trató de enseñarme la filosofia natural, la moral y la retórica, lo qual pudo hacer con facilidad, por haber gastado en el estudio de estas ciencias algunos años, y ser en qualquiera de ellas eminente. Tomó este medio mi madre mas que otro alguno, pareciéndole que la filosofia me daria conocimiento de las virtudes, que hace al que las admite perfecto, y que juntamente tendria desengaños con que apartarme de los males que ella tan cuerdamente en mi libertad presumia. Puse todo cuidado en estudiarlas, y llegué á conseguirlas con tan felice brevedad, que tenia con admiracion á quantos informados de mis pocos años me oian. Consumia de esta suerte el tiempo, hasta que llegué á tener diez y seis, y digo hasta que llegué á tener, porque aunque los que se pasan, hablando propiamente, son los que no se tienen, los que se gastan en los estudios, ó en el exercicio de las virtudes, solamente no se pierden, pues, ó duran eternamente en el premio, ó se dilatan en las mismas ciencias á toda la distancia de la vida. Como la doctrina, y la ciencia no se pueden ocultar, por mas que haga el recogimiento en unos, y la humildad en

otros, yo grangeé dichoso nombre con mis estudios. La hermosura que habia adquirido con la edad era la que veis, y en opinion de algunos tan grande como el nombre; y así, ni habia forastero, ni quedaba natural, que por docta no me visitase; por hermosa me quisiese, y por uno y otro, me alabase. Holgabame yo de oirlos, y por verme lisonjeada de estas glorias, y á ellos admirados de mis discursos, tan léjos estaba de excusar las visitas, que muchas veces las deseaba, siendo principio de mi perdicion, lo que se habia ordenado á mi quietud; porque yo os aseguro, ó Hipólito, que pensar con diligencias nuestras, mudar los naturales de los hijos, sin acudir á Dios, es engaño de la providencia humana. Yo me perdí por sábia, si otras por ignorantes, de donde se ha de inferir, que para que una muger cumpla con sus obligaciones honrosamente, ni ha de ser tan necia que no sepa hablar, ni tan bachillera que pierda de vista su cortedad, ni tan escasa de discurso que no entienda lo que toca al gobierno de su casa, ni tan entendida que tenga parte en el de las agenas, ni tan ignorante que no perciba lo que la hablan, ni tan presumida que penetre mas de lo que la dicen, y en caso que haya de declinar á algun

extremo, no sé qual es peor, solo advierto que yo he llegado á este estado, y al que luego sabreis, por levantarme sobre mi mismo ser con tanto exceso.

Visitada de muchos, y galanteada de tantos, ¿quién duda que alguno me inquietaria? Guárdese la mas cuerda de ser vista, de ser rogada y lisonjeada; teniéndose sabido por mi exemplo, que ni la ha de bastar agudeza, ni la ha de ser de importancia recato, ni aun la ha de valer presuncion (con ser quien mas suele guardar á quien la tiene) para no verse vencida. Juntaba yo á las demas prendas lindo donayre; plugiera á Dios que él y ellas me faltáran, y que la naturaleza no anduviera conmigo liberal, como madre, sino esquiva como madrastra, negándome dotes con que pudiera enriquecer á muchas; pues á quien emplea mal sus dones, en las mismas gracias la da su perdicion, y en sus donayres su muerte. Entre los muchos que me celebraban, me incliné á un mancebo que se llamaba Don Enrique, que es el que anoche dió causa á que yo tuviese la dicha de encontraros. No puedo decir que esta inclinacion fué amor, porque raras veces se rinde á uno persona á quien celebran muchos.

• • •

Demas de que el amor para ser perfecto, ha de ser solo, y como yo oia las alabanzas de todos, y amaba las alabanzas, queria tambien á los que me las decian. Este era el modo de mi amor, esta su naturaleza: de aquí se podrá inferir, que repartido entre tantos, le cabria muy poco á Don Enrique. Mi hermano andaba sin demasiado cuidado en mis desvelos, ó porque le debia de tener en otra parte, ó porque hay algunos hombres tan bien intencionados, que no conocen al engaño, ni han visto su feo rostro á la malicia, ni les ha inquietado la sospecha. Tenia por esta causa lugar de ver á mi amante y escribirle, gastando entretenida mucha parte del tiempo. Procuraba él regalarme con diversas cosas, de las quales (no obstante que tal vez las deseaba) jamas las recibia, pareciéndome que es muy corto viage el que hay desde recibir hasta dexarse obligar, y que quien se obliga debe corresponder fiel, ó padecer peligro de ingrata. Hacíale otro galan competencia en su amor, llamábase Valerio, y era hombre de tan viles costumbres, tan baxos pensamientos, tan corto entendimiento, y tan sobrada malicia, que quanto imaginaba, decia, aunque se engañase; y tal vez, aunque supiese que era cierto lo contra-

rio. Por esto, y por el aborrecimiento natural, que yo tenia á hombre tan infame, estaba cansada de su porfia, enfadada de su amor, y deseosa de que me dexase. Hice para conseguirlo que le hablase Don Enrique; confieso que en esto anduve necia, porque quien envia á un mozo galan, entendido y de los que tratan de amor, y traen bien ocupado el gusto, á que haga sus partes, hable en sus negocios, y responda á sus causas, desde luego le da título de suyo, y le manifiesta por su prenda. Hizo Don Enrique lo que le dispuse; y finalmente nuestro amor quedó declarado para con el injusto Valerio. Este atrevido é ignorante, por envidia y por zelos, habló una noche tan vilmente en mi honor, en presencia de mi mismo hermano, y un amigo suyo, llamado Don Cárlos, que se viéron obligados á matarle, para volver por mi honor, y satisfacer su injuria. Quedó de esta suerte él castigado, mi amante ausente, y ellos de manera ocultos, que muchos dias fuéron tenidos por muertos. Tarde las inclinaciones traviesas se sosiegan; y así, aunque por algun tiempo se limitó nuestra correspondencia, al cabo de él me escribió Don Enrique una carta, diciendo que estaba en un lugar pequeño cerca de la ciudad, conti-

nuando el mismo amor que primero me habia tenido, aunque con esta diferencia: que ántes estaba satisfecho del mio, y entónces temeroso de alguna mudanza, porque demas de conocer mi condicion, me veia con mil antojos de rezelos, que le hacian mis atrevimientos mayores. No me admiraba yo de esto, porque los zelos tienen su enemigo en su imaginacion; y como las cosas imaginadas son mas grandes, mas penas tienen ausentes que presentes. Escribíale reprehendiendo sus presunciones; y sin tener remedio en ellas, él las continuaba por instantes. Esto ha sido lo que (como despues vereis) tiene en infelice estado su amor y mi agradecimiento. Envié á decirle un dia que no se cansase con zelos tan injustos, sino queria avisarme para que se los diese, y que reparase á que quien pide zelos sin causa, se hace perder el respeto; pues en la mas cuerda opinion, aun quando sean ciertos, no se han de pedir, sino castigar, supuesto que quien está zeloso, se confiesa agraviado, y que los agravios ántes se han de vengar callando que publicarlos, diciendo: obligado de aquestas persuasiones, se limitaba en parte su imaginacion, y se proseguia nuestro amor, viniendo muchas veces encubierto y desconocido á verme. Agradecíale yo este

atrevimiento, mas por el peligro á que se ponia, si fuese descubierto de los parientes de Valerio, que por el interés que adquiria con su vista, porque antigua condicion nuestra es estimar los grandes riesgos que por nosotras se emprenden; debe de ser porque así nos satisfacemos de que es grave la estimacion en que somos tenidas, pues nos anteponen á los precisos daños.

Diéron aviso á mis padres, y espantados del pasado suceso de Alexandro, tratáron de convertir en violencia lo que habia sido blandura, y mostrarse los que primero apacibles, despues excesivamente rigurosos. Consultáron el medio con que me quitarian la comunicacion de Don Enrique, y digo mal que consultáron, pues el que se executó, no parecia haberle prevenido el discurso, sino el enojo y la pasion. Metiéronme en el lugar mas ínfimo que la casa tenia. A tan vil circunstancia, se llegaba el estar apartado de la comunicacion de la familia, y el ser tan obscuro, que no entraba en él la luz si no es quatro horas cada dia, que eran las que el sol bañaba los umbrales de la puerta que el aposento tenia, por cuyos resquicios entraba. Allí estuve mucho tiempo encerrada, pasando la vida mas triste, mas ociosa y mas

infeliz, que jamas habia llegado á mi imaginacion. No se permitia que me viese, sino es una criada, que entraba á cuidar de mi limpieza algunas tardes, quedándose (miéntras ella estaba adentro) mi madre á la puerta, para volver á cerrar, y llevarse las llaves de dos cerraduras con que la puerta estaba defendida, y yo guardada. Veíame con todas estas prevenciones afligida, con la falta de libertad, pesarosa; y con el rigor de mis padres tan determinada á qualquier empeño, que como hubiera ocasion, no dudára salir de aquel lugar, aunque fiára mi vida de quien ménos la estimára. Ingénuamente os confieso, que ántes debiera de ser la inclinacion que tenia á Don Enrique entretenimiento, y desde que me comenzó á costar tantas penas, no sé si le tuve amor; porque si se suele estimar mas lo que mas costa nos tiene, cierto es que yo habia de apreciar mas su amor despues de tan graves pesares, que ántes de haberme costado las pasadas penas. De donde advertirán los padres, que el remedio de las hijas no consiste en tratarlas con aspereza, ni castigarlas, quando se ha manifestado su amor, sino en guardarlas ántes que comience. Quisiera dar cuenta de mi afliccion á Don Enrique, mas

las dificultades que habia, desmayaban á mi esperanza; y así nunca intentaba los medios. El tambien andaba cuidadoso, por haberse informado del género de vida que tenia por su causa. Como el amor es tan gran arbitrista, en órden á conseguir sus intereses, le dió traza para que llegase un papel á mis manos, y fué hacer que un criado suyo, natural de esta ciudad, llamado Laurencio, entrase á serlo de la casa de mi padre. Tuvo efecto la entrada, y juntamente el dármele por el resquicio de la puerta; abríle, y despues de varios encarecimientos del pesar que tenia de no verme, y saber mi penosa prision, decia, que mirase lo que pensaba hacer, y si queria, ó podia tener medio en librarme, porque en nada pondria duda su amor, sabiendo que era gusto del mio. Avisóme tambien de que podria fiarme de Laurencio, criado de mi padre, puesto que lo habia sido con intento de favorecerme en la ocasion que se ofreciese. Parecióme que este habia de ser el remedio de mis penalidades, y que tendria breve efecto si yo escribiese á Don Enrique la traza diabólica que tenia pensada, para que no obstante el cuidado, las llaves y encerramiento con que mi madre me guardaba, pudiese hacer de aquel tenebroso lu-

gar, y luego de la ciudad ausencia; mas como pocas veces hay amor necio, ni prision ó soledad que no sea contemplativa, junto con esto, no ser mi ingenio limitado, ni mi sutileza menor, pensé una traza admirable. Creo, si no se engaña mi imaginacion, que os parecerá prodigiosa, y nunca vista, y que os desengañareis de que muchas mugeres tienen cordura é ingenio para prevenir, sutileza para discurrir, y presteza para determinar lo que desean. Rogué á la criada que le dixese á mi madre que ya que me negaba su comunicacion, no me quitase la compañía de los libros, pues eran amigos mudos, de que no podria recibir daño, ni mal exemplo, ántes bien el provecho de divertir el tiempo, y engañar tan prolixa soledad. No debió de recibir mal mi noble madre el deseo, pues brevemente volvió con algunos de los que á ella le pareciéron mejores, y una luz con que pudiese leerlos. Despidióse la criada, y sacando las tixeras de un estuche que conmigo traia, comencé á cortar de uno de ellos las letras, y á irlas juntando sobre otro papel; de suerte que quando habia menester las AA, buscaba en el libro las dicciones que las tuviesen, y cortadas de allí, las acomodaba adonde eran á mi propósito necesarias. Con

los fragmentos del pan, que me habia sobrado de la comida, las iba juntando, y tal vez unia á las demas una diccion entera, porque era toda necesaria á mi intento. De esta suerte le respondí sin demasiado trabajo; y por mi industria, si ántes tenia Don Enrique, quando me sobraba comodidad, papeles de mi mano y de mi letra, ahora, quando me faltaba recado de escribir, se los enviaba mejores. Lo que el papel le encarecia, era, que se dispusiese á sacarme de aquel aprieto, ó que si le parecia se ausentase al lugar donde habia estado por la muerte de Valerio, para que no le viese alguna persona de mi casa; y temiendo nuevas determinaciones mias, se hiciese mi clausura mas estrecha, pues para lo que yo le habia menester era para que me acompañase; para lo qual bastaba la persona de Laurencio. Decíale tambien, que el modo de librarme habia de ser poniendo fuego á la puerta de mi encerramiento, y que esto no seria dificultoso, supuesto que ya me baxaban luz, con que sin dificultad le pondria. Ultimamente le dispuse que avisase de esto á Laurencio, para que estuviese prevenido de acompañarme. ¡O quán agena vivia yo de los infames deseos de este vil criado, quando decia semejantes razones! Mas la ma-

licia de un ánimo traydor fácilmente se oculta á la noble intencion de un corazon leal. Esto, como advertí, era lo que contenia el papel, que por medio de mi diligencia, y del cuidado de Laurencio, llegó á manos de Don Enrique: el qual despues de haber pagado el porte liberalmente, le dixo lo que pasaba, y lo que habia de hacer, si queria que le estuviese siempre reconocido. El infame criado le prometió hacer quanto pudiese, con que aquel se volvió adonde estaba retirado para esperarme, y este á mi casa, diciendo que para tratar de obedecerle y servirle. Bien puede el ingenio discurrir en algunas cosas, porque las alcanza; mas prevenirlas todas, es imposible, porque ó no se les proponen luego, ó no le parecen importantes, ó lo que mas es, dependen de agenas intenciones, las quales solo á Dios son manifiestas, siendo qualquiera de estas causas bastante á hacer que no sucedan los casos como se desea, y á que se yerren los fines, saliendo á diferente término del que se imaginó, ó se previno. De esta verdad informo bastantemente el mio, pues quando yo esperaba dilatada paz en compañía de Don Enrique, hallé, como despues vereis, áspera, é intratable condicion para que fuese aborrecible, penosa, é infelice mi vida.

En el tiempo que Laurencio trataba con su dueño estas cosas, é imaginaba las que yo no sabia, iba llegando la luz que me daban á aquella parte del madero, donde los pestillos de las cerraduras entraban; y como la continuacion algunas veces tiene tanto poder, y otras aun mayor que la violencia, continuando poco á poco esta diligencia, puede dexar convertidas en cenizas aquellas distancias del seco leño, que me impedian la salida. Una noche, que á mí me pareció mas apropósito, por estar la familia mas quieta, me fuí al aposento de Laurencio, y le avisé de que todo estaba en disposicion que podriamos partirnos. El se dispuso á obedecerme; y si bien mi mismo atrevimiento me acobardaba, viendo que volver atras, y huir la ocasion en que me estaba, seria descubrir mi resolucion, y quedar de todo punto imposibilitada de hacerlo, me dispuse á todo quanto pudiese sucederme. ¡O quán necia anduve! ¡ó quán ciega! ¡ó quán ignorante en dexar la casa de mis padres, su amparo, su regalo y mis aumentos! Y ¡ó quántas veces me he visto pesarosa de no haber seguido sus consejos! Pensamos los hijos, quando no experimentamos lo que nuestros padres nos dicen, que sus reprehensiones nacen de su edad,

y no del conocimiento de nuestros yerros; mas quando por nuestro mal hacemos experiencia de sus verdades, no podemos hacer mas de confesar con el pesar de no haberlos obedecido, lo mal que hicimos en no seguir sus pareceres. Finalmente, me resolví, y le dixe si tendria valor para acompañarme adonde le llevase; respondió que sí, y gustosa de oir semejante respuesta, añadí que me siguiese. Tenia yo llave de la puerta principal de la calle, desde el tiempo en que estaba libre, y así no tuvimos dificultad en abrirla. Pareceraos cosa imposible lo que digo, ó por lo ménos dudosa en el crédito que merece, mas quedarán las dudas vencidas, si advirtiéredes á que yo soy muger, y entónces estaba determinada, y temerosa.

He pensado algunas veces, que pocos tienen con amor prudencia, ni con temor ingenio para prevenir atentos los inconvenientes; porque sino me engaño, el temor es una breve locura. Fúndase mi discurso, en que un loco, miéntras le dura el delirio, no trata de otra cosa, ni percibe mas especies de aquellas que se halláron en su fantasía al tiempo que enfermó del celebro, de donde nace que él siempre repite unas palabras mismas: así tambien un temeroso, impedi-

do de esta pasion, solo piensa lo que teme; solo cree lo que no espera; y solo atiende á lo que el temor le representa. Poníame delante el mio nueva y mas estrecha prision; nueva y mayor indignacion de mis padres; y nuevas y mas grandes penas mias; ¿cómo habia de pensar si no es en librarme, aun que me pusiese á otros riesgos á mi parecer menores? Al fin yo salí de la ciudad con mi desconocida compañía á la siguiente noche, habiéndome estado el dia que siguió á la que me salí de mi casa, encubierta en la de una amiga.

Mi aliento no era bastante á que dexase de fatigarme, y procurase descansar algunas veces; así por ser el viage á pie, y no haber dádonos mas prevencion el deseo de salir ocultos, como por el temor que llevaba de ser seguida por mandado de mis padres, y muerta á manos de su justa indignacion. No me habló Laurencio en un gran rato, de cuyo silencio empecé á estar rezelosa, porque quien calla demasiado en semejantes ocasiones, ó tiene mala intencion, ó piensa la execucion de alguna hazaña fea. A estos rezelos se siguiéron brevemente desconsuelos mios, y atrevimientos suyos, pues empezó á declararme su amor, á manifestarme su pecho, y aun á ame-

nazarme con alguna violencia á que asintiese a su voluntad. Ved quán presto comencé á hacer experiencia de los males que habian de nacer de mi pasado yerro: mas como, estando de mi parte la razon, eran tantas mis fuerzas y mi defensa tan justa, comencé á decirle tales razones, y á proponerle la fealdad de su delito, de suerte, que advertido de mi resolucion, no se atrevió á proseguir en su lascivo deseo; ántes cuidadoso de que yo no dixese á Don Enrique lo que pasaba, en llegando al lugar en que nos esperaba cuidadoso, quando le tuvo de poder derramar la ponzoña de su rabiosa lengua, procuró adelantarse, y comenzó á manchar la limpieza de mi honor, diciendo, que me habia visto en el tiempo que habia vivido en mi casa, cosas indignas de muger, que habia de ser su esposa, y que mirase lo que hacia, porque habia llegado mi libertad á declararme con él, y publicar mis injustos deseos, de los quales habia yo tenido castigo en su reprehension, y su fidelidad; mas que por ningun caso me dixese, que habia tenido noticia de mi deshonesta resolucion, pues era fuerza que se supiese que él lo habia dicho, y que yo procurase la venganza; y últimamente, que él le referia todo esto,

no para que lo manifestase imprudente, sino para que se guardase cuerdo de quien tan mal sabia guardar su honor, y corresponder a sus obligaciones. Como Don Enrique tenia hecho de mí el concepto de que era muger que no excusaba las conversaciones vergonzosa, por manifestar mis agudezas vana, dió luego crédito á la infame y alevosa informacion de Laurencio, y comenzó á tratarme con diferente cortesía que á los principios. Llevaba yo pesadamente sus atrevimientos; y como ignoraba la causa, dexaba de aplicar el remedio. Por el peligro que tendria si me hallasen en su poder, se determinó á sacarme de aquel reyno, sino es que (como despues en los efectos advertí) quisiese alejarme de mi patria, para que viéndome mas agena de amparo, sus necedades y sus resoluciones estuviesen mas seguras de castigo. Encomendó su hacienda, y un razonable mayorazgo á un hermano suyo, para que cobrase la renta, y le fuese librando dineros adonde quiera que estuviese, y con esto nos partimos. Determinóse nuestro viage á España, por consejo de Laurencio, y para conseguirle, me embarcó en el puerto de Liorna.

Aunque yo veia en Don Enrique algunas asperezas, no temia su mal pro-

ceder, ni su villano término, porque se fia poco de sí quien teme violencias en nadie; y de paso quedará sabido que os engañan quantas dicen que puede la fuerza, lo que no admite la voluntad; porque á quien tiene honor para defenderse, mas fácil es morir que rendirse. Así quedará disculpado mi atrevimiento en seguir á un hombre que convertia en aspereza la apacible condicion de su amor; principalmente, si se atendiere á que no hay atrevimiento adonde no hay riesgo; ya que no le hay quando una muger sabe obligar con ruegos, y divertir con palabras, para no consentir en las obras. Finalmente, por no cansaros con las circunstancias de mi viage, ni deteneros con la diversidad de sucesos de ménos importancia, que en él nos aconteciéron, llegamos á Madrid, corte famosa de España, digna de dilatadas alabanzas, por el asiento de su sitio, y la afable condicion de sus habitadores. Alegréme de ver en sus damas el honesto adorno, la apacible hermosura, y el natural agradable. En los galanes la cortesía, el entendimiento y la bizarría de los trages, aunque en algunos me parecia superfluo, quando me decian: este tiene un oficio vil en la república; y este es oficial, que come del trabajo de sus manos, habiendo yo teni-

do al uno y al otro por grandes príncipes, segun lo costoso del vestido. Viví, pues, en esta ilustre corte dos meses con el mayor trabajo, con el mayor enfado, y el mayor desconsuelo que puede imaginarse; porque el vil Don Enrique intentó mil veces el hacerme violencia, sin atreverse á determinar lo que primero habia procurado, que era el ser mi esposo. Ausentóse Laurencio de la corte por ciertas heridas que dió, y díxonos que se venia á esta ciudad, de donde era natural; con esto cesáron parte de mis enfados, pues cesó uno de los que me perseguian. Callaba yo las aflicciones en que me veia con este traydor Laurencio, temerosa de que no me levantase algunos testimonios, como si él no se hubiera ya anticipado; y tal vez me obligó á padecer muda sus atrevimientos, porque procuraba en todas ocasiones defenderme de las tiranas manos de su dueño y mi amante (que tal vez saben ser piadosos los zelos), de donde despues llegué á persuadirme que los males que le referia de mi persona, eran con ánimo de que me dexase. Ausente, pues, Laurencio, comenzó Don Enrique á poner en mí las manos; y si ántes me injuriaba con palabras, ahora continuaba su aspereza, dándome algunos golpes, con que

• • •

yo quedaba deseosa de venganza, y daba tantos pasos atras en su amor, que la que ántes se pudo llamar inclinacion, ya era justo aborrecimiento. No me atrevia, viéndome falta de amparo, á dexarle, y así procuraba conseguir con prudencia y con blandura de razones, lo que no habian de alcanzar los desprecios. Un dia de los que él me cansaba con tan enfadoso proceder, le rogué me dixese lo que le obligaba á no querer por esposa á quien tenia merecimientos para igualarle, y él me contó todo lo que le habia dicho Laurencio. Quedé tan llena de enojo, no porque me habia quitado á Don Enrique, pues habiendo conocido su condicion, ántes le pudiera quedar agradecida, sino por haber llegado á obscurecer los resplandecientes rayos de mi siempre guardado honor, que determiné despues de la satisfaccion de Don Enrique mi venganza, la qual espero tomar brevemente, si no me falta la vida, para que vea quien se atreve á las mugeres, que tambien pueden ellas tener valor para satisfacerse de sus agravios.

Aunque sea interrumpiendo vuestro discurso (dixo Hipólito) cosa en que merece perdon por el gusto con que me oireis, quiero daros noticia de que el cielo permitió que se anticipase el castigo del

vil Laurencio, á la venganza que vos pensasteis tomar. Refirióle todo lo que la noche ántes habia sucedido, y que próxîmo á su muerte la habia disculpado, satisfaciendo á Don Enrique, y volviendo de la manera que fué posible, la opinion que la habia quitado. Alegróse con estas nuevas Aminta, y diciendo á tiempo se ha desengañado ese vil caballero, que el primer tormento suyo ha de ser este desengaño; prosiguió su discurso de esta suerte:

Empezó luego á distraerse con algunas damas de la corte, cosa de que yo, como ya le aborrecia, no sé si me alegraba; lo que sé es, que no sosegaba, persuadida del odio que á Laurencio tenia; y así procuré con todos los medios posibles venir á esta ciudad, y que Don Enrique me acompañase. Consegúilo brevemente, porque ha de pasar de dificil, lo que una muger si se determina no alcance. Pusímonos en el camino con ligera prevencion, pues solo dos criados nos acompañáron, y llegamos á aquel lugar, donde comenzó á ser mas feliz mi fortnna con la presencia de vuestra persona. La causa de hallarme sola, fué el habernos cogido impensadamente la furiosa avenida de aquel arroyo. Tuve en él la dicha de que me hallase en parte

tan alta, que no la cubrió el agua, al tiempo que á Don Enrique, y sus criados, por ir mas adelante, los cogió toda su fuerza, de suerte, que ni pudiéron cuidar de sí, ni de valerme. Suya era la espada que en vuestra mano fué despues quien nos excusó del rigor de aquella fiera. Aquí sucedió lo demas que sabeis, hasta que os apartáron de mí aquellos crueles villanos. La causa de no seguiros para procurar con muchas veras vuestra libertad, fué la desdicha de encontrar en el mismo camino á Don Enrique, que libre del pasado aprieto, andaba haciendo diligencias para hallarme. No bastáron las mias á hacerle que dexase de proseguir el viage para negociar vuestra libertad; y así al siguiente dia entramos en esta ciudad. Prevínose una casa donde pudiesen estar convenientemente hospedadas nuestras personas, que fué de la que yo salia tan apriesa, y tan á deshora. Hice diligencias para que llegase Laurencio á verme; mas no obstante que él veia á Don Enrique por allá fuera, temeroso de que yo hubiese sabido su infamia, y que seria posible que mi inocencia me hiciese hácer alguna demostracion justa, aunque fuese á costa de mi recato, siempre excusó el llegar á mi presencia; y segun yo advertia por los efec-

tos que veia en Don Enrique, proseguia sin duda con sus pasadas y continuas trayciones y falsedades. Al uno y otro aborrecia entrañablemente; á aquel por su traydora lengua; y á este por su villano, áspero é insufrible término; mas hasta mejor ocasion iba dilatando la venganza, que cada dia se alimentaba en mis entrañas, porque no consiste la cordura en anticipar el fin á los sucesos, sino en dársele feliz á lo que se desea. Tratábale algunas veces de mis deudas y vuestra cortesía, dándole grande pesadumbre tantos encarecimientos. Yo, que no entendia sus pesares, piadosa proseguia, y agradecida deseaba llegar á veros para pagar alguna parte de tantos beneficios. Alababa vuestro valor, repetia la apacibilidad de vuestro término; pintaba vuestra persona, y exágeraba vuestras prendas, con que en él se iban aumentando los zelos, y en mí el mal tratamiento, y las penas. No sé si anduve cuerda en decirle estas alabanzas, mas bien sé que él anduvo necio en decirme á mí muchos desatinos, pues algunas veces que yo me acordaba de la causa, con sus rezelos era mi despertador, y vuestro coronista. Quedaba con su porfia cansada, y con la memoria de vuestros beneficios deseosa de que los repi-

tiese de nuevo; tanto como esto puede el agradecimiento, en quien sabe ser reconocida. A tan extraño punto llegó con su ignorancia, que viendo que un dia no queria recibir cierto regalo que me daba, me rogó que le admitiese, interponiendo vuestra vida, lo qual hice yo con mucho gusto; no me acuerdo si por la inclinacion que desde luego os confieso, ó si por castigar tan manifiesto disparate. Hipólito, todos los zelos son necios; mas estos, sobre necios, insufribles, en tanto grado, que me determiné á confesarle lo que él no se excusaba de creer, aun estándole tan mal, y á pedirle que me dexase. Muchas veces tienen las mugeres mal término por su liviandad, y muchísimas por la culpa de los hombres, que indiscretos las obligan á lo que no imaginaban. Cierto es que mi correspondencia habia pasado de gratitud á lo que os debo, mas con el tiempo pudiera ser que se olvidára, si Don Enrique no lo traxera á mi memoria por momentos; de suerte, que de las penas que tuviere, él se ha tenido la culpa. Quien duda en algo, da razon de dudar á los que le escuchan, aunque primero lo tuviesen por cierto; y quien alaba á otro, hace reparar en las prendas de aquel, á quantos advierten su alabanza: ¿pues qué mucho, si Don En-

rique con sus zelos dudaba en mi amor, y con vuestras gracias me hacia reparar en que era justo estimarlas, que yo dudase en él, y las estimase á ellas? Con estas cosas viviamos cada dia mas descontentos, hasta que anoche con el enfado de sus temeridades, le hablé algo mas libre que solia. Quísolo intentar, y de hecho puso en efecto lo que jamas pensé, que fué quererme quitar la vida con una daga. Viendo esta resolucion terrible, me determiné temerosa á dexar su compañía; porque en solos dos casos tiene disculpa el hombre que pone las manos en una muger, que son, quando es propia, y le tiene gravemente ofendido en el honor, ó quando siendo agena, por vil, por infame y por comun, desmerece que se la tenga respeto. Dió la naturaleza á las mugeres, para que fuesen estimadas, tres dones; y para que se defendiesen, tres géneros de armas. Los dones son, hermosura, fecundidad y vergüenza: las armas fuéron, la lengua, la misma hermosura y su flaqueza: ¿qué es ver á una muger hermosa, á quien todos estiman, todos amparan, muchos sirven y algunos desean? Y por el contrario, ¿quánto es desechada y aborrecida una fea? La fecundidad es tan bien superior adorno nuestro, y de aquí nace, que la vejez

sea en nosotras formidable, siendo venerable en los hombres. La vergüenza es el tercer lustre, y tan importante á mi parecer, que todos los demas sin ella, son dignos de aborrecimiento. ¿Puede imaginarse hermosura, como la que adquiere una muger, quando baxos los ojos, cubre de carmin las mexillas, y sin responder á lo que fué causa de su vergüenza, provoca con la honestidad á veneracion, y con la hermosura á respetos? Para mí cierto es que no hubiera cosa que mas grangeáran la estimacion que se les debe. De las armas pudiera hacer largo discurso; pues apénas ha quedado filósofo que no haya tomado la pluma para decir los daños y los provechos que la lengua ha causado; las vidas que ha hecho perder, y los reynos que ha sabido adquirir. ¿Quién se atrevió á ofender, si no es bárbaro ó ciego á una muger hermosa? ¿Quál de ellas no tuvo disculpa y defensa para con los ánimos ilustres en su flaqueza? Dexando, pues, lo que parece ménos de mi propósito, por acudir á lo importante, digo, que viendo que á las injurias de su lengua se juntáron en Don Enrique, contra mí, las afrentas y los golpes de sus manos, me salí de la manera que visteis, á aquellas horas de casa, donde me sucedió todo lo demas

que sabeis; donde adquirí el mayor bien que en este estado pudiera imaginar; donde tuve por dueño de mi amparo á vos (¡ó Hipólito!) que habíades sido la causa del enojo; y donde (por fin de mi discurso) despues de haber conocido á mi hermano Alexandro, y por esto no me haber querido quedar en compañía de Violante, rezelosa de algun riesgo, vine á tener presente á mis ojos, á quien espero que ha de ser el consuelo en mis trabajos.

Aquí acabó su relacion Aminta, y comenzó Hipólito á ponderar su ingenio, y á aumentar su amor con la excelente hermosura del objeto. Aseguróla de quán envidioso estaba de su eloqüencia, y tornó á significarla el amor que la tenia desde el instante que la vió, diciendo, que el amor no ha menester largo tiempo para ser grande; y que quando fuera necesaria grande distancia, desde que nacen los que se aman, estan conciliando su amor las estrellas, por cuya causa, aunque al parecer sea el amor reciennacido, nunca tiene ménos edad que los amantes. En estos discursos ocupáron el tiempo, miéntras Feliciana vino á visitarla, y Leonardo previno abundancia de regalos, con que los unos quedáron agradecidos, y los otros obligados á continuar

las caricias, que á la hermosa Aminta hacian, viendo la paga de sus diligencias en su aceptacion, y sus merecimientos.

Pocas veces á lo que atiende el cuidado muchos dias falta felicidad, porque la providencia humana suele ser en todos los negocios importante: por lo ménos, nadie me podrá negar, que quien yerra, habiendo mirado con atencion el riesgo, tiene alguna disculpa en él, pues de su parte manifestó en el cuidado la intencion. Por el contrario, siempre siguen deslumbradas acciones á impensadas determinaciones. Demetrio dudó el dar una batalla á su enemigo Ptolomeo, aunque le veia en exército y heroismo inferior, y en fuerzas débil, diciendo, que adonde no ha de tener lugar el arrepentimiento, es bien que le tenga la deliberacion prudente, porque es sábio modo de proceder consultar muchos dias lo que se ha de hacer en uno, para que no se yerre en uno lo que no se ha de poder recuperar en muchos. De aquí se debe inferir, que pensar los negocios no es dilatarlos, sino asegurarlos. He referido esta doctrina, siempre verdadera, y alguna vez importante, porque se conozca que no es mucho que á nuestro Hipólito se siguiesen extraños medios, y

peligrosos fines, de inadvertidos principios.

Amante de la noble Aminta le vimos, correspondido le tenemos, y rendido de nuevo á sus muchas prendas le hallarémos; cursos, que en la ciencia de amor le pudieran graduar de dichoso; mas quien no sabe usar de la fortuna, no la culpe á ella, sino á su ignorancia.

Con el cuidado que suelen dar unos zelos, acudió Don Enrique por la tarde; y acompañado de Estevan, un criado suyo, y otros dos amigos, se fué á tratar de mas suaves medios que hasta entónces, para recuperar en Aminta el mas seguro consuelo de sus penas. Pasó muchas veces por la calle donde Alexandro vivia, en cuya casa la habia dexado la pasada noche, ignorante de que viviese allí, y del riesgo que podria tener la noble dama si la conociese su hermano. Miraba con atencion á las ventanas, parábase á las puertas, y con pasos tardos repetia muchas veces la calle. Tanta fué la asistencia de Don Enrique, tanto su cuidado, y tan porfiado su desvelo, que comenzáron á tenerle todos quantos miraban sus prolixos deseos. Entre los demas, á quienes quando queria baxar la noche tenia cansado, el que mas lo estaba era Alexandro, por inclinar siempre

la vista hácia sus ventanas. Puso por este enfado en él cuidadosamente los ojos, y despues de haber dudado con su imaginacion lo mismo que afirmaba su vista, la dió crédito, y se persuadió á que sin duda era aquel su enemigo Don Enrique: comenzó a discurir un poco en lo que habia de hacer, que los hombres cuerdos primero consultan á la razon, que al enojo. Pensaba, que el pasar tantas veces por su calle, era con ánimo de darle la muerte, y de asegurarse con ela de los temores con que le desvelaria su memoria, sabiendo que estaba vivo su contrario: y juzgaba que como una vez lo habia intentado en su patria, donde quiera que le hallase se la procuraria. Otras veces mudaba de parecer, y concertaba en su fantasía diversos fines, para dar título á la curiosidad de Don Enrique. O pensamiento humano, como conocerá tu miseria quien te viere de ordinario dudoso en lo que piensas, indeliberado en lo que conoces, indiscreto en lo que juzgas, é ignorante en lo que dispones. Qué fácilmente padeces naufragio, las dudas te inquietan, la novedad te altera, la presuncion te engaña, y la confusion te anega. Parecíale á Alexandro, que estar Don Enrique en Salamanca, ciudad adonde ni tenia correspondencia, ni ne-

gocios á que haber acudido, no podia ser sino á intentar su daño. Pasaba luego á pensar si se habria traido á su hermana, porque aunque habia tenido noticia que ella se habia ausentado, y que de él no se habia sabido á un mismo tiempo, con todo eso no tenia certidumbre en que la hubiese sacado de su casa. Del juzgar que él era la causa de que Aminta se hubiese atrevido á emprender accion tan poco cuerda, nacia el temer si la habria muerto, pues tan libre le buscaba, y tan sin embarazos le seguia. En estos pensamientos perdia el sosiego, y enfurecido dentro de sí mismo, desterraba la paciencia por dar lugar á la venganza. No estaba Don Cárlos, como diximos, en la ciudad en aquella ocasion; y así ni tuvo con quien aconsejarse, sino es con su enojo, ni tenia quien le ayudase, sino es su valor. Veía que Don Enrique andaba acompañado de tres hombres, y no le parecia cordura exponerse á la determinacion de todos, principalmente quando sabia que muchas venganzas han tenido malos sucesos, por haber sido gobernadas de la ira, y haberse desnudado de prudencia. Resuelto, no obstante estos discursos, á tomar satisfaccion, se acabó de vestir un vestido de color, con que de noche se desemba-

razaba del molesto adorno del dia. Llegó adonde su contrario estaba, con ánimo de impedirle los brazos para asegurar su venganza; mas como él siempre acompañaba á su temor de rezelo, reparó cuidadoso, y á un mismo tiempo se retiráron, él de Alexandro, y la sangre de su rostro. Detúvose tambien el enojado mancebo, viendo el cuidado de su enemigo, y por breve espacio no tuviéron razones para hablarse, que es tan fuerte la pasion irascible, que no solo impide al entendimiento para que no conozca, pero aun hiela á las potencias exteriores para que dexen sus naturales oficios. El que primero movió los labios despues de esta suspension fué Don Enrique; quién duda que neciamente, pues como la lengua es un instrumento que manifiesta los conceptos del alma, padeciendo ella temores, fuerza era que el instrumento obrase lleno de pasion y de ignorancia: lo que en substancia le dixe, fué lo siguiente. Bien sé que teneis noticia (ó Alexandro) de todos mis accidentes, aunque no la tenia yo de que en esta ciudad podria veros, ni de que fuese vuestra aquella casa, de donde ahora salisteis, y donde anoche dexé depositada á vuestra hermana, para que cesasen entre nosotros ciertos viles eno-

jos, y para que tema yo en su muerte la pérdida de mi vida. ¿Quién duda que la habreis dado el castigo que ahora intentabais en mi persona? Mas no ha de ser así, pues gracias á mi poca seguridad, me veo con fuerzas para ofenderos, y aliento para obligaros á que me deis á vuestra hermana; ó en caso que la hayais muerto, satisfaccion con la vuestra de su vertida sangre. Atendió Alexandro á sus palabras, y segunda vez reprimió su cólera, por fiar su venganza á su cordura. Conoció por lo que Don Enrique decia, que la dama á quien la noche ántes habia llevado con tanto recato, sin quererse descubrir en casa de Hipólito, era su hermana Aminta; y viendo que por esta parte se le abria un excelente camino para efectuar su intento, le dixo: que no solo no la habia muerto, pero que ántes la tenia con deseo de dársela por muger, y que con su casamiento cesasen los pasados disgustos. Añadió, que para mayor autoridad de su persona no la habia querido tener en su misma casa, sino en la de otro amigo; y que si le parecia, podrian llegarse los dos juntos á verla. Admitió el parecer Don Enrique, y mas satisfecho (aunque no de todo punto seguro) comenzó á seguirle, y á él los demas que traia de su

parte. Alexandro iba prevenido de lo que habia de hacer, y lleno de honrada cólera, tal vez se resolvia á no dilatar mas el consejo de su ira; si bien se oponia á esta resolucion la ventaja que su enemigo llevaba: esto le pareció que estaria vencido, si tuviese á su amigo Hipólito á su lado, de quien en varias ocasiones se habia satisfecho. Llevado de este pensamiento le previno que esperase para saber si habia algun inconveniente que le estorbase. Llegó á la casa del noble Leonardo, y sin entrar en ella, hizo que le llamasen á Hipólito, y le dixo que tomase su espada, y le siguiese. Reparó nuestro caballero en lo descolorido del rostro, en la turbacion de la lengua, y lo formal de las palabras, manifiestos indicios de su enojo, y como estaba ignorante de lo que habia pasado con Don Enrique, y por otra parte tenia á Aminta, si bien con toda veneracion, en su casa (siendo tan delicado el honor) le pareció que Alexandro se habia ofendido de que la hubiese amparado, y que por eso le habia venido á sacar á la campaña. No era hombre Hipólito que excusaba los lances donde se arriesgase su crédito; y así llevado de este engaño, sin dar cuenta de ello á Aminta, salió adonde Alexandro le esperaba, que viéndole ya cerca de sí, co-

menzó á andar, sin decirle palabra. Esto confirmó en Hipólito mas fuertemente la sospecha, y proponiendo en su pensamiento, si no se aplacaba con razones, defenderse con las obras, le siguió á poca distancia. Apénas se vió Alexandro cerca de Don Enrique, y los demas enemigos, quando seguro de que haria otro tanto Hipólito en su ayuda, sin advertirle su intencion, y las razones de su enojo, metió mano á su acero. ¡O á quántos accidentes ha dado una falsa presuncion desdichado orígen! pues Hipólito firme en su engaño, é ignorante de que hubiese otros enemigos, pensando que Alexandro lo era, y que reducia á las armas la satisfaccion de su cólera, desnudó las suyas, y sin que el infeliz mancebo se defendiese, le dió por el lado una peligrosa herida; que á quien tiene limitada fortuna, los mismos que le han de defender, le destruyen. Quando el vil Don Enrique vió al mísero Alexandro en el suelo, habiéndole visto venir con deseo de ofenderle, desnudó su espada, y en compañía de sus tres amigos, llegó á darle mas heridas. Hipólito advirtió lo que intentaba aquella gente, y conociendo por sus acciones, que era contra ellos la resolucion con que Alexandro le habia llamado, se dispuso á defenderle animo-

so, y á vengar el yerro, que él por su causa habia cometido ignorante. El primero que llegó fué Don Enrique, á quien hirió peligrosamente en la cabeza. Opusiéronsele los demas á un propio tiempo, y aunque era su ligereza mucha, y su destreza excelente, siendo quatro los contrarios, necesariamente le iba faltando el aliento, no el valor, porque tiene su habitacion en el alma. Engañado está el que piensa que un hombre puede reñir con muchos por mas fuerzas que le sobre; pues como dice un docto en esta ciencia (tal nombre merece la verdadera destreza) un movimiento se impide con otro movimiento, á una accion se opone otra accion, un tiempo se proporciona y mide con otro que sea su igual, y una intencion ocurre á otra intencion tan solamente. Supuestas estas verdades, ¿cómo quiere el mas alentado valor, que su movimiento impida tres distintos, su accion tres diversas en diversos sugetos, y diversas posiciones, su intencion á tres diferentes, y que un tiempo se mida con muchos desiguales? Pase en los que esto piensan su parecer por temeridad inconsiderada, y dexemos que la experiencia los desengañe á su costa, si el suceso de Hipólito no mereciere crédito, en quien no obstante su cansancio, su ánimo daba

muestra de los quilates de su lucido ardimiento. Ninguno se atrevia á llegar para estorbar la pendencia, ya por ver á Don Enrique mal herido, y ya por pensar que Alexandro estaba muerto. Dilatábase tanto la refriega, que Hipólito desalentado, esperaba por instantes el término de su vida, escrito con su misma sangre en hojas de acero de sus enemigos: cosa que tuviera breve efecto, si el cielo no lo dispusiera de otra suerte.

Ya queda referido que Don Cárlos estaba ausente, y que por esta causa habia faltado del lado de Alexandro. Habiendo, pues, acabado la diligencia á que habia ido, se volvió, y entró en la ciudad á tiempo que pudo conocer á Hipólito en el presente peligro. Apeóse del caballo que llevaba, y animosamente se puso en su defensa, con que el uno de los contrarios perdió luego la vida; y faltando en los demas las esperanzas de vengarle, se determináron á executar su afrentosa huida. Por haber durado tanto la pesadumbre, tuvo cuenta y lugar de venir presurosa la justicia. Cogió á los dos nobles amigos, que cuidadosos de mirar por la vida de Alexandro, se olvidáron de ponerle en la guarda de sus personas. Lleváronlos, no sabiendo sus pren-

das, á la cárcel pública aquella noche, en cuyo tiempo otros tratáron de llevar á su casa, y curar al desdichado Alexandro. Llegó á la familia de Leonardo la noticia de estas cosas; y aunque á todos les cupo buena parte de disgusto, á ninguno tanta como á Aminta, por tenerla tan grande en todas estas desdichas La que mas desconsuelo la daba, era la pasion de Hipólito, viendo que con ella le faltaba, si Don Enrique volvia á sus pasados atrevimientos, el amparo; y si Alexandro mejoraba (pues ya sabia donde su persona estaba) quien le estorbase su muerte. A estas penas se juntaba el temor del daño que la justicia la haria, quando se averiguase que habia sido la causa (aunque inculpable) de tantos alborotos. Por estos temores determinó ausentarse de la ciudad, pues seria facil avisar desde Madrid (adonde pensaba volverse) á Hipólito, para que en negociando su libertad, la fuese á buscar. Como lo imaginó, lo dispuso, y como lo dispuso, lo reduxo con brevedad á la práctica, que el temor jamas conoció á la dilacion, ni supo fiar el remedio á largos plazos. Salióse aquella misma noche de la casa de Leonardo, y á otro dia de aquella ilustre poblacion, tan sola de compañía, como acompañada de penas. Estuviéron

Hipólito, y Don Cárlos, hasta que amaneció cargados de prisiones, á cuyo tiempo acudió Leonardo, dando al Alcayde noticia de quiénes eran, y á nuestro noble caballero de la impensada ausencia de Aminta. Aliviáronle los hierros del cuerpo, miéntras se le acrecentaban los dolores del alma, porque para ella tambien hay prisiones, que son los pesares que la afligen y atormentan.

DISCURSO QUARTO.

No es posible que haya visto las miserias que en la cárcel se padecen, quien se atreve á cometer el mas leve delito, ó por lo ménos, no es posible que las tenga en la memoria, porque yo aseguro que dexaria de cometerle, si se acordára de los trabajos á que se expone.

Halláronse los dos nobles presos enmedio de estas desdichas al dia siguiente, las quales se continuáron por otros muchos, sin que hubiese nuevas de la temerosa Aminta. En ellos estuvo bueno de su herida Alexandro, y se dispuso mejor de lo que pensaban su negocio, con la falta de Don Enrique, que despues de haber curádose el golpe que recibió en la cabeza, se ausentó, sin que se supiese donde. Habia en la cárcel otro preso, hombre al parecer principal, bien apersonado y entendi-

do, cuyo nombre era Leandro. Entrábase á la sala donde los dos caballeros se recogian á conversacion, de lo qual gustaban mucho; era hombre entretenido, sin ser mordaz, porque infelices gracias son aquellas que han de hacer á unos llorar, para que otros lleguen á reir. Entraba siempre diciendo versos jocosos, y agradables donayres, con que los divertia algunas veces de interiores pesares. Acudió Alexandro á verlos una tarde, en que tuvo Hipólito ocasion de darle disculpa, y satisfacerle de que su inadvertencia, y el modo que tuvo de sacarle, junto con su silencio, habian tenido la culpa de su yerro. Llegó Leandro á conocerle por las nuevas que le habian dado de su valor; y despues de haberse correspondido corteses, tratáron de otras cosas, en que no tuviéron corto lugar las razones de estado, pagándose cada uno de las trazas de su juicio, que los ociosos siempre gobiernan con facilidad desde una silla todas las monarquías del mundo. Entre la diferencia de materias que la conversacion les propuso, viniéron á tratar de la causa porque Leandro estaba preso; él se excusaba de decirla, afirmando que era necesario saber no pequeña parte de su vida, para saber

con claridad el fundamento de su prision: esto que á él le pareció excusa para ocultarla, dió á todos mayor deseo de oirla. Viendo, pues, que á tantos ruegos no podia dar excusa, por cumplirles aquel gusto, entretener aquel rato, y pagarles, aunque fuese á costa suya, las buenas obras que habian comenzado á hacerle, y las que pensaban continuar en su aumento, se resolvió á obedecerlos. Llegó á esta ocasion Leonardo, dixéronle que se sentase; él lo hizo puntual, y Leandro comenzó, diciendo: muchos hombres hay (¡ó señores!) con propiedades, conformes en todo á la exterior modestia que muestran, y muchos, que con la apariencia engañan, dorando entre sus razones lo amargo de sus costumbres, píldoras viles, que digeridas con el trato, descubren lo mas oculto de su inclinacion. No soy yo de estos últimos; y así tengo conocido el peligro á que me he puesto en referiros mi patria, mis padres, y parte de los sucesos de mi vida, siendo fuerza haberos de decir verdad, ya por esta condicion mia, y ya porque es cordura tratar á cada uno conforme á su calidad y sin engaño, y principalmente á los nobles y bien intencionados.

Mi patria es Andalucía, y en ella

la ciudad de Jaen fué quien me dió la primer cuna: mis padres, aunque bien nacidos, comunes. En esto comienzo ya á mostrar que refiero la verdad precisamente, pues que pudiendo hacerme con facilidad de ilustre sangre, no oculto la cortedad de mis principios. Crecí hasta la edad de diez años con inclinacion traviesa, dando en ella tan claras muestras de la que habia de tener quando mayor. Era tan aficionado á los naypes, que nunca nos apartábamos, ellos de mi imaginacion, ni yo de su compañía; tal vez me sucedió ponerlos de noche junto á mi pobre cama, y levantarme á jugar sin luz conmigo mismo, tan contento, como si estuviera ganando. Formaba yo en mi idea otro, que jugase conmigo, y un dia (mirad que extraña novedad) pareciéndome que el contrario me habia ganado la camisa, me la quité, y anduve sin ella, hasta que sucediéndome otro tanto, la torné á ganar y me la puse; tan fuerte como esto era mi imaginacion y mi inclinacion tan extraña. Mis padres no podian sufrir mis travesuras, ni yo el pesado yugo de mi obediencia, y de sus reprehensiones; y así me determiné á mudar tierra, aunque con las mismas costumbres, que como van tan

dentro de nosotros, no bastan á hacerlas diferentes la diversidad de los lugares, sino la diferencia de las intenciones.

Lo primero con que encontré en el camino fué con una esquadra de gitanos. Mirad qué gente para reducirme, y qué alivio para enmendarme. Como era muchacho de razonable brio, y de sazonado despejo, me llegué á ellos, comencé á hablarlos con mi natural donayre, y gustáron de que caminase en su compañía, y los siguiese. Entre los demas iba un gitano de buen cuerpo, y algo mas lucido que los otros: agradóse de verme tan apacible entre ellos, y díxome que si queria servirle. Yo, á quien comenzaba ya á molestar la hambre, que como me diesen de comer, no repararía en otras circunstancias, acepté con facilidad el concierto, ó por mejor decir, el desconcierto de acompañarlos con tanto peligro de imitar sus costumbres. Iba entre la quadrilla una vieja, que hasta hoy no acabo de desengañarme si era demonio ó gitana, porque tan fiero rostro no parece que podia ser humano. Tenia la frente llena de encontradas arrugas; la cabeza vestida de una sucia toca, y desnuda de cabellos; los ojos tan hundidos que se avencindaban mas al celebro que á

las cejas, solo tènia de buèno, que siempre hacian sombra á sus niñas dos nubes de razonable tamaño; la nariz se habia torcido á un lado como tapia vieja, y las mexillas cansadas de tenerla, se le habian hundido horriblemente; en la boca habian quedado tres dientes, tan largos, que no servian mas que de apuntalar las encías, y tan limpios, que yo los tuve por de yerro, y otros los juzgaban de alquimia. La barba era del tamaño de la nariz, y á porfia (puede ser que de vergüenza) procuraban que no pareciese la boca, pues tal vez las ví ofenderse, por demasiado vecinas. Bien sé que no es posible pintarla con toda verdad; y así os suplico que pase este retrato por bosquejo de su extraña y desigual figura. Empezó á inclinárseme, de suerte que siempre la hallaba junto á mí. Advertid (¡ó señores!) quán otra comenzó ya á ser mi fortuna. Llamábame hijo, con una voz tan desconforme, que quisiera mas oir contra mí á un trompeta, comenzando á aprender, y siendo mi vecino. Compadecíanse ella y mi amo de verme caminar con tanto trabajo á pie; y segun despues advertí, no era virtud su compasion, sino título para coger una mula que viéron en un prado, legua y me-

dia de Córdova. Apeáronse de unos jumentos, que eran las azémilas de su carruage, y sacando unos cordeles, se repartiéron, de forma que juntándose despues poco á poco, se halló la mísera mula en prisiones gitanas. Mas dificultoso de lo que pensaban fué el cogerla, porque tal ligereza de pies para enseñar que no le faltaban herraduras, no se ha visto jamas en el volatin mas diestro. Quando la hubiéron cogido, me llegué á mi amo, y le dixe: señor, mire vmd. que esta mula podrá hacer falta á su dueño. Y respondiéronme: ¿no ves que es piedad el remediar tu cansancio? calla, que los gitanos tenemos privilegio para prevenirnos de carruage adonde quiera que llagamos. Sí, mas no querría (le dixe yo) que le rubricasen á vmd en las espaldas quando su dueño la conozca. Volviérome á mirar con medio rostro, y tan ayrado le ví, que si él hubiera cogido la mula para mí, infaliblemente la soltára. Vino la maldita vieja, sosególe, nunca él se sosegára, pues quando pensó que me hacia buena obra, se halló tan vengado de mi malicia como si lo deseara. Hízome subir en la alentada mula, mas apénas me sintio encima, quando empezó á hacer tan ligeras cabriolas, que

me arrojó en alto, de la misma suerte que si me manteáran sobre su pellejo. Quedé aturdido é injuriado, aturdido del golpe, é injuriado de las razones de mi amo, que culpaba mi flaqueza, y decia que me dexaba maltratar de cuitado. Yo le dexé de responder por quejarme de mi dolor, y él dexó de proseguir por pedir á uno de sus compañeros que le ayudase á subir, que me queria enseñar á no ser miserable. Volvió á hacer experiencia de su valor, y con todos mis males no pude tener la risa, viendo que habia tenido el mismo suceso su aliento que mi cobardía; con esta diferencia, que á mí, como él tenia la mula quando yo monté en ella, no hizo mas de derribarme, y á él, como estaba libre, en sistiéndole en el suelo, volvió á ablandarle con los dientes el morcillo de un brazo, de manera, que no pudo moverle en muchos dias. Los demas compañeros llegáron á estorbarle el fracaso, mas ella estaba tan deseosa de brazos de gitanos, que comenzó á querer probarlos todos, con que unos la dexaban, otros la tenian, y todos se guardaban, sin que á este tiempo cesase el menudo movimiento de los pies, tan á compas, que retirándose hacia el ju-

mento en que iba la fiera vieja, él y ella rodáron á un mismo tiempo sobre lo mullido de un pantano, donde el pollino pareció á la vieja, y la vieja se consultó en pollino. Quisiéron los gitanos, rendidos de la indómita condicion de aquel demonio en forma de mula, dexarla que se fuese, oyólo la vieja desde el lodo en que estaba, y escupiendo las inmundicias del légamo, les dixo que era baxeza dexarse vencer tan facilmente. Respondióla uno de ellos: pues madre, ¿qué hemos de hacer con un demonio? En esto ya salia gateando ella, y díxole: pues á un demonio otro, y púsose en pie; de suerte que yo entendí que lo era, segun lo parecia. Limpiola una gitana moza, que debia de ser su hija, y llegándose á ellos con una voz como si hablara por máscara, les dixo: ¡qué poco sabeis! ¡Qué presto rendís el discurso en las dificultades, siendo en ellas mayor el crédito que consigue el ingenio, y debiendo quien se precia de agudo buscarlas para vencerlas! Si este fuera un animal apacible, ¿qué se os diera á vosotros? Nada por cierto. Aquí, pues, ha de valer la industria, que no tiene lugar la fuerza. Yo estaba esperando, y todos ahora esperareis, sin duda, lo que esta vieja

intentaba; pues aseguroos quanto puedo, que si no es aconsejada con el demonio, no pudiera prevenir el remedio que pensó, y la traza que dió para amansarla. Hizo que del repuesto de su hija la traxesen una bota de vino, y acudió al suyo que ya habian sacado del pantáno, y de unas caxetillas tomó ciertos polvos, que jamas pude saber de lo que fuesen, y llenando una albornia ó vasija del vino, los echó en él, y se los dió á beber ella misma. La mula debia de tener mediana sed, y así bebió hasta la última gota. Dexáronla estar así el rato que bastó para que todos se acomodasen; al cabo del qual dixo la vieja, que queria llegar á Córdova en lo mismo que nosotros habiamos temido tanto. Unos y otros se lo contradecian, mas sin que bastasen persuasiones, se puso en ella, y la verdad es que no se engañó, porque tal mansedúmbre no la he visto en animal en mi vida. Fué, pues, el caso que con la fuerza de los polvos, se le subió la del vino al celebro, y la dexó de manera que por no caer, no se atrevia á levantar los pies; ántes cuidadosa se movia tan apriesa, que apénas levantaba una mano, quando para tenerse arrojaba la otra, y de esta suerte nos dexaba á todos atrás, siendo ligereza en ellas, lo que era peso en la cabe-

za. Admiréme de ver semejante caso: apartéme de aquella compañía lleno de temor la primera vez que pude, y por ser cerca llegué con brevedad á Córdova. En lo poco que los comuniqué, advertí en la vida de esta gente, fidelidad por la parte que toca al honor de sus mugeres, determinacion en el deseo, cortedad en el ánimo, riesgo en la conciencia, peligro en la vida, y por razon de su exercicio, poca seguridad en la honra.

Recogíme aquella noche lo mejor que pude, y á la mañana salí con el alva que lloraba como yo, no sé si de alegría, lo que puedo afirmar es, que mis lágrimas eran de falta de sustento. Llegué á la plaza con intento de acomodar la hambre donde no me diese tanta molestia, y encontré un hombre de los de la vista al soslayo, sombrero calado, capa caida, hierro á un lado, balona grande, ropilla herida en harpon, vigotes criminales, y color poco mas claro que aloque. Díxome si queria, ó buscaba dueño; respondí que deseaba hallarle; y añadió: pues por Cristo que ha andado usted venturoso en encontrar conmigo, si es honrado. Aunque era muchacho reparé en el modo; y ponderé las frases de aquella gente, reventando siempre de alentada.

Llevóme á la casa de una muger de razonable porte, cuyo ajuar no montaba tanto como lo que valian las cintas del cabello. Tenia el rostro limpio: esto es cosa muy digna de alabanza, y de que lo contrario se tuviese por afrenta comunmente, si bien estaba adornado de algunos lunares que suele fingir el fuego. Hablando en gerigonza germánica, que para mí era lo mismo que griego, desembolsó mi amo cantidad de quatro reales de vellon, y dexó á eleccion de mi ama lo que queria que se traxese para hacer el almuerzo: ella le dispuso á su voluntad, y yo tomé obediente de una casa de gula algunas tajadas de carnero asado. Echáronme buena cantidad del líquido saynete, á quien le da color el azafran, y fuerza la pimienta, para que siendo primero lisonja del gusto, sea luego ocasion de la sed. Advierto con tanta puntualidad esta circunstancia, porque es muy importante al donayre del suceso. Traxe tambien los otros accidentes, que suelen hacer solemne un almuerzo de aquel estado. Recibida la parte que por tal criado me tocaba, me aparté á un lado con mas que moderado contento. En este estado estaban las cosas, quando entró una muger de repente; arrojó de los hombros un manto, y sin hablar palabra,

llegó adonde mi ama estaba descuidada; cogióla con la mano izquierda de los enlazados cabellos, y comenzó con la derecha á darla algunos moxicones. Estaba mi ama fuera de pensar tal suceso, y por el sobresalto, ó porque la recien venida le habia cogido de suerte que no podia defenderse, ni sabia lo que le habia sucedido, no cuidaba de la defensa. Levantéme yo de donde estaba por la novedad del caso, y ví que metia de quando en quando la mano en el malogrado saynete, y acudiendo luego á las mexillas de mi ama, la empringaba todo el rostro de amarillo, diciendo: este castigo merecen las que son infames. Quando pensé que habia acabado de vengar tan graciosamente sus zelos (aquí no pude tener, aunque con recato, la risa) ví que cogió una de las referidas tajadas, y comenzando á mosquearle los carrillos, pareció que se los aderezaba de achiote. Bien diferente era el parecer de mi amo á esta sazon, pues en lugar de mi alegría cobró tanto enojo con la vengantiva zelosa, que metiendo mano á la daga, mezcló con lo pagizo del rostro de mi ama, lo leonado de la sangre, que por una herida de la cabeza hizo que saliese á la otra. Aquí se comenzó la confusion, y se aumentaron las voces huyó mi amo: la que es-

taba herida fué en su seguimiento dando gritos: mi ama se ausentó temerosa de que no la cogiese la justicia, y yo me quedé solo mirando de la pasada tragedia los infaustos despojos. Veía hecho un mapa la mesa, con diversidad de colores sin proporcion, y sin órden. Aquí estaba salpicada de sangre, allí iluminada de azafran, y con aguadas de escasa limpieza parecia en una parte hecho pedazos el plato, trastornadas las copas, y de color de esponja la carne: en otra se veia correr pródigamente el licor de Baco, arrugados los manteles, y derribados los bancos. Lo que me detuve á mirar estas menudencias, me pudo costar grande pesadumbre, pues apénas salí de la infeliz habitacion, quando ví venir presuroso á un alguacil, que entrando con atencion en ella, se admiró de lo que veia, y aun de lo que no veia, pues todo lo que embargó no tenia valor de seis reales; con cuyo exemplo queda averiguado, quán poco luce lo que por mal camino se adquiere, y quán poco medra quien derramada y deshonestamente procura suplir con el deleyte las molestias de la necesidad.

Habia oido decir grandes excelencias de Madrid, en razon de como ampara á los forasteros, y así libre de la pasada

refriega, me partí á hacer experiencia de esta verdad, y mejorar de fortuna. Serví tres años de page á un ginovés, y otros cinco á un señor, de donde me salí por cierta herida que dí á otro compañero sobre zelos: aun allí sabe volver por sí el amor, sin avergonzarse de causar unos mismos efectos en la mayor desigualdad de estados, y sin correrse de obligar, como al mayor, al mas humilde plebeyo. Finalmente, me hiciéron dexar tal género de vida este pasado peligro, y verme hombre crecido, cansado y sin aumentos. Mudé, para asegurarme mas, el barrio, que en la máquina de la corte fué, como pasarme á otra provincia. Como los dineros eran pocos, tomé una posada de las de á tres en cama, y acertó á ser donde se recogian gran cantidad de mendigos. Las primeras noches se extrañaban de hablarme, mas quando el conocimiento dió licencia á nuestra conversacion, y libertad á su lengua, ni se guardaban de mí, ni se excusaban de que asistiese á sus juntas. Habia un Archipobre, que enseñaba por un tanto á los novicios pobretos los modos de plegarias de que habian de usar, para mover á piedad los ánimos. Acostábanse temprano por no gastár luz, y cada uno iba desde allí diciendo lo que habia allegado aquel

dia. Entre los demas oí decir á uno, que se llamaba el miserable: amigos, el mundo está en su postrer estado, todo se acaba, y aunque á los fieles no les falta caridad, como nosotros somos tantos, no lucen las limosnas, ni un pobre halla el consuelo que solia. Injustamente procedeis, le dixo el archipobre; pues no ha habido para nosotros mejor tiempo que el presente; pues si antiguamente nos daban una blanca, hoy nos dan de limosna un quarto; y tal vez, si nos le piden para dar un quartillo, decimos que no le tenemos, y nos le dan todo entero. Traza es esa, respondió el miserable, que muchos usamos, y que logramos pocos: mas ¿qué quereis que diga, si en todo hoy no he llegado mas de nueve reales, una talega de pan, y tres pares de zapatos viejos que luego vendí por cinco? Prométoos que no suele ser vicio quando yo me quejo. Oía yo todas estas cosas, y pareciéndome que no debia de ser mal trato este, pues tanto dinero le parecia tan poco á un cuitado mendigo, me resolví á tenerle, y seguir aquel género de vida.

Manifesté á uno de los antiguos mi vocacion; y por el amor que me habia cobrado, le pareció mi pensamiento cuerdo, y lo comunicó con el archimendru-

go. Recibióse el parecer de todos, y conformes me diéron la investidura hasta treinta que habia dentro de casa, y algunos que se halláron forasteros fuéron convidados á la fiesta. El modo es muy gracioso; y pues no os veo cansados, porque tenga la novedad lugar en vuestra admiracion, y veais la conformidad de aquella gente, pues no sale del curso de mis sucesos, os lo referiré, sin olvidar ninguna circunstancia.

Previnose para la siguiente noche lo necesario á la celebridad de la fiesta; viniéron los convidados, y vistióse de gala mi padrino; buscáronse para mí unos viles andrajos; pusiéronme un paño poco limpio en la cabeza; atáronme una pierna con un orillo, en tal disposicion, que parecia habérmela cortado. Diéronme unas muletas en que afirmase el cuerpo, y ordenáronme que pisase sobre los dedos del pie derecho; hícelo puntual, y disfracéme de suerte que los circunstantes se admiraban, y aun yo mismo me desconocia. Púseme enmedio de todos, junto al archimendigo, y despues de estar todo en silencio, el miserable, á quien estaba este cargo repartido, se levantó, y haciendo una cortesía á los presentes en alta voz, hizo plática, diciendo:

Nobles ministros de la piedad y hermanos de la miseria, hoy llega á las puertas de nuestra preciosa uncion, el Sellado, este será entre nosotros su nombre, por aquella señal redonda que se descubre en su frente. No tengo para que encareceros sus prendas, pues con su vista da crédito á su pobreza. ¿A quién no moverá aquella mano tan lastimosamente enferma? ¿aquella cabeza tan llena de dolores? ¿y aquel pie tan inhumanamente cortado? Solamente quiero, para que no falte á mi oracion materia, deciros en lugar de las alabanzas que vosotros veis en nuestro hermano, los privilegios de que gozais, y las exênciones que teneis, para que prosigais tan acreditada profesion, y el Sellado se alegre con la prudente eleccion que ha tenido.

Es privilegio y exêncion de los mendigos, no haber menester á sastres; pues ántes deben andar rotos, y quando mucho, remendados de diferentes colores, y es conveniencia, que sea con hilo blanco, aunque no sea mas varato que el negro, porque así se ven mejor las puntadas, para lo qual se ha de dar grandes, y tales veces se les permite sin necesidad.

Es exêncion y privilegio andar ar-

rimados á un palo, ó sobre dos muletas, para redimirse del cansancio, y hallarse en quantas bodas llegan á su noticia; pues con echarse á la puerta sabe qué sazon tuvo la olla, y qué manjares sirviéron á la gula.

Es privilegio de la pobreza el que suele darse á la hidalguía; esto es, no estar preso por deudas, no pagar pechos, ni conocer alcabalas.

Es privilegio no haber menester criado, que quando les sirva, los escuche, y en casa del vecino les venda, y junto con lo que suceda, diga lo que malicioso imagina, ó ignorante sospecha.

Es privilegio de los pobres salir al sol, quedar como nuestro primer padre, aunque no en el estado de la inocencia; dormir sin cuidado en el invierno, y despertar á todos en las siestas del verano; murmurar, si no les dan, como si se les debiera por empréstito, y negar lo que deben, como si la deuda fuera agena.

Quien con tales exênciones y privilegios no tiene nuestro género de exercicio, ó le ha ignorado de todo punto, ó no es amigo de pasar vida descansada, ó holgada. Aquí puso fin á nuestra executoria el miserable, y yo que ya sabia lo que tenia obligacion de hacer, me le-

vanté á decir con voz lastimosa una de las que llaman maestras, y nosotros plegarias. Tales acciones hice, tan desiguales gritos daba, y con tan lastimosos suspiros provocaba, que unos me diéron alabanzas, y otros me tuviéron envidia. Despues de haber pedido en comun de la manera que he dicho, me hiciéron que fuese pidiendo en particular, y cada uno me fué dando, conforme á su posible, ó liberalidad. Juntóse cantidad de sesenta reales entre todos, envióse por colacion de la Membrilla, y abrazándome con singular benevolencia, yo quedé recibido en su gremio, y ellos fuera de sí; tanto fué lo que regáron la entrada, y celebráron la fiesta. Yo os aseguro, ó señores, como quien lo sabe de experiencia, que ningun delito hay mayor, ni se castiga ménos. Digo, que no le hay mayor en materia de hurto; porque él coge á un rico lo que tiene, quita su hacienda á quien por ventura no le sobraba; mas estos (de los que fingen hablo) hurtan su hacienda (que la limosna es hacienda de los pobres legítimos) á miserables, que no pueden vivir sin ella. Veis aquí por donde viene á ser mas grave la injusticia. Salí, pues, tan excelente en esta profesion, que añadí traza á quantos hasta mi tiempo las habian tenido;

pues demas de fingirme llagas; pedirle á cada uno por lo que mas le habia de mover, como á los caminantes, porque Dios les diese buen viage, á los pretendientes buen despacho, á las doncellas buen marido, á los mozos buenas compañías, á los viejos buena muerte, y á los labradores buenos temporales; supe fingirme muerto con tal propiedad, que todos quantos me veian quedaban compadecidos. Detenia (para mayor engaño) el aliento, descoloria el rostro, volvia los ojos, y apretaba los dientes. Pedian á este tiempo para hacer bien dos amigos, y despues de haber cogido razonable suma de vellon, me llevaban en peso; resucitaba al volver de una esquina, contábase lo llegado, y partiamos lo adquirido. Cayéronme en la cuenta una tarde, y mudé trage, porque no me diera la justicia públicamente alguno, que me estuviera mal, aunque se ajustára bien.

Pasé á mas viles términos con mi fortuna, si á mejor hábito con mi persona; que quien se muda y no mejora las costumbres, necesariamente se empeora. Compré una sotana y un manteo, y con tan honesto adorno, comuniqué á gente mas lucida. Acudia á algunas conversaciones, donde jugaba, y me llevaba la malicia de unos, lo que me habia

dado la piedad de otros, en mi pasada vida. Ibase disminuyendo mi pobre hacenduela, y traté de remediarlo, habiendo visto en algunos de los que freqüentaban el juego, natural codicioso, y corto entendimiento. Habléles un dia en secreto, y díxeles tantas mentiras, que á no ir adornadas de esta hermosura de razones, ellas quedáran conocidas, y mi intencion descubierta. Tratéles de cierto tesoro, en cuya busca habia venido de mi patria, con que qualquiera de ellos podia fundar ricos mayorazgos, siendo gloria de su linage, y medro de la felicidad de sus sucesores; cosa que ellos creyéron notablemente, si bien yo les disculpo por las acciones, las trazas, y el encarecimiento con que les encargaba el secreto. En resolucion, por no cansaros, yo les saqué todo quanto pude para disponer las circunstancias necesarias á la manifestacion del futuro tesoro; y quando ví que no podia quitarles mas, ordené mi ausencia. Díxele á uno de ellos, que me buscase una mula, porque faltaban ciertas cosas, para que se efectuase nuestro deseo, las quales pensaba hallar en esta ciudad. Manifestó á los demas mi diligencia, y pareciéndoles me hacian gran lisonja, se dispusiéron todos á acompañarme. No les pude

divertir del viage, por no darles sospecha, y así, prevenido lo necesario, nos partimos. Siempre venia pensando alguna traza de dexarlos, y nunca se me ofrecia, hasta que una tarde llegamos á cierto lugar, que está de aquí doce leguas, á un lado del camino. Apéamonos en la posada comun, y saliendo á buscar algo que nos sirviese de cena, vimos mucha gente alborotada con disfraces, y alegre con diversidad de juegos; informéme de la causa de tanta fiesta, y dixéronme que era las bodas de un hombre ilustre, que por causas ocultas se habia venido á celebrarlas en aquella aldea. Cesó con esto mi informacion, y comenzó la traza que yo tanto deseaba; para esto llamé aparte á mis compañeros, y les dixe: amigos, para lo que os he traido, no es para lo que manifesté al principio, porque para esto apénas habremos dado la vuelta á Madrid, quando os ponga en las manos tanto oro y plata, que no parezca que hay un real en Génova: á lo que os traxe es, á que me ayudeis en el remedio de mi vida, pues es cierto que sin él me moriré infelizmente: yo estoy rendido muchos años ha á una señora, que se casa esta noche con un hombre, á quien aborrece, en esta aldea; á mí me esti-

ma, y de su parte tengo el beneplácito, con el qual no habrá dificultad de impedirle tan penoso disgusto como con este casamiento espera; así, pues la fiesta nos da ocasion, la obscuridad de las tinieblas nos esfuerza, y vosotros afirmais ser mis amigos, no puede haber duda en lo que os ruego. Decia yo todas estas cosas, no con ánimo de robar á quien en mi vida habia visto, sino con intento de meterlos en cosa, donde, ó ya ocupados y divertidos, ó ya presos, me diesen lugar de ausentarme. Dispusiéronse todos á tomar aquel negocio por suyo, acompañélos hasta la casa donde se celebraba la boda, que era pared en medio de nuestra posada; dílos lugar á que entrasen, diéronmele á que volviese; cogí la mas valiente mula, y sin esperar el suceso, me ausenté, y recogí al primer lugar que pude, temeroso de una tempestad con que comenzó á quererme castigar el cielo. Partíme á esta ciudad el dia siguiente, y apénas hube entrado en ella, quando sin darme tiempo para que tomase donde acomodarme, me desacomodó un alguacil en la cárcel, porque en ella nadie tiene comodidad. Sabido el caso porque me truxo (si bien mas lo atribuyo á permision Divina, que quiere que padezca de esta suerte el mal que á

aquellos míseros hombres hice) fué porque la mula que traia se la habian hurtado á un hombre, natural de aquí, y con ella otras cosas; quiere que diga quien me la dió para cobrar lo demas; yo lo callo por ignorancia, y él me hace detener, pensando que es malicia; mas habiendo tenido en tan ilustres caballeros amparo, llamaré á la desdicha de mi prision, feliz y deseada fortuna.

Atentos estuviéron todos á la relacion de Leandro, y en particular Leonardo, á quien Don Cárlos dixo: alegre estoy de que sin pensar hayais sabido quien tuvo la culpa que á Alexandro, y á mí nos atribuyesen vuestros zelos. Leonardo le dió satisfaccion, y prometió que (por interponer su ruego Hipólito) haria soltar en la aldea á aquellos hombres, que aun los tenian presos, y que tan ignorantes habian intentado su daño. Con esto pidiéron á nuestro noble caballero que les cumpliese tambien el deseo con que merecian saber sus accidentes. El dixo que no se excusaba, sino que lo dilataba hasta otro dia, debió de ser por no mezclar sucesos graves y honrosos con los de Leandro, juntamente vergonzosos y humildes. Agradeciéronle la verdad con que les habia tratado; celebráron el modo de introducirse á mendi-

go; riéron los zelos cordoveses, y prometiéron hacer breve diligencia de su libertad y soltura. El les estimó el ofrecimiento, y añadió: bien sé que el favor que me haceis le tiene mi afecto merecido, y lo que ahora quisiera grangear con la noticia de mi vida, es un desengaño para quien comienza á vivir sin rienda en sus deseos, sin gobierno en su persona, y sin atencion en sus costumbres; y para que en lugar de acreditarlas con la imitacion, las condene con el escarmiento; y finalmente, para que si llegare á noticia de algunos, sepan guardarse de los engaños que en un hombre libre y astuto suele fabricar una inclinacion pervertida. Al dia siguiente se volviéron á juntar los que habian estado ántes presentes al discurso de Leandro, y así por su curiosidad, como por ser la ocasion tan oportuna, de nuevo rogáron á Hipólito que manifestase quién era; él lo aceptó entónces, y ellos prevenidos de silencio, escucháron que decia:

Es Segovia una de las ilustres ciudades de la antigua Castilla; sus alabanzas no son de este lugar, y así las dexo, porque la brevedad no la injurie. Hubo en ella, entre los demas que la hacen noble, un caballero, cuyo ape-

llido ocultaré de industria, puesto que no ha de importar á mi discurso: su nombre era Don Pedro, y su edad estaba en su penúltimo término ó division, que es la senectud. Tuvo por fruto de su feliz casamiento, con una señora natural de la misma ciudad, (llamada Doña Maria) dos hijas y un hijo. El nombre de la mayor era Antonia, y el de la menor Clara, y el del varon Gerónimo. He procurado daros tan al principio relacion de los nombres, para hacer la narracion ménos confusa. Eran una y otra el adorno, la gala, y el crédito de toda aquella tierra, en la parte que toca á la hermosura. Don Gerónimo, hombre de singulares gracias, de ajustada condicion, de gran verdad, y de mucho valor. Era para detenerse, cuerdo; para arrojarse, atrevido; para amigo, leal; para aconsejar, prudente; para dar, liberal; y para comunicar entendido. Amaba el anciano Don Pedro tiernamente á Doña Clara, su hija menor, ó ya porque el serlo le obligaba, ó ya porque su cordura, apacibilidad y su hermosura grangeaban justísimamente tanto amor. Publicaronse á este tiempo unas fiestas que Madrid hacia, en demostracion del contento con que se esperaba aquella preciosísima Mar-

garita, que vino desde Alemania á enriquecer este reyno, y adornar el pecho de nuestro tercer Filipo el Piadoso; renombre que mereció en veinte y dos años que duró su monarquía, y de que tendrá premio (así lo esperamos quantos fuimos testigos de su vida) por una eternidad de siglos. No quiso Don Pedro perder ocasion de tanta alegria, porque los nobles entónces tienen mayor regocijo, que se hallan mas cerca de sus reyes y naturales señores, porque en su presencia, ó con la sumision se reconocen inferiores, ó con la reverencia y respeto, mas próxîmos á obedecer y servir, que es una de las mas seguras calificaciones de la nobleza. Don Gerónimo no se determinó á acompañarle, ó porque le estorbaba alguna causa amorosa, ó porque quiso quedarse en compañía de Doña Antonia, su hermana, á quien él mostraba singular afecto. Esto así concertado, se partiéron Don Pedro, su querida muger, y Doña Clara su hija. Llegáron á otro dia á la Corte, y en ella á la casa de Don Diego, un hermano de Doña María, adonde les tenian prevenido cuidadoso hospedage. Supuesto todo lo en esta parte referido (que quise proponer para los sucesos adelante) digo, que yo nací

• • •

en Madrid con algunas obligaciones en que me pusiéron dos viejas paredes, una torre, cierto blason antiguo, y un espacioso valle en la montaña. La hacienda de mis padres era de mediana fortuna, aunque, respecto de sus gastos, por la necesaria autoridad que traian (pension que se advierte con la calidad) siempre parecia corta y limitada. Dióme el cielo una hermana de estremada hermosura, y un hermano de superior ingenio, con que se añadiéron gastos y cuidados á mis padres, pues era fuerza de cuidar de la dote, para darla marido igual en todo á nuestra sangre; haber de acudir á Don Alonso (que este era el nombre de mi hermano) con puntualidad en sus estudios. Vistas todas estas cosas, y sintiéndome ya con razonable aliento, traté de hacer lo que deben con necesidad los hombres de mis prendas, que es procurar con las armas en la guerra, lo que les niega en regalada pereza la siempre amada paz. Consulté este parecer con mis padres, y agradecidos á mis honrados respetos, me dixéron, que supuesto que era el único mayorazgo de su casa, no tenian por cuerda determinacion que me fuese á parte donde pudiese la boca de un mosquete

quitarme, con dos onzas de derretido plomo, el valor y la vida; sino que supuesto lo mucho que un hombre grangeaba fuera de su patria, quando no sea sino padeciendo trabajos, para saber hacer despues estimacion de los bienes, les parecia que el viage que yo queria hacer á Flandes lo hiciese á Italia, adonde por la misma ocasion le habia hecho un tio mio, y donde le habia sucedido tan bien, segun habian sabido por cartas, que tenia todo quanto habia pedido su deseo. Preguntéles la ciudad en que estaba para verle, y para que me socorriese en las necesidades que me hallase; mas aquí tuve una reprehension de mi padre muy áspera, diciendo que por qué habia yo de dar á entender á nadie mi pobreza, aunque mas necesitado estuviese, supuesto que los que profesan tener opinion, crédito y honra, ántes se dexáran morir, que se aventuráran á pedir al extraño que se excuse, y al pariente que les niegue su ayuda, su favor, y su amparo. El dia que os determináredes, prosiguió, á salir de vuestra patria, ha de ser para venir mejorado, y esto no por medio de la solicitud agena, sino del trabajo propio. Ved lo que os estará mejor, y resolved, ó el ir para medrar como hijo mio,

ó el quedaros para vivir como hasta ahora; si ántes os pensaba decir el nombre del lugar donde vive vuestro tio, ahora os le encubriré para que no tengais lugar de verle, ni ampararos de él por mas apretada ocasion que se os ofrezca. Mirad por vos, advertid á quien sois, cuidad de vuestra nobleza, pensad que sois solo; y pues teneis aliento para querer dexar vuestros padres y patria, tenedle tambien para obedecerlos, y cumplir con las obligaciones de noble. De este modo me dexó reprehendido, y confuso de haber errado en cosa que pudiese perjudicar á la entereza de mis respetos, aunque bien mirado, no fué demasiado el yerro; pero tenemos los que vivimos con ilustre sangre una locura tan extraña, que lo venial de otros, es delito mortal en esta materia. Pasó mi determinacion adelante, hiciéronme dos vestidos de camino, diéronme buena cantidad de escudos para el viage, y con un criado, que despues se me quedó en Barcelona, pasé todo el reyno de Cataluña, y de la otra parte de los Pirineos el de Francia. No quiero detenerme en las circunstancias del camino, por no malograr este rato, y por llegar á lo mas importante de mis sucesos. Entre otras ciudades que ví de justo crédito, como son,

Milán, Alexandria, Florencia y Mantua, me pareció ilustre Nápoles. Estuve en ella algunos dias, y yendo uno de ellos á comprar ciertas sedas, engañó su imaginacion á la muger de un mercader Florentin, pues pensó, descubriéndome un amor que ella decia haberme tenido desde que me vió en su casa, yo se lo pagaria en correspondencia, como si el amar de veras no fuese la mas apretada diligencia para hallar malos términos, ó vil trato. Enviábame cada dia una criada suya, á quien yo desengañaba por instantes, diciendo, que su dueño era casada, y que yo no me habia de empeñar con quien lo fuese, así porque no era amigo de que nadie participase del amor que á mí se me tenia, como porque no habia ido á enamorarme, ni corresponder á Italia, pues para eso mejor estuviera entre el regalo de mis padres, y el ocio de la corte, con quien el amor, ó tiene principio, ó se aumenta. Ella perseveraba en su porfia, y yo en mi resistencia, hasta que cansada de mis desprecios, se determinó á hacerme matar; no sé si porque otra no llegase á lo que ella no habia podido, ó si porque callase su flaqueza, escarmentada de algunos mozos ignorantes, que preciados de lindos, porque se presuma que enamoran

á todas, dicen no solo lo que hacen, sino lo que ninguna del mundo imagina. Para esto habló á su mismo marido, y le dixo, que yo la inquietaba con villetes y recados. El Florentin alabó á su muger de honrada, y se dispuso á quietarme á mí hasta la resurreccion universal, para que no inquietase á su muger. Habia cobrado mi aliento alguna opinion en la ciudad, con que no se atrevió á buscarme solo, ántes se acompañó de quatro ó cinco de su tierra, y cargados de prevenciones, de cólera y enojo, me hallaron cierta tarde á la esquina de una calle, solo y pensativo. Repartiéronse para cogerme por todas partes; embebióse el uno en la puerta de una casa; metió mano, sin que yo le viese; llegó al descuido, y me tiró una estocada tan fuerte, que á no estar arrimado á la esquina, cayera en el suelo sin remedio: ¡ó cómo es Dios piadoso! ¡cómo sabe librar á la inocencia! Pues no obstante el golpe, metí mano á mi espada, y por haber llegado los demas, comencé á defenderme, y ofenderlos. Parecíame que no era posible dexar de estar herido, por haber sido tan recio el primer golpe, y no llevar en el cuerpo defensa: cosa que no me dexaba atrever á todo lo que yo quisiera, temeroso de que si salia alguna

sangre con el movimiento, no fuese en tanta abundancia, que con ella me faltase la vida. En esta disposicion estaba mi persona, quando llegáron dos hombres, y con bizarro valor, se pusiéron á mi lado: quando sentí este favor cobré esfuerzo, y adelantándome un poco, dí una estocada al que primero habia llegado, con que cayó en el suelo mal herido, y los demas huyéron baxamente. Retiréme con los que me habian dado ayuda; tuve lugar de conocerlos, y de quedar siempre por esclavo del señor Alexandro y de Don Cárlos, los quales, viendo la ventaja de mis contrarios, se pusiéron (llevados de superior impulso) en mi defensa. Atrévome á hablar de esta suerte, por estar yo en aquella parte inculpable, y porque se habia comenzado á manifestar, que Dios milagrosamente me habia librado; pues que mirando si tenia alguna herida, hallamos, que la panta de la espada habia topado en uno de los hierros de mi pretina, y allí se habia detenido sin pasar á hacerme daño. Ellos se quisiéron ausentar para venir á España, y yo quedarme para tomar venganza de mis contrarios. Partiéronse, y halléme tan reconocido á este beneficio, que ninguna dificultad lo podrá parecer en mí para servirlos todo el tiempo

que viviere. Estimáronlo Alexandro y Don Cárlos, é Hipólito prosiguió en sus fortunas.

Dos meses estuve escondido para efectuar mi intento, en que supe la causa de haberme querido matar, y en que no tuve efecto, porque mudando de parecer, quise mas perdonar la injuria prudente, que tomar venganza atrevido. Al cabo de ellos recibí un pliego de mi hermano en que me avisaba de la muerte de un pariente de mi padre, por quien me venia un rico mayorazgo. Admiréme del lenguage, pareciéndome que miéntras viviese mi padre, él habia de ser quien le heredase; y de aquí comencé á tener sospechas de su muerte. Púseme al punto en camino, y quando llegué á Madrid me desengañé de que no habia sido vana mi presuncion. A estas penas se añadiéron el haber tambien faltado, ocho dias ántes que llegase, mi querida madre; siguiendo como en la vida, en la muerte á su consorte. Cubiertos mis hermanos y yo de luto, celebramos con llanto sus exêquias muchos dias. Mejoróse nuestra nobleza con el heredado mayorazgo, y procuréla mas crédito con el lucimiento. Ya me parece quo os veo extrañar este lenguage, mas no os admire que diga que mi nobleza se me-

joró; porque si la riqueza es bastante á darla á quien no la tiene, mejor podrá mejorarla en quien la tenga: demas que si la nobleza no es otra cosa que unos merecimientos heredados, que tienen su principio en la estimacion de los hombres, la mas conocida será mayor, porque será mas estimada. Supuesto, pues, que no hay medio para darla á conocer, como la riqueza, no es mucho que diga yo que con el oro se mejora. Finalmente, comencé á lucir, y el que ántes se guardaba vergonzoso, ya se manifestaba bizarro. Preguntaban algunos, viendo los criados y libreas, quién era, como si fuera forastero, y no se engañaban, porque entónces viene un hombre que tiene, y entónces nace que luce. ¡O miseria humana, á que vil precio has reducido la estimacion! No conoces mas que al oro, ni reparas en mas del que le tiene. Ultimamente, antiguo en la corte, porque nacido en ella; y recien venido, porque recien heredado, comencé á freqüentar los exercicios de caballería, en que diestro, fuerte y alentado, tal vez me aventajaba á mis iguales, y tal á ninguno por superior reconocia. Era este el tiempo en que, como dixe, se ofrecia la ocasion de celebrar la entrada de la Serenísima reyna de España Doña Margarita. Cú-

pome buena parte del regocijo, que por ser tan grande la ganancia, fué justamente comun; y así olvidado del luto, vestí galas, y adorné de quanto era necesario á mi persona. Vivia Don Diego, el tio de Doña Clara, en la misma calle que yo tenia mi familia, poco desviado de ella. Don Pedro habia venido á las fiestas, y la habia traido, como tambien referí, en compañía de Doña María su madre. Ordenó, pues, mi estrella, que al salir de la puerta de su casa viese de Doña Clara la hermosura. Aquí tuviéron principio los prodigios de mi vida, y las novedades que podrán teneros un rato divertidos, con la diversion admirados, y con la admiracion misma confusos: si dexando otros cuidados dais todo el oido á mis palabras, y toda la atencion á mis sucesos.

El amor he pensado yo que no es otra cosa que una costumbre de los ojos, fundada en cierta natural correspondencia, á nosotros oculta. Esto infiero, de que con la ausencia se enfria, y con la continuacion se aumenta. En mi opinion si un hombre no se conoce aborrecido, la mayor diligencia que puede hacer para llegar á ser amado, es ponerse adonde visto muchas veces, la comunicacion descubra los quilates de la correspon-

dencia, que ántes estaba escondida: y al contrario, quien se quisiere ver libre de estas molestias, piense que con guardarse se aparta, y con no ver desacostumbrados los ojos de lo que desea la voluntad, ella se olvida fácilmente, y ellos se excusan las penas que con el amor reciben. Traté yo (que no tenia conocidos en su juego aquestas fullerías) de ver á Doña Clara, de seguir sus pasos y servirla. Hícelo así con cuidado, porque amor sabe ser muy diligente á los principios, muy cuerdo en los medios, y muy prudente en los fines. ¿Quién no ve un amante quando comienza? ¡Qué cuidadoso visita, qué puntual sirve, qué desvelado anda, qué cortés se acredita, qué cuerdo habla, qué galan se viste, qué limpio se adorna, qué liberal lisongea, y qué vigilante asiste! ¿Qué es verle despues de querido, andar descuidado en lo que promete, satisfecho en lo que discurre, contento en lo que posee, zeloso en lo que ama, y apacible en quanto se ofrece? Ultimamente, despues que ve llegar á amor su fin (que quanto en humano, por fuerza ha de tenerle) ¡qué prudente se muestra, qué recatado repara, qué honesto se disculpa, que helado se muestra, y que escaso se comunica, sin atender á que el enfado es quien le

hace ser escrupuloso, y sin acordarse del desenfado que le hizo parecer libre! Claro está, que quien se hallaba en el primer estado, habia de tener sus propiedades, y que seria cuidadoso, puntual, cortés, galan, cuerdo, limpio, liberal, vigilante y lisongero. Con tantas prevenciones (dixo Don Cárlos) ya me parece que veo rendida á Doña Clara, y á vos en el segundo estado de ese arancél de amor. No os engañais (respondió Hipólito) y así, supuesto que no os canseis, presto me vereis en él, sin que me pudiese ver jamas en el último; volvió Don Cárlos á escucharle, y él prosiguió su discurso, diciendo: puse algunos medios para que supiese mi desvelo, y mostróse, si bien con recato, apacible: porque universalmente hablando, sin limitar á nadie esta doctrina, á ninguna le pesa de ser querida, y todas se huelgan de que se lo manifiesten: por esto suelo yo decir, que á la que le pesa, no es de oir que la quieren, sino de temer que podrán nacer de aquí algunos inconvenientes. No continuaba sus rexas á caballo, ni acompañado de pages, porque los caballos llevan instrumentos en las plantas, que publican los deseos de sus dueños, y eso es mas tener amor hipócrita, que prudente. Guardábame de los cria-

dos, porque en tales ocasiones siempre parece mejor el que los dexa, y excusa testigos que primero le sigan, luego le murmuren, y finalmente le descubran; pues aunque mas cuerdos sean, porque los demas entiendan que son capaces de superiores secretos, los que sus amos les fian, los dicen, á quien despues los publica. Con estas advertencias, que amor que no las tiene, es sospechoso de ignorancia, iba continuando el mio, y el que en Doña Clara nacia. Porque gustasen los huespedes de todos los regalos, con que Madrid tiene crédito de apacible, los trató de llevar Don Diego cierto dia á una huerta y jardin, que poseia un noble amigo suyo. Entre las demas prevenciones que llevaban, no se le olvidáron los músicos. Supimos á quien tenian prevenidos, con que no fué dificultoso hacer que llevasen consigo á un criado mio, de excelente voz, y singular destreza en aquel exercicio. Informóse luego mi cuidado del jardin adonde se disponian á pasar la tarde, y aquella misma mañana me adelanté, hablé á la persona que asistia á cultivarle, y le manifesté lo que me importaba substituirme aquel dia en su oficio. Díle no sé qué cantidad de reales (que nunca de lo que doy me acuerdo, por

no ocasionarme á traer á nadie á la memoria el beneficio, y tener en la repeticion inútil paga) y con ellos negocié quanto habia deseado. Disfracéme con un vestido humilde, y esperé con esta transformacion la venida de mi dueño, y sus padres. Valióme sin duda la mudanza del trage, pues me desconoció mi fortuna, y quiso concederme jardinero, lo que por Hipólito, por amante y por noble no habia merecido. Llegóse el plazo de mi dicha, y llegáron con Doña Clara y sus padres, Don Diego, mi criado, y los músicos. Habláronme en órden á que permitiese que entrasen á gozar de las flores, puesto que traian permision de su principal dueño. Yo les respondí con la cortesía que merecian semejantes personas, y el agrado que se debe presumir en quien estaba deseando su ruego. Mirábame Doña Clara atentamente, y en el rostro acreditaba lo que en el trage desconocia. Si yo ponia alegre los ojos en ella, quitaba de mí al punto los suyos; tal vez me reprimia en mirar, porque ella no lo dexase, y tal llevado del amor, hacia naturalmente lo que el mismo deseo me impedia. Hablaba yo á sus padres con desenfado, mostrábales las fuentes agradable, de todo lo qual

se apartaba temerosa; porque á los principiantes en la ciencia de amor, les parece que todos les conocen la voluntad, y así se guardan de comunicar á quien comienzan á querer. Quando mi pensamiento reconocia estos efectos, me alegraba con su recato, y yo quedaba consolado en medio de su mayor encogimiento. Mandó Don Diego á los músicos que cantasen, los quales obedeciéron con gusto; y despues de haber lisonjeado á las aves, enmudecido á las fuentes, y alegrado á las flores, dexáron que mi criado cantase solo: echó el resto de su destreza, y haciéndolos dulces y suaves, cantó estos versos, que yo habia hecho á propósito de haber visto pocos dias ántes á Doña Clara, con la misma compañía que ahora, aunque con diferente ocasion, descalza en Manzanares.

Por márgenes de esmeraldas
Tan quedo va Manzanares,
Que quando los pies les besa,
Aun no los sienten los sauces.
Paró una tarde su curso,
Porque á Cloris no faltase
Cristal, que fuese su espejo,
Y retratase su imágen.
Bien parece cortesano,

Pues lisongero y amante,
Siempre la trató de hermosa,
Que llegó en él á mirarse.
De parecer lisongero
Disculpas Cloris le trae
En su belleza, si pueden
Ser lisonjas las verdades.
Tan alegre está de verla,
Que mudó esta vez el trage,
Y á su lecho de esmeraldas
Quiso vestir de diamantes.
Sino es que viendo que Cloris
Pisaba su hermosa márgen,
Por hacer nácar sus pies,
Hizo perlas sus cristales.
Si de humilde tiene el nombre,
Por besar los pies á un ángel,
¿Quién habrá que no sea humilde,
Si no quiere ser cobarde?
Alegre pagaba en risa
El aplauso á sus donayres,
Tales son ellos en Cloris,
O en él tan cuerdo el lenguage.
Sol la llamó muchas veces,
Y el sol de ver injuriarse,
Con los desprecios de un rio
Hizo mas breve la tarde.
Lleguéme, y sentí que dixo:
Como este sol no se aparte,
Siendo su ecliptica yo,
¿Qué importa que tú me faltes?

Ausentóse Cloris luego,
Y entre mudas soledades
Corrió lágrimas el rio
Por su rostro venerable.
Llámola con voces mudas,
Y el rumor, que poco ántes
Manifestó su alegría,
La publicó sus pesares.
Advertí entre sus tristezas
Un desengaño importante,
Pues dixo: ¿qué bien ha habido
Que de otra suerte se acabe?
Amaneció brevemente,
Y queriendo el sol vengarse
De las pasadas injurias,
Bebió en vapor sus cristales.
Manzanares desde entónces,
Para que Cloris se alabe,
Vive alegre de ser pobre,
Y padece por constante.

Apartéme un poco para coger algunas flores que llevarlos, y alentada Doña Clara con la licencia del lugar, y disfraz de mi persona, haciendo justo título el querer tambien cogerlas, se llegó á mí, para que pudiese (aunque brevemente) darla noticia del estado en que me tenia su amor, y saber el suyo. Agradecióme la traza, si bien me riñó el peligro de haberme puesto donde su madre

...

me viese, pues aunque el hábito me ocultaba, con todo eso, si despues reparase en haberme visto en aquel hábito, podia tener sospechas. No me pesó de ver á mi dueño tan cuidadosa de encubrir nuestro amor, porque advertí que comenzaba á importarle, y sin dexar pasar la ocasion, la rogué que procurase que nos viésemos donde la manifestase mi sentimiento, sin tanto sobresalto. Ella lo prometió, y de avisarme el medio que habia de tener, con que se me duplicó el regocijo. Preguntéla, ¿qué la habia parecido de los versos? Y respondióme de esta suerte: los versos me pareciéron bien; la voz muy excelente, y solo me pareció mal que vos seais de los que enamoran con gracias agenas. Con esto me dexó, sin que pudiese replicarla, pensando quanta razon tenia, y quanta necedad es para galantear dar músicas, si son agenas las voces, ó escribir versos, si es diferente el poeta; pues aquello no es mostrar propias prendas, sino hacer obstentacion de que tiene amigos que las tengan; á los quales ¿quién duda que habrá alguna vez acontecido traerlos para que canten, y ser despues quien logre la correspondencia, y coxa el fruto que el necio que los traxo deseaba, teniendo ellos la disculpa que Doña Clara dió; si bien no con la

misma intencion, seguridad y inocencia? Advertido de lo que debia hacer, pedí á uno de los músicos el instrumento, y tocándole con alguna satisfaccion mia, y admiracion de todos, por desdecir tanto aquella destreza de mi trage, canté este romance que habia hecho, pintando las prendas de la misma Doña Clara, disfrazada con el nombre de Cloris.

Pastores de Manzanares,
Que entre cantos y tomillos
Pisais pebetes de flores,
Sobre el ambar de los riscos:
Los exércitos de ovejas
Recoged, llamad con silvos,
Mirad que entrarán á saco,
Toda la plata del rio.
Venid á mirar de Cloris
Corto cuerpo, mucho brio,
Que graves y hermosos ojos,
Ya los confesais rendidos.
Venid á ver de su rostro
Breve espacio, noble hechizo,
Ya que sabeis que su boca
Es un clavel dividido.
Venid á ver sus mexillas,
Carmin rojo, marfil liso,
Ya que amor para sus dientes
Perlas ensartó en dos hilos.

Venid á ver de su cuello
Lecho blanco, cristal limpio,
Ya que se anegan los hombros
En el oro de sus rizos.
Venid á dar de sus manos
Fiel noticia, sábio indicio,
Pues las hizo el cielo nieve,
Y las bordó de zafiros.
Vereis de paso mi amor,
Ya repetido, ya escrito,
Y que á ser papel los troncos,
Fuera cada sauce un libro.
Podreis aprender en él,
Ya finezas, ya prodigios,
Que para saber amar
Da preceptos, aunque es niño.
Yo soy un noble pastor,
Que obligado y persuadido,
Mil siglos estuve ausente,
Que la ausencia todo es siglos.
No os acordareis de mí,
Que siempre hallé, siempre he visto,
Que hay olvido sin ausencia,
Mas no ausencia sin olvido.
Yo soy quien de amores muere,
Pastores, zagales mios:
Quien es Cloris, y quien soy,
En esto poco os he dicho.

A la admiracion, que como dixe, tuviéron de verme tocar el instrumento,

añadió no pocos grados la voz; y así á un mismo tiempo tuviéron lugar de alabarme, y entretenerse. Puesto fin á una regalada y abundante merienda, y venidas las pardas sombras de la pesada noche, se volviéron todos á su casa, y yo despues de haber ofrecido al jardinero mi favor, en quanto quisiese valerse de él, me partí en su seguimiento, vestido de las galas que primero adornaban mi persona, y desnudo de los toscos vestidos. Alcancélos con brevedad (que vuela mucho el deseo) y fuíme luego al paso de su coche. La obscuridad no era tanta que Doña Clara dexase de conocerme, y estimar to das estas finezas: mas como pocas veces hay gusto humano sin sobresalto, ni alegria que no traiga consigo mil pesares, tampoco le faltó este acibar á la nuestra. Fué el caso, que dando el tiempo ocasion, y el campo lugar, para que nuestros criados se burlasen con los de otro coche que por ir mas presuroso nos habia alcanzado, traváron una pesadumbre con ellos, y apeándose neciamente, (porque en tales ocasiones las burlas no injurian, ni las injurias ofenden) metiéron mano á las espadas, y comenzáron á tirarlos fieramente. Amor es hijo de Marte, y aunque tal vez delicioso regala, tal animoso pelea. Yo le tenia

entónces á mi querido dueño, y él estaba presente; ¿qué mucho que un hombre de mis obligaciones anduviese animoso? Prométoos ¡ó amigos! que (hablando con la modestia que debe tener un hombre cuerdo, quando dice de sí algo que merece alabanza) en mi vida he andado tan ayroso; y que á haber hecho otro lo que hice, le envidiára el aliento, y le agradeciera el valor. Salté ligero de un caballo en que iba; hallé á dos de los nuestros mal heridos, y á los demas retirándose cobardes: mas puesto en su defensa, á pocas cuchilladas los dexé vengados, y á los necios contrarios arrepentidos; pues por haber herido al uno, los demas se ausentáron presurosos. No me espanto de esta accion, porque como despues supe, sobre comunes, eran hombres viles. Apeáronse miéntras yo andaba en la refriega Don Pedro y Don Diego, y dexáron solas á Doña María y Doña Clara, la qual, viendo que me habia apeado, comenzó á tener tal inquietud, que habia menester su madre mas cuidado para sosegarla, que para atender al suceso. Acabada, pues, la pendencia, truxe yo una luz, que por ser el jardin cerca del rio, no fué dificultoso hallarla en un molino. Llegamos al coche con los heridos de nuestra parte, y como para

traerlos habia arrimádose á mí el uno, y tenia la herida en la cabeza, pudo ensangrentarme alguna parte del rostro. Descubrímos el daño para ver si era notable, y pareciónos que no podia ser mucho; mas como Doña Clara cuidaba mas de mí que de los otros; viendo en mí la agena sangre, advirtió á su madre de que yo tambien estaba herido. Quiso la noble señora, piadosa y agradecida, satisfacerse. Reparó atentamente, y conoció (aunque en diverso trage) que sin duda era el que habia tenido aquella tarde título de jardinero, y de aquí comenzó á sospechar que todas aquellas estratagemas y disfraces los causaba el amor de su hija. Calló prudentemente estos rezelos, y agradecióme el haber favorecido á los suyos. Doña Clara, satisfecha de que no estaba herido, se sosegó. Yo me despedí, y todos prosiguiéron su camino.

Dentro de algunos dias se celebráron las prevenidas fiestas, y dentro de muy pocos se acabáron, dando á todos un claro desengaño de quán limitadamente llenan el vacío del deseo las alegrías del mundo; y manifestando que despues de acabadas no son mas que unos indicios que nos advierten, en lo poco que son, lo mucho que esperamos. Par-

tiéronse luego Doña Clara y sus padres, para volver á su patria Segovia. Partí yo tambien en su seguimiento, acabando así de confirmar en su madre las pasadas sospechas. En el camino tuve lugar de verla algunas veces, aunque ninguna de hablarla, por su modestia, el cuidado de Doña María y mi recato. A seis leguas de Madrid encontráron un caballero de linda disposicion, el qual se detuvo á hablar con ellos, de suerte que pude yo llegar (que los seguia á buen trecho) y ver que Doña Clara le respondia agradable. Comencé á sentir pesar de haberle visto; y aunque la hablaba delante de sus padres, donde no podria haber cosa que perjudicase á mi amor, mi misma imaginacion sacaba de aquella familiaridad mayor daño, quando me proponia que aquel seria algun galan que tuviese tratado con ellos el casamiento de su hija, y que esta era la causa de que todos le recibiesen tan apacibles. Finalmente, yo me hacia el perjuicio á mí mismo; y temiendo los males, de manera los imaginaba, que pudo parecer que los apetecia. ¡O, si un zeloso pudiera apartarse, ya que no de su voluntad, de su imaginacion! ¡qué de penas se excusára, y de qué tormentos careciera! No fuera muy dificultoso hacer que ce-

sára en mí esta pasion, si alguna vez llegára á mi memoria que podia ser su hermano de quien Doña Clara me habia dado noticia, diciendo que se habia quedado por guarda de la familia: mas porque no tuviese este consuelo, siempre le faltó esta presuncion á mi amor, y á mi esperanza. Llegué á una pequeña venta, que al pie del helado gigante Guadarrama fundó primero la piedad, y ahora conserva el interes. Apeéme para esperarlos, con título de dar alguna refaccion á la naturaleza, y brevemente pasáron, aunque ya sin la causa de mi pasado desasosiego. Consoléme en su ausencia, y advertido tal vez, daba los ojos á mi dueño, y tal divertido entre las pequeñas matas, acechaba la vida de algun descuidado paxarillo, para quitársela á rigor de una tronadora escopeta. Grangeaba, herido de los acicates, mi veloz caballo la distancia del camino, que yo por detenerme habia perdido, y hallaba á Doña Clara desdeñosa. Mirábame con enojo, y parece que con la vista me decia: ¿qué te han hecho, Hipólito, las aves, que tanto daño las procuras? Dexa, déxalas la vida, que sola yo la quiero ver perdida á tus manos. Otras veces apartaba de mí los ojos triste, y decia yo: quán justamente llega su

castigo á quien no sabe estimar el bien; y quán sabiamente huye la fortuna de aquel que entre el bien sabe buscar las ocasiones de su mismo mal.

Con estas diversiones mias, y enojos suyos, llegamos á la nobilísima ciudad, que era objeto de nuestro viage; primer cuna del dueño de mi alegria. Detúveme al entrar en ella, y mandé al secretario de estos amores y criado mio, (que se llamaba Beltran) que fuese en su seguimiento, y supiese la calle y casa en que vivian. El lo hizo leal y cuidadosamente, y yo le agradecí la diligencia y puntualidad; porque quando los señores hallan criados cuerdos, diligentes y secretos, no solo los deben estimar y querer, sino agradecer y premiar, procurando conservarlos, con atencion, á que supuesto que no es posible pasar sin ellos, es gran felicidad hallarlos medidos al gusto, y conforme á la inclinacion. Tomamos una posada, y recogidos, me puse á pensar si seria posible hablar á Doña Clara aquella noche: mas viendo que aunque tuviese lugar, no se le habia de dar el cansancio del camino, me determiné á no salir por entónces. Los sucesos que hiciéron á este amor prodigioso, proseguiré reconocido al gusto con que me escuchais, si ahora ois estos versos, que

cansado de no poder dormir, pidiendo una luz, me puse á hacer aquella misma noche, en memoria de haber visto á mi prenda entre las flores del referido jardin.

Salió Cloris una tarde
De las del risueño abril;
¿Mas quien es flor, como pudo
Ménos que en abril salir?
Salió á dar con sus favores
Presunciones á un jardin,
Llevando en labios y frente
Ya el clavél, ya el alelí.
Dichosa es la flor que sabe
Reconocerse y rendir
Su hermosura, pues grangea
Nombre de discreta así.
Quiso necia la azucena
Con sus manos competir,
Mas tratóla de grosera
El cortesano jazmin.
Yo ví atreverse una rosa
A sus labios de carmin,
Mas aunque la ví atrevida,
Tambien vencida la ví.
Iba á nacer otra luego,
Y viendo el caso infeliz
De su hermana, se detuvo,
Y no se atrevió á salir.
Lleguéme junto á un narciso,

Y casi decirle oí,
Yo muero de aquesta vez,
No amante, afrentado sí.
Tal fué de un lirio el temor,
Si ya no fué envidia vil,
Que estando primero alegre,
Cuerdo se dexó morir.
Quiso espaciarse el clavel,
Salió, y véndole á advertir
Que estaba Cloris presente,
De vergüenza fué rubí.
Quien hasta las flores sabe
Enamorar y rendir,
No os admireis (¡ó zagales!)
Que me haya rendido á mí.

Para hacer mas claro este discurso, y los accidentes de mi amor, habeis de suponer al principio lo que yo despues de varios lances supe; y es, que el caballero que habló á Doña Clara, y á sus padres en el camino, quando yo tuve aquellos necios rezelos, era Don Gerónimo su hijo, y hermano de mi dueño, el qual llegó en Madrid á la casa de Don Diego su tio, y como la mia estaba tan propinqua á ella, la misma vecindad, que en mí fué ocasion de los amores de su hermana, lo fué en él para que se enamorase de la mia. Quando en la verdad de este caso, veo la posibilidad de

las fabulosas imaginaciones que de algunos libros escucho, las alabo; y si tal vez las doy crédito, quedo disculpado justamente. Alábolas, porque aun no habiendo sido, son una imágen de lo que pudo ser; un exemplar de los riesgos á que se pone un amor, ó ya honesto, ó ya lascivo; un despertador de nuestra inadvertencia para los peligros; y un diseño para la imitacion de las virtudes; porque ¿quién hay que quando se pone á oirlas, no prevenga el gusto para saberlas, y la voluntad para elegir lo imitable, ó aborrecer lo formidable é indigno? Por esto digo que las alabo, y por la verdad de estos sucesos mios, tengo disculpa en dar crédito á los agenos. No se descuidaba Don Gerónimo en solicitar á Doña Ana (este era de mi hermana el nombre) parece que por desquitarse de las diligencias que yo hacia por la suya. Siempre estábamos el uno y otro ignorantes de nuestras pretensiones, si bien la mia se iba dilatando mas de lo que yo quisiera, á causa de que como su madre, en las pasadas ocasiones, se habia satisfecho de mi amor, guardaba con gran cuidado á Doña Clara. Don Gerónimo tenia (como despues vereis) en mejor estado su amor; y así olvidado de su patria, el que ántes habia ido por

solo un mes, se estuvo quince: ¿mas qué me admiro, si me sucedia á mí lo propio, sino con ménos causa (pues merecia mi dueño esta fineza) con ménos premio á mis desvelos justos? Nada de esto sabia Don Alonso mi hermano, por estar en la universidad de Alcalá estudiando, que á saberlo, era tal su condicion, que sin atender mas que á su venganza, la tomára de Doña Ana, de Don Gerónimo, y de todos quantos procuráran impedírsela. Al cabo de este tiempo le envió á llamar Don Pedro su padre, para que con su presencia cesasen algunas inquietudes que en Doña Clara se habian advertido, en órden a corresponder á mi amor; si bien ninguno sabia que yo fuese quien la galanteaba y servia, por no me haber dexado ver en la ciudad de dia, pareciéndome que un forastero galan, que asiste muchos dias en lugares adonde faltan las disculpas de la corte, es notado de todos. Salia de noche, veia los balcones y rexas de mi dama, hablábala si habia ocasion, y si no volvia con el aurora á mi posada.

Esta prevencion de no ser conocido me fué despues de no poca importancia; y sucedió, que obediente á su padre entró Don Gerónimo en Sego-

via, tan tarde, que por no alborotar su casa á tales horas le pareció conveniencia apearse en otra de un amigo suyo. Aunque, segun yo he entendido, esta diligencia debió de ser para que con la noticia de su venida, no se guardase su hermana, deseoso de averiguar si era verdad lo que le habia su padre escrito, y en caso que lo fuese, con ánimo de vengarse, de quien le intentaba su deshonra. Digo, que esto es presuncion mia, fundada en lo que entónces hizo, que fué salirse de donde se habia apeado, é irse á reconocer los umbrales de su noble casa. Hallóme cogiendo el fruto de mis desvelos en los favores que mi prenda podia hacerme desde una pequeña rexa; así porque no la permitia mas su recato, como porque ni aun queria mas mi amor, viendo que lo primero que un hombre ha de querer, es lo que á quien estima no le puede estar mal, que en mi opinion, eso es amar, y lo demas es aborrecer. O sino, dígame el mas entendido amante, ¿qué es lo que quita á una muger, quando procura tener de ella prendas mayores? Fuerza es que me responda que el honor, que es la mas preciosa joya de su persona. Pues si esto es así, si la quita el honor, ¿qué mas pudiera hacer un enemigo? Dígase, pues, que aborrece, no

que ama, quien hace obras quando ama; como si aborreciese. Finalmente, viendo Don Gerónimo que un hombre estaba arrimado á una rexa de su casa, y que pues le hablaban desde adentro, eran ciertas las sospechas de su padre y su deshonra, sin hacer mas informacion en esta causa, se dexó llevar de su enojo, y metió mano al acero para ofenderme. ¡Qué poco se vale de la prudencia quién presto se determina! ¡Qué fácilmente yerra quien no se vale del discurso en lo que emprende! ¡y qué deslumbrado se arroja quien da todas las acciones al apetito, sin consultar nada con la razon! Quisiera yo preguntar en aquella ocasion á Don Gerónimo, ó á otro qualquiera que se hallase en aprieto semejante, ¿cómo no se acuerdan de lo que hacen, para disculpar lo que miran? Mas responderánme con la misma pregunta, y dirán que porque no se acuerdan de sus propios yerros, no hallan para los agenos disculpa, pues á tener memoria de ellos, viendo lo mal que les está la pérdida de su honor, á nadie se atrevieran á quitarle. Venia Don Gerónimo de hacer que padeciese el mio en Madrid, y muy escrupuloso llega á recuperar el suyo en Segovia: mas no le sucedió como pensaba, pues apénas ví que con la espa-

da desnuda se me acercaba un hombre, quando saqué la mia para defenderme. Púsoseme en la imaginacion que sería algun galan, que envidioso intentaba quitarme la gloria de mi amor, y alentado con esta presuncion, sin qne pasase mucho tiempo, se pudo haber arrepentido de haber intentado mi daño, recibiéndole tan grande con dos estocadas, que cayó en el suelo pidiendo confesion y ayuda. Al ruido de las armas sentí que comenzaba á inquietarse la vecindad; y así fué necesario que me apartase entónces de la calle, y con el alva de Segovia.

Aquel mismo dia (aunque tarde) entramos yo y Beltran en Madrid. Encarguéle los caballos para que los llevase á una posada, ó porque al tiempo de llegar á mi casa no se sintiese el ruido, ó porque si despues hubiese indicios de que era yo quien habia muerto aquel hombre, habiendo oido que llegué aquella noche, no se confirmase el delito. Fuíme por esta causa solo y á pie hasta la casa de mis padres, donde Doña Ana asistia, y en mi opinion guardaba la suya, y me esperaba. Mas al tiempo de llamar á la puerta, ví que la abriéron un poco, y me decian: Señor Don Gerónimo, recibid esta prenda, y cuidad de

ella, que bien tendrémos que hacer nosotras en el reparo de su madre. Yo, sin saber lo que me sucedia, ni bien satisfecho de lo que me encomendaban, ni bien dudoso de lo que pudiera temer, hasta dar mejor informacion á mi deseo, cogí lo que pensaban entregar á Don Gerónimo (aunque no sabian quien fuese) y esperé á que Beltran llegase. Díxele lo que pasaba, y por su consejo nos fuimos aquella noche á la posada, donde él dexaba los caballos. Pidió una sala, traxo una luz, descubrimos lo que me habian entregado, y vimos un hermoso niño, que mal envuelto (culpa de la turbacion de los que asistian á su madre) con el llanto publicaba nuestra miseria, y con la poca limpieza, que era reciennacido. Traia entre las envolturas un papel: leíle curioso, y con lengua muda me manifestó todo el suceso: paséle tantas veces que se me quedó en la memoria, y advertí que decia:

Todo nos sucede felízmente, pues ya cesarán los temores, con que Doña Ana mi señora vivia en ausencia de Hipólito y de Don Alonso sus hermanos, rezelando que qualquiera de ellos viniese á tiempo, donde fuera imposible encubrirles sus amores, y la licencia que se tomó el vuestro, si bien debaxo de palabra de

ser su esposo. Recibid ese niño, y cuidad que con toda prevencion se crie; pues quando no fuera vuestro hijo, era deuda ampararle por vuestro semejante. Testigos esos lunares que en el lado izquierdo proporcionadamente juntos tiene vuestro rostro, y él ha sacado en el suyo. Ya ha sabido mi señora, que os ha enviado á llamar desde Segovia Don Pedro vuestro padre, para moderar ciertos desasosiegos de vuestra hermana Doña Clara; mas con todo eso os ruega que la veais ántes de hacer esta ausencia, porque á ella la importará el consuelo, y á vos un aviso que quiere daros, con que cesarán enojos, y se prevendrán regocijos.

Admirado quedé de la novedad del caso, y enseñado del yerro que habia hecho en atender mas á mi amor que al honor que ya miraba perdido por el descuido y libertad de mi hermana. Consolábame el haber sido el caso ménos culpable, por ordenarse su voluntad á casamiento, y de suerte estaba rendido á Doña Clara, que ya que hubiese de suceder con alguno, me alegraba de que hubiese sido con su hermano el desacierto de la mia; pues en lugar de discordia, serviria de amistad, y de que pidiéndosela yo á sus padres, Don Gerónimo se

viese obligado á cumplir á Doña Ana la palabra que le habia dado. Con esto hizo Beltran aquella noche diligencia, para que un ama cuidase de mi nuevo sobrino (que por haber tantas en Madrid, no fué dificultoso) y despues de haber mirado atentamente las señas de los lunares, y la hermosura del niño, volví en compañía de mi fiel criado á mi casa. Ya Doña Ana estaba á este tiempo en la cama, donde se fingió enferma, y yo llegué apacible. Quejóse de que no la hubiese escrito en tantos dias, ni dado noticia de mi venida, para que el apercibimiento fuese igual al amor que me tenia. Dí satisfaccion á su queja, disimulé lo que me habia sucedido, y recogíme para descansar del viage. Púseme á pensar, ¿quién seria el que en Segovia me habia obligado á dexar las rexas de Doña Clara, y habia tenido á manos de mi rigor, con su muerte el castigo de su atrevimiento? Mas aunque mi discurso procuraba averiguarlo, nunca pude reconocer quien fuese, por no haber visto que ella dexase verse, ni haber advertido que otro, sino es yo, la galantease. Al siguiente dia me levanté muy de mañana, é hice que Beltrán hablase á Don Gerónimo, y le dixese que tenia necesidad de verle, para comunicarle ciertas cosas á

él y á mí de muy grave importancia. Esperé la respuesta, y volvió diciendo, que habria dos dias que se habia partido á su patria. Aquí comencé á temer, que él habia sido quien quedó en el postrer vale de la vida á mis manos. Para desengañarme de la verdad del suceso, determiné volver á Segovia: ántes de partirme, hablé á Doña Ana, y la dixe: hermana, á mí me importa ver esta noche á Doña Clara (no excusé decirla el nombre, porque ya sabia el principio de mi empleo) cuida de tu salud, y de un ama que vendrá aquí hoy con un niño: la ocasion que me ha obligado á encargarte semejante encomienda, no me dexa tiempo para referírtela; demas de no ser facil tratar de tal materia con decoro, donde asiste tu recato: haz por tu vida lo que te ruego ahora, y piensa que el niño que traerán, si no se engaña mi pensamiento, tiene muy gran parte de mi sangre. Respondióme confusa que lo haria, y sin esperar á mas, dexando á Beltran, para que llevase al ama á casa, me partí á saber si mi temerosa presuncion era cierta, para que no lo siendo, cumpliese Don Gerónimo, gustoso ó violento, lo que habia prometido enamorado y libre.

Llegué á la referida ciudad tarde, y no obstante que lo era, quise pasar por

la calle de mi dueño: oí rumor en la familia, y sin poder averiguar la causa, ni detenerme, por estar á caballo, me recogí á mi antigua posada, y brevemente rendí la vida al necesario sueño. Todo el siguiente dia estuve escondido para continuar con esta traza mi secreto: mas quando ya las negras sombras comenzáron á poner luto á la tierra, por ausencia del sol, salí con ánimo de saber las novedades que habian tenido orígen del pasado suceso. Parecióme que aun era demasiado temprano, para hacer diligencias de donde podrian nacer rezelos de mi culpa, y determiné dar vuelta á algunas calles primero. Iba tratando entre mí mismo lo que debia de hacer, en caso que se supiese que yo habia dado aquel hombre la muerte. Tal vez juzgando que seria Don Gerónimo, me apasionaba, me lastimaba y afligia. Quando me acordaba de haberle visto caer tan infelizmente en el suelo, parece que se levantaba contra mí una imaginada sombra, y con voz temerosa me decia: ¿cómo vuelves, sin rezelo del castigo, dónde tuviste atrevimiento para quitar la vida á un hombre, siendo tan grande su valor? ¿Cómo no tiemblas de volverte al lugar que fué testigo de tu mismo delito? Detente, vuelve cuerdo, repara

prudente, escucha atento, no te resuelvas necio, y te despeñes atrevido. Quando mas me apretó esta imaginacion fué despues de haber dado las diez, y llegando al cementerio de una iglesia parroquial, que tiene allí el apellido de San Estevan, comencé á detenerme dudoso, y advertir que podrian ser aquellos (que á mí me parecian temores) superiores avisos para que me excusase algun daño, que imprudente no prevenia. Por esto quise volverme á la posada, y de hecho lo puse en execucion. Empecé á dar algunos pasos, y detúvome el pensar que era cobardía y cortedad de ánimo retirarme de donde no era manifiesto el peligro. Volví á proseguir el intento que primero habia tenido; y últimamente, me resolví en no ser cobarde, aunque pareciese imprudente.

Habia de pasar forzosamente para ir á la casa de Doña Clara arrimado á la misma Iglesia, por la parte donde tiene algunas Capillas, cuyas bóvedas son sepulcro y habitacion perpetua de sus dueños. En una de ellas parecia andar obra, á causa de haberse hundido un pedazo por donde se le permitia alguna respiracion. Quando llegué mas cerca ví que por el hueco que habia quedado de lo que estaba hun-

dido se conocia el resplandor de una luz. Admiréme de que allí la hubiese á tales horas, y revestido de mi siempre alentado valor, me esforcé y llegué mas cerca. Oí algunos golpes que se daban dentro, al modo que suele tener el sonido de una tumba, y resurtiendo el eco de cada uno en mis entrañas, temió el alma, helóse el rostro, y se me erizáron los cabellos; mas parece que desde entónces se movia mi corazon por disposicion divina, mas que por providencia humana, pues yo mismo, despues de haberme determinado, estoy dudoso de cómo pude emprender acciones tan atrevidas, sin haber quien me obligase á ellas. En medio de los golpes referidos y mis turbaciones, atendí á que desde abaxo subia una voz, á mi parecer diferente de las que suele usar el modo humano, y entre los repetidos ecos de la bóveda, decia: *baxa.* Parecióme que aquello á mí solamente se me podia haber dicho, pues estaba solo en la calle, mas con todo eso, helado del riesgo, impedido del asombro, y atemorizado del peligro, sin responder palabra, esperé un rato para escuchar con mas temor, que la misma voz segunda repetia: *bien puedes baxar*. Yo os aseguro, amigos,

que en mi vida me ha faltado tanto el discurso para prevenir los daños como entónces, que por ocupar toda el alma en el conocimiento de este suceso, me faltaban, al entendimiento fuerzas, á los sentidos sus acciones, y al movimiento calor para levantar las plantas. Tercera vez oí que referia con voz, por mas alta, mas temerosa: *acaba ya, ¿qué esperas?* A estas últimas sílabas, volviendo por mí mismo, y desterrando mi cortedad, me resolví á obedecer, y respondí: (encomendándome á Dios) *espera.* Con esto puse la espada de suerte que al caer no me estorbase: asime con las manos de un madero que en el hueco mismo habia, y al tiempo de arrojarme dudé de nuevo si mi atrevimiento tendria tan buena como la entrada la salida. Con todo eso, sin desistir de mi pasado intento, queriendo dexarme caer, oí un doloroso suspiro: imaginad cómo se hallaria mi corazon, entónces: así alargue Dios (¡ó amigos!) felizmente vuestra vida.

Por la vuestra os ruego yo (dixo Don Cárlos) que abrevies la narracion de este suceso, y nos digais el fin que tuvo, porque me llevais tan llena de suspension el alma, que por instantes espero que os habeis de hallar desenga-

ñado de que fué poca cordura aventuraros tan declaradamente, ó en caso que os hayais de dilatar mas, os pido que lo dexeis, porque son tales los afectos con que lo pintais, que me ha parecido que en este punto os sucede, y aun si no me engaño, pienso que he oido la voz, que tan temerosamente os convidaba con aquel mísero hospedage. No os canseis tan fácilmente (respondió Hipólito) ó noble Don Cárlos, que yo procuraré en lo que falta no dilatarme, sino es en lo que fuere de importancia. Digo, pues, que al tiempo de arrojarme oí un lastimoso suspiro, y tras él un golpe mas crecido que los demas. Ya no era posible detenerme, y así llegué abaxo fuerte, y no obstante el golpe, me levanté ligero. Puse la mano en la espada (accion allí mas natural, que cuerda) y ví que por una escalera, que la bóveda tenia, iba á toda priesa un hombre, el qual arrojando la luz, que primero daba claridad á aquella obscura habitacion, se procuraba ausentar de mi presencia. Quiso mi buena suerte, que aunque arrojó la luz, no se apagase; y así llegué con facilidad á cogerla, y ya mas animoso pude prevenir que la voz no habia sido tan espantosa como imaginé, pues ha-

bia huido, quien sin duda habia dado principio á ella, y á mí sobresalto, que si bien no me habia parecido humana la diferencia, se podia atribuir al lugar de donde salia, y el engaño á mis temores. Finalmente, alentado con este discurso, volví á ver lo que hacia, y hallé que tenia desclavado un atahud, en que estaba un hombre enterrado, con un rico vestido. Acerquéme mas, y ví que le tenia comenzado á quitar. Pasé adelante, descubrile el rostro, reparé atento, y ví las señas que decia el papel, que habia de tener el padre de aquel niño que en mi misma casa por yerro me habian entregado. Confieso que en esta ocasion quedé sin saber á lo que habia de resolverme. Advertia que aquel era el amante de mi hermana, Don Gerónimo, é inferia que el alboroto que en su casa habia la noche ántes, era ocasionado de su muerte. Hallábame pesaroso de que no pudiese cumplir la palabra que le habia dado, y entre estas dilaciones conocia que él habia sido quien por verme hablar con su hermana habia intentado mi muerte, y el que de mi acero la habia con violencia recibido: confiriendo estaba todas estas cosas en mi confusa idea, quando ví que Don Gerónimo se movia, y

con un suspiro semejante al que oí al tiempo de caer, se sentaba en el atahud. Aquí fué donde hube menester mas valor; porque como (segun los indicios y presunciones mias) me hallaba en un sepulcro lleno de cadáveres frios, con un hombre á quien habia quitado la vida, pude temer que el moverse era para mi daño, y que Dios me enviaba para instrumento del castigo á quien habia padecido mi crueldad, y ocasionado su ofensa. Mas ausentó á este temor el ver que mirando á todas partes extrañaba el lugar en que se veía; y aunque mudo con la novedad, publicaba con la admiracion lo que callaba la lengua.

Despues de haber estado en esta suspension larga distancia, puestos en mí los ojos, rompió el silencio, que á entrambos nos tenia confusos, diciendo: ni yo puedo saber quién sois, ni si es sueño ó locura de la fantasía la que me obliga á ver cosas tan extrañas y tan nuevas. Por vuestra vida, que pues en el trage pareceis caballero, correspondais con las obras á la apariencia del trage, y me digais qué quereis, ó quién os traxo á este lugar, pues de mí ya presumo que el haberme tenido por muerto, me tiene en el estado presente.

Atento á la cortesía de sus razones, le pregunté su nombre, para acabar de confirmar mis sospechas. Respondióme, y quedé satisfecho de que no se habia engañado mi primer pensamiento. Referíle brevemente lo que me habia sucedido en órden á mi entrada en aquel fúnebre sitio, y exhortéle á que esperase en Dios, y tuviese por cierto que pues habia ordenado que yo entrase adonde pudiese favorecerle, despues de haber permitido que la codicia de otro le hubiese descubierto, seria tambien servido de darle cumplida salud. Lleguéme con esto á él, y sacándole del atahud con el mayor cuidado que pude, por no hacerle daño en las heridas, de cuyo dolor se quejaba, le puse sobre mis propios hombros. El pagaba en agradecimientos el beneficio que yo le hacia, y yo deseaba esforzarle mas, para que siendo mayor la piedad, fuesen los merecimientos mayores. Tomé la luz, y de esta suerte comencé á subir la escalera, que al que huyó sirvió de instrumento de su ausencia. Salí con algun trabajo á la Iglesia, y sin hallar ni ver persona alguna, me fuí acercando (siempre con el noble peso que la piedad me habia hecho tomar) á la puerta de la calle. Temia yo que ha-

bia de estar cerrada, y que tan falto de regalo y abrigo lo habia de pasar Don Gerónimo muy trabajosamente hasta la mañana; mas sucedió de otra suerte que pensé, pues llegándome á ella, hallé que estaba abierta. La causa (segun despues se averiguó) fué, que el que estaba abriendo el atahud era el Sacristan, y las voces que daba, y á mí tuviéron tan confuso, fuéron llamando á un muchacho que tuviese la luz miéntras él quitaba á Don Gerónimo el vestido con que como á noble le habian enterrado. Viendo, pues, el ruido que yo al caer habia hecho, y no sabiendo quál pudiese ser la causa, pensó que se levantaban contra él todos los yertos moradores de aquel infausto domicilio, y comenzó á huir sin aliento. Mas como se reparase de ánimo en otra capilla, y no oyese ruido en la bóveda, volvió á acercarse á la boca de ella; desde allí me vió al tiempo que llegaba á Don Gerónimo, y creyendo que habia baxado por el hueco que salia á la calle, con el mismo intento que él habia entrado por la Iglesia, salió á dar cuenta á la justicia, y mediante la priesa ó turbacion con que iba, se olvidó de cerrar las puertas con las llaves, contento de dexarlas juntas.

Salia, pues, (¡ó ámigos!) de la suerte que acabo de decir, quando sin haber dado muchos pasos para llevar á Don Gerónimo á su casa, y poner en su remedio todo el cuidado y diligencia posible, llegáron á nosotros gran tropa de hombres, prevenidos de diferentes armas, á uno de los quales oí decir estas razones: ¿hay tal atrevimiento, ni tan infame delito? Que por el interés de un vestido se determine á llevar tan atrevidamente á un muerto. Viendo que las palabras de aquel, y los pasos de todos se enderezaban á mí, pidiendo á Don Gerónimo que me perdonase, le puse con piedad en el suelo, y metí mano á la espada para defenderme. Dixéronme que el corregidor estaba presente; y advertido de que á la justicia se debe todo respeto y veneracion, me reporté, y le dixe: por las razones que he oido á uno de los que á vuestra merced acompañan, conozco que viene mal informado, creyendo que mi accion merece nombre de infamia; mas yo le suplico que ántes que dé crédito á cosa que sea en mi perjuicio, se informe bien de mi intento, pues para testigo de él y de mi abono traigo al Señor Don Gerónimo, persona en esta ciudad bastan-

temente conocida. Acercóse á él oyendo mi informe, el noble Juez, y por haberse hallado el dia ántes en su entierro, quedó admirado de mirarle vivo. Preguntóle lo que sabia en aquel caso, y él en breves razones le dixo: que despues del Autor de ella, si cobraba su deseada salud, la deberia á mi valor, pues su desaliento y su soledad, y el lugar á donde se habia visto, bastáran á quitársela de temor, si al tiempo que volvió de un desmayo no se hallára en mi compañía: dixo quán bien le habia sabido consolar, quán bien habia cumplido con las obligaciones de noble, y que yo, segun se podia inferir de mi persona, lo era; cuya causa estaba tan léjos de merecer castigo, que él pensaba dar en premio su casa, su hacienda, y si fuese necesario su vida. Rogáronme que refiriese la causa de haber entrado tan á deshora en lugar tan extraño, y conté en breve quanto hasta ahora en dilatados periódos parece que os ha servido de lisonja: dixe además, que quando llegué estaba Don Gerónimo medio desnudo; y por este indicio, despues de haber cerrado la iglesia, y llevado preso al sacristan parte de los ministros, otra parte cuidó de que llevásemos á su casa al enfermo.

Quise, quando le dexaba cerca, partirme yo á la mia; mas nunca fué posible que él lo permitiese, diciendo que la suya era capaz de hospedarme, y mayor que ella mi beneficio y su agradecimiento. Obedecí por no malograr sus deseos, y pasé adelante en su compañía. Llegó el noble corregidor, llamó á la puerta, respondió desde el silencio y tristeza que dentro habia una criada, y conoció quien era: dió cuenta á Don Pedro su señor, y pidió licencia para abrirle: parecióle al anciano caballero que le iria á ayudar á sentir la muerte de su hijo, por la amistad que entre los dos habia; y así mandó que baxasen dos criados con luces á recibirles. Quando el corregidor las vió, hizo que las apartasen, y subió adonde Don Pedro, Doña María y Doña Antonia (que como dixe era hermana de Doña Clara) estaban entre fúnebres estrados y obscuros lutos, celebrando con llanto la mal lograda juventud de su amado Don Gerónimo. Quedamos todos afuera miéntras ellos hiciéron sentar al prudente juez, que atento á que el súbito gozo les podria dar algun accidente, con que tuviese riesgo su vida, comenzó á decirles: mucho me admiro, señor Don Pedro y señores, de ver estos lutos, en

tiempo que yo vengo á daros mil parabienes, aunque á mí mismo me los puedo dar, pues tanta parte me toca de vuestros buenos sucesos. Aseguroos que nada pudiera llegar á mis oidos, que tan grande regocijo me diese, como saber, que no es muerto el señor Don Gerónimo, y que debo estar quejoso de que no se me haya dado aviso, para que participe de las alegrias, quien recibe como yo vuestras penas. Parte les suspendiéron el llanto estas razones; mas como á lo que se desea se da crédito dificultosamente, burláron sus parabienes, y aun comenzáron á sentir que entrase con aquellas burlas, en ocasion donde era tan verdadero su sentimiento. Viendo que con esta prevencion ya no les cogeria impensadamente el regocijo, hizo que metiesen á Don Gerónimo; el qual no habia querido subir sino en mis brazos, y así pude entrar con él hasta donde la noble familia se afligia y le lloraba. Quedáron todos tan absortos, y tan súbitamente llenos de alegría, que apénas tuvo por donde salir la pasada tristeza. Comenzáron los criados á descolgar los lutos, y su madre y Doña Antonia á prevenir regalos con que alentar á su hermano. Tocabanle muchas veces el rostro para desengañarse de sí era él, ó alguna imá-

gen fingida con la fuerza de su imaginacion. Todos andaban alegres, y solo yo estaba triste de no ver con su madre y hermana á la hermosa Doña Clara. Despidióse el corregidor, miéntras cuidaban de desnudar á Don Gerónimo, el qual, entre sus dolores, advirtió á sus padres que no permitiesen que me ausentase, sino que me hospedasen y regalasen como á su misma persona, ó como á quien habia sido el medio de su salud, si Dios fuese servido de dársela. Llamáron al punto á los cirujanos, que admirados de la novedad, viniéron á oir las reprehensiones de Don Pedro, y á ver con sus mismos ojos su engaño. De aquí llegué yo á presumir que sin duda habian afirmado que estaba muerto, y por eso le habian enterrado, no siendo lo que les obligó á creerlo, sino un desmayo que de la falta de la sangre que le salió de las heridas, le habia puesto en aquel punto. Despues de habérselas curado, y haberse ellos despedido, me rogáron sus padres que les contase todo este suceso, y la ocasion de haberle hallado. Dispúseme á darles gusto con las mejores razones que supe, teniéndoles un grande rato pendientes de novedad tan extraña.

Con esta alegria tratáron de reco-

gerse, y de darme á mí lugar para que descansase, como si le pudiera tener mi corazon, sin ver á la causa de todos estos accidentes. Al siguiente dia me informé de una criada, la qual me dixo: que temerosos de nuevos daños, la habian sus padres metido en un convento. Como yo habia presumido mayores penas de tan grave causa, y mas coléricos rigores del enojo de Don Pedro, tuve consuelo, y aun juzgué que aquello ántes seria ocasion de que estuviese recogida, que medio de dexarla castigada. Dexélo así, por atender á la salud de Don Gerónimo, viendo lo que le importaba á mi hermana, y púsose tal cuidado en ella, que dentro de quarenta dias estuvo de todo punto sano. Aquí fué donde se duplicó el gozo, y se aumentáron los parabienes, no habiendo quien á mí juntamente no me los diese, por el esfuerzo y determinacion con que habia procurado su remedio. Ya que le ví en este estado, y de su convalecencia fuerte, le llamé á un aposento, y entre lo oculto de su silencio y mi soledad, le dixe: á los varios agradecimientos que de vuestra boca he oido, por el beneficio que de mí recibistes, nunca he dado la respuesta que merecen, así porque mi cortedad me detiene, como porque no se me de-

be tanto como pensais, si se atiende á que cumplí mi obligacion, y juntamente conseguí el interes de que no se viese mi hermana con tanta pérdida como tuviera, no pudiendo cumplirle la palabra de esposo que le disteis, y siendo fuerza que se hallase vuestro hijo y mi sobrino sin padre. Confuso me respondió Don Gerónimo que me declarase. Yo entónces lo hice, y dixe quien era; referí quanto me habia acontecido, y lo que habia sabido aquella noche por el papel que la criada le enviaba. A toda esta relacion estuvo atento el noble caballero, mas quando llegó á saber que habian dado su hijo á un hombre, hasta que le dixe quien era, ni podia consolarse, ni conoció al sosiego. Confesóme toda la verdad, y prosiguió diciendo, que si yo quedaba satisfecho con que él se casase con mi hermana, le pedia lo que él deseaba, le rogaba lo que pretendia, le persuadia lo que procuraba, y obligaba á lo mismo que admitia. Comunicó luego estas cosas con sus padres, díxoles quien yo era, la nobleza de mi sangre, la calidad de mi persona, y la prosperidad de mi hacienda. Encareciéles la hermosura de Doña Ana, la bondad de sus costumbres, la apacibilidad de su condicion; y últimamente las obligacio-

nes con que se veía obligado á efectuar tan dichoso casamiento. Añadió tambien, que supuesto que no faltaba mas de su gusto para pasar, en compañía de su amada esposa, una vida feliz, no le negasen ni dilatasen lo que el cielo le habia concedido. Don Pedro le dixo, que atendiese á que los casamientos de los nobles se han de hacer mas por razon de estado, que por consejo del amor; y que así seria bien mirarlo con prudentes ojos, y cuerda determinacion. A esto respondió el apasionado mancebo que era imposible hallar persona mas igual á sus prendas, ni mas digna del nombre de suya, lo qual no juzgaba despues de rendido á su belleza, pues ántes que le tuviese habia atendido á emplear su amor en quien se hallasen merecimientos para igualarle; y que demas de esto habia entre los dos, sobre palabras firmes de matrimonio, prendas vivas en un hermoso niño. Quando sus padres oyéron estas razones, no replicáron á su resolucion, ántes determináron que los dos volviésemos á Madrid, y en nuestra compañía el anciano Don Pedro, para disponer las cosas, y avisar á Doña María y sus hijas, quando estuviese todo prevenido, pues entónces por haber dado un accidente á Doña Clara en el convento en

que estaba (si bien leve) no podia acompañarnos. Finalmente, sin que yo me atreviese á ver á mi dueño, ni tratar cosa de las que pertenecian á mi sosiego, hasta mejor ocasion, nos partimos. Con brevedad llegamos á la corte, y en ella á mi casa, para que pudiese corresponder mi liberalidad á su estimacion, y mi diligencia en su regalo al cuidado que en el mio habian puesto.

Tenia ya Doña Ana noticia de la desgracia de su amante, y por haberse hallado la persona que se la dió en su entierro, estaba cubierta de luto, esperando lo que resultaria de mi enojo; y persuadida á que yo le habria quitado la vida, por lo que del papel habia conocido. Nunca dexaba su hijo de los brazos, ó ya porque veia en él un retrato de su padre, ó ya porque temia no gozarle mas tiempo del que yo tardase en verla, y satisfacerme de su amoroso atrevimiento. Entré el primero en la sala, donde en la forma referida estaba lastimosamente afligida, y apénas volvió el rostro para ver quien era el que se tomaba tanta licencia, quando se levantó, y puesta la mano en los ojos, me dixo: Hipólito mio, ya conozco tu justo enojo, mis yerros y mi desdicha. Ya veo que despues de haber muerto á mi que-

rido esposo, vienes á executar en mí el mismo castigo, mas querria que advirtieses que no soy yo la culpada, sino tú, que sabiendo que era mi dueño, le imposibilitaste de que me cumpliese la promesa, y yo quedase honrada en su compañía. No tienes para que desnudar el acero para matarme, pues con el gusto que me has quitado, y el amparo que he perdido, presto me faltará el aliento y la vida: y en caso que no te satisfagas de esta suerte, tenga yo la pena que merezco, no este inocente que en nada ha tenido culpa. Perdónale, si no porque es hijo mio, porque tiene sangre tuya, que con esto partiré contenta, y tú quedarás bastantemente vengado. El dolor, el ánsia y pesares con que Doña Ana decia estas lastimosas razones, me tenian deseoso de quitarle la causa de donde procedian. Entró Don Gerónimo á este tiempo en la sala, y como á quien le importaba desvanecer estos pesares, por los que él participaba, se llegó á ella (que aun se tenia cubiertos con la mano los ojos, esperando la satisfaccion de mi afrenta) y la dixo: dexad, señora mia, el llanto, que vuestro esposo se huelga de vivir para pagaros esos afectos en el amor que hasta ahora os ha tenido y tendrá, miéntras le durare el conocimiento del

vuestro. Quando Doña Ana conoció la voz, y descubriéndose, vió á su querido amante, sin poder hospedar en el pecho tan súbita alegria, ni tener fuerza en los brazos, cayó desmayada en los de Don Gerónimo. Iba por el accidente de su madre á caerse el delicado y hermoso niño, mas á este tiempo llegó Don Pedro su abuelo á darle lugar en los suyos, y luego á su tierno rostro en sus mexillas, con tanto gusto, que se olvidaba del desmayo de su madre con el contento del nieto. En este tiempo hizo Don Gerónimo que dos criadas sacasen á Doña Ana del tormento con que suele traer los pechos de las damas su cuidadoso aseo, y juntamente que le quitasen el luto que traia por su muerte. Pusiéronle un vestido lucidamente costoso, y al cabo de media hora volvió en su primero acuerdo; de suerte, que quando se pensó sin esposo, se halló en sus brazos; quando herida de mi acero, lisongeada de mis razones; quando cubierta de luto, adornada de costosas telas; y últimamente en alegre tálamo, quando pensó ocupar fúnebre tumba. ¡Tal es nuestra ignorancia, aun en las mismas cosas que tratamos! ¡Y tan diversos los pensamientos humanos de las disposiciones divinas!

Previnose en breve tiempo todo lo necesario. Hiciéronse las diligencias comunes, y enviamos á llamar á Doña María y á sus hermosas hijas, la qual respondió que Doña Clara estaba apretada de la enfermedad con que la dexamos, y por esta causa no seria posible hallarse á celebrar la boda con su presencia y alegría. Quando yo oí esta respuesta, mudado el color, perdido con el gusto el silencio, comencé á manifestar mis penas y mi amor. Admiróse Don Pedro de mis extremos, y para satisfacerle, conté los desvelos que me habia costado, y el intento que siempre habia tenido de ser, como su amante, su esposo. Don Gerónimo daba priesa á sus bodas, y así se efectuáron con mucha alegría de su parte, y limitada de la mia, que siempre andaba con la memoria en el peligro de mi dueño. Volvimos (dexando en este estado las cosas) á Segovia el noble Don Pedro y yo. El cuidado que llevamos puede imaginarse, no referirse; por cuya causa pasaré á decir, que quando llegamos nos dixéron que la enferma estaba en el último aliento de la vida, causado de la melancolía y desconsuelo que le habia dado pensar que ya me habria perdido. ¡O amor, qué mal conoces al sufrimiento! ¡qué necio te

dexas llevar de la impaciencia! ¡qué indiscreto te apresuras! ¡qué bárbaro te resuelves á dar la muerte al pecho adonde habitas! ¿Si esto haces con quien te da hospedage, dime, cómo te puedes excusar de ingrato? Por presto que quisimos hablarla, hallamos que la muerte habia malogrado su juventud, y trocado en insensible cadaver su envidiada hermosura. Lloré su desgracia, ó por mejor decir, la mia, con tantas lágrimas, que de industria parece que salian á manifestar mi amor, ó á anegar mis mexillas. Dixéronme, que me dexaba encargado entre otras cosas, que en su nombre (por haberlo prometido así, quando quedó herido su hermano) visitase el templo de la Peña de Francia; y despues de haberla depositado en el mismo lugar, que Don Gerónimo estuvo, volví á Madrid, mi amada patria: allí la inconstancia de las cosas, el tiempo y mi cordura (que cordura es tomar consuelo en los males, quando no se remedian con las penas) me hiciéron olvidar parte de tan lastimosa desdicha.

Pasado poco ménos de un año, me dispuse á cumplir el ruego de Doña Clara, que nunca como en la muerte se logran las demostraciones de amor. Mudé el trage de luto con que hasta entón-

ces habia celebrado mi tristeza, por el de peregrino, y dexando dos criados para que dentro de quince dias me aguardasen en esta ciudad, cumplí con el fervor que pude su obligacion y la mia. Las cosas que en el viage me sucediéron, parte sabeis, por haberme sucedido en vuestra compañía, y parte remito para ocasion en que yo me vea ménos cansado de referir sucesos, y vosotros de oirlos. Si han sido los pasados prodigiosos, podrá juzgarlo vuestro juicio, que á mí me falta justamente quantas veces los traigo á la memoria, por ser (si bien en los principios agradables) tan infelices en los fines.

En la primera ocasion que hubo, contó Hipólito todos los demas sucesos que dexamos referidos hasta este punto; callando siempre (por estar presente Alexandro) el amor que á Aminta le debía, y la igualdad de su correspondencia. Quedaron todos con estas novedades satisfechos en su deseo, y despues de haber celebrado unos sus glorias con aplauso, y otros sus pesares con tristeza, deseosos de divertirla, rogaron á Don Cárlos que les dixese algunos versos. El se excusó al principio, y finalmente se reduxo á cantarlos ya que hubiese de decirlos, animando á su humildad

con el adorno de la música. Aseguraronle de que seria el gusto doblado, si los quisiese lisongear de aquella suerte: diólesel alcayde un instrumento, á cuyas consonancias acomodó la voz, y dixo así.

Decidme, ojos graves,
De color morena,
¿Cómo siendo luces,
Pareceis tinieblas?
¿Como siendo rayos,
Son niñas las vuestras?
Y si fuisteis niñas,
¿Cómo sois estrellas?
He visto en vosotros,
¡Qué cosa tan nueva!
De obscuros diamantes,
Nacer blancas perlas.
Teneis siendo alegres,
Color de tristeza;
Mas es que mostrais
Lo que veros cuesta.
Si no es que tal vez
Se disfraza y llega
Amor encubierto,
Porque no le vean.
Pastores del valle,
Yo sé de experiencia,
Que no valen armas,
Contra sus cautelas.

Guardaos de sus tiros,
O tened por cierta
Una muerte dulce,
Una alegre pena.
.... Pues quando pensais
Hallar su belleza,
Hallareis dos rayos,
Fuego, amor y flechas.

Celebróse la voz de Don Cárlos de suerte, que él comenzó á persuadirse que era injusta su desconfianza, y que hace mal quien la tiene; pues si el mismo dueño desacredita sus cosas, ni le queda que esperar, ni aun merece oir sus alabanzas en las bocas agenas.

FIN DEL TOMO PRIMERO.







